

FÉLIX G. MODROÑO

*La fuente
de las
siete valles*



erein

La fuente de los siete valles

FÉLIX G. MODROÑO



Félix G. Modroño es un escritor vizcaíno, afincado a orillas del Cantábrico.

Tras licenciarse en Derecho en Salamanca, trabajó durante más de dos décadas en el sector financiero, que abandonaría para dedicarse en exclusiva a la literatura.

En 2007 publica *La sangre de los crucificados*, protagonizada por el doctor Zúñiga, un peculiar investigador del siglo XVII, que también sería el protagonista de sus siguientes obras: *Muerte dulce* (2009) y *Sombras de agua* (2016).

Con *La ciudad de los ojos grises* (2012) cosechó un gran éxito de ventas y el reconocimiento definitivo de los lectores. En 2014 obtuvo el XLVI Premio de Novela Ateneo de Sevilla, uno de los más prestigiosos en lengua castellana, con *Secretos del Arenal*.

La fuente de los siete valles, publicada en 2019, es su sexta novela.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1.^a edición: abril de 2019

Diseño de la portada:
Álvaro González (www.alvaroproduce.com)

Maquetación:

Erein

© Félix G. Modroño

©EREIN. Donostia 2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:

978-84-9109-447-0

Digitalizado por Adimedia, S.L.

www.adimedia.net

FÉLIX G. MODROÑO

LA FUENTE DE LOS SIETE VALLES



A mis profesores de la infancia,
que me enseñaron a amar las letras.

«Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia
como si esta ya fuera ceniza en la memoria».
Jorge Luis BORGES

Hubo un tiempo en que me preocupaba la muerte, mi propia muerte. Era una sensación que planeaba silenciosa sobre mí y que me azotaba las entrañas cada vez que las campanas doblaban por un fallecimiento o que un cortejo fúnebre se cruzaba en mi camino, como el que aquella mañana de junio desfilaba con una solemnidad fuera de lo habitual por las calles de Logroño.

Hacía demasiados años que no regresaba a mi ciudad natal, con la que apenas me quedaban otros vínculos afectivos que los recuerdos, no siempre gratos, de una niñez que transcurrió en una mísera casa junto al Ebro chiquito hasta que mis padres murieron al poco de comenzar mis estudios en el Seminario Conciliar. Entré interno sin más aspiración que la de matar el hambre, ejerciendo labores domésticas a cambio de mi formación. Más gracias a mi talento innato que a mis esfuerzos, demostré enseguida mi rapidez en el aprendizaje y me fue concedida una beca financiada por un benefactor anónimo, que me liberó de la necesidad de lavar ropas ajenas en el brazo manso del río, oficio que parecía heredado de mi madre. Creo que ya no me quedan marcas en las manos de los sabañones provocados por las aguas invernales, aunque las que sí permanecen indelebles son las tatuadas por el frío de la ausencia del cariño materno.

Algunos de mis compañeros de aulas de antaño acompañaban el ataúd en el que reposaban los restos de doña Jacinta Martínez de Sicilia y Santa Cruz, la esposa del general Espartero del que ahora apenas quedaba su sombra resquebrajada apoyada en el brazo de su fiel ayudante de campo Luciano Murrieta, a quien yo entonces todavía no conocía. A pesar de ser casi dos décadas más joven que

su marido, un derrame cerebral acababa con su vida de forma inesperada, tras dos días de agonía.

Desde mi discreta atalaya, junto a una de las últimas columnas de los soportales de la calle del Mercado, ya cerca del palacio de los Chapiteles, trataba de distinguir caras conocidas entre la aglomeración que procedía de la colegiata de Santa María de La Redonda para enfilear la calle Villanueva en dirección al cementerio, al otro lado del río. Dado que el puente de piedra, el único que atravesaba el Ebro, aún no estaba reparado después de su derrumbe en 1871, siete años atrás, no dudaba de que los barqueros ese día tendrían trabajo extra.

Y sí, entre el numeroso público congregado para honrar la memoria de la compañera del viejo general, reconocí en sus ademanes a algunos de mis antiguos vecinos. Al fin y al cabo, por muchas murallas que hubiesen caído en mi ausencia y de que la llegada del ferrocarril buscara la modernización de la ciudad, esta no dejaba de albergar más allá de catorce mil habitantes que incluso carecían de catedral propia, ya que Logroño pertenecía a la diócesis de Calahorra y la Calzada, cuyo obispo, el mismo que encabezaba el cortejo fúnebre, se había convertido en el responsable de mi regreso.

No sabría definir las sensaciones que me embargaban al ir descubriendo los rostros de mi viejo rector, de mi director espiritual o del guardián de la biblioteca del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza a la que me permitían acudir para dar rienda suelta a mi pasión por los libros, a pesar de la rivalidad existente entre los dos centros. De algún modo, los alumnos del instituto se sentían superiores frente a los del Seminario Conciliar ya que disponían de métodos más modernos de aprendizaje y se adentraban en materias vetadas para nosotros. Puesto que me orientaron por la carrera eclesiástica, sin darme opción de elegir, mis asignaturas versaron en torno a la Teología durante el septenio que permanecí en el seminario, si bien las compaginé con el aprendizaje de Humanidades y Latín, lengua que pronto dejó de tener secretos para mí.

La vida dentro del seminario estaba marcada por el silencio; en los actos religiosos, en la sala de estudios, en los pasillos, en el

refectorio... Y lo que al principio parecía una regla de rigor y austeridad, enseguida se erigiría para mí en un estilo de vida. Es como si el silencio se hubiera convertido en mi hogar. Mis oídos se han acostumbrado a la nada y mis pensamientos a la abstracción. Puedo estar horas frente al fuego de una chimenea o paseando por un bosque sin que mi meditación me lleve más allá de una página en blanco; de que a pesar de los miles de libros leídos mi mente parezca vacía, desprovista de conocimiento. O quizás es eso lo que provoca el saber, claudicar ante los silencios y abandonarse a ellos.

Sonreí al ver acercarse a David Morales del brazo de una mujer de elegantes modales. Y quise creer que el destino había sido condescendiente con aquel muchacho, bruto y bonachón, que formaba conmigo una de las parejas más temibles cuando jugábamos a pelota mano en la muralla cerca del cubo de Revellín o junto al baluarte del paseo del Espolón, donde gozábamos de un público al que le debía de resultar pintoresco que dos jóvenes con sotana y balandrán se movieran con la soltura con que nosotros lo hacíamos, sin ni siquiera quitarnos el sombrero de teja ya que lo teníamos prohibido. Puesto que únicamente se nos permitía salir del Seminario Conciliar los días de *primera clase*, estos se convertían en pequeños acontecimientos no solo para los internos sino también para todos aquellos que nos veían disputar los desafíos, máxime cuando nos cuidábamos de expresar nuestra satisfacción al ganar, dado que se nos vedaba cualquier manifestación excesiva de alegría. Los que no la disimulaban eran los apostadores, cada vez más numerosos.

No quise esconderme a la mirada atónita de David. Creo que la duda apenas le duró unos instantes porque le cambió el semblante al fijarse en mí, después de parpadear de manera cómica, mientras se acercaba a grandes zancadas, casi arrastrando a su mujer.

—¿Pablo? ¿Pablo Santos? —me preguntó, fundiéndose en un abrazo, sin que me diera tiempo a responder—. ¡Joder, tigre, no has cambiado ni una miaja! —Se apartó unos segundos para volver a mirarme y apretujarme de nuevo—. ¡Pablo Santos en persona!

—Ni que hubieras visto un fantasma, ababol florido —le dije, en tono cariñoso.

—¡Joder, tigre! —insistió.

–Si sigues diciendo palabrotas voy a tener que confesarte aquí mismo.

–Ya se lo digo yo siempre. Es un malhablado –intervino la mujer que le acompañaba.

–¡Al carajo! No querrás que le trate como si nos hubiéramos visto ayer –le respondió antes de dirigirse a mí–. Y tú no pretenderás que te llame *pater* por muchos hábitos que sigas vistiendo. ¿Cuántos años han pasado desde que te fuiste? ¿Quince, dieciséis?

–Diecisiete –le corregí, con una sonrisa relajada.

–¡Diecisiete jodidos años sin volver a Logroño! ¡La de vinos que te has perdido!

–Baja la voz, David –le regañó su mujer–. Estamos en un funeral.

–Tienes razón. Disculpad. Y no os he presentado. Aunque a lo mejor te acuerdas de ella –me dijo–. Antonia Villa, venía a vernos jugar a pelota.

–Encantada –respondió la mujer, haciéndome el ademán de besarme la mano–. Puede llamarme Toñi.

–Un placer. Ya lamento que al final tuvieras que cargar con esta pieza –bromeé.

–No es malo del todo –contestó ella, risueña.

–Soy un pedazo de pan –terció David–. Mejor que el que hago a diario –rio.

–¿Heredaste la panadería de tu padre?

–Así es. Y no me puedo quejar. Tenemos dos hijos varones en el instituto. No quise que pasaran por el Seminario Conciliar, igual que nosotros. Juegan a pelota mejor que estudian y mucho me temo que terminarán siendo panaderos... o taberneros. No como tú, que tengo entendido que eres una eminencia. Si ya decía yo que de cabeza no andabas mal.

–Sin exagerar...

–No exagero. Y lo sabes bien. ¡*Cagüensós!* La de libros que devorabas con la misma rapidez que le pegabas a la pelota. Tú eras la agilidad y yo la fuerza. Sí que ganamos porrones de vino. Todavía se te nota la cicatriz en el labio de aquella hostia que te diste con un rebote, pero aun así seguiste jugando y ganamos.

–Bonito recuerdo de mi cabezonería –reí.

–¿Cuántos años tenías cuando te fuiste?

–Casi veinte.

–Logroño se te quedaba demasiado pequeño. Me llegaron noticias de que te ordenaste en Roma.

–Así es. Y allí he permanecido la mayor parte del tiempo desde entonces –respondí, sin querer entrar en detalles sobre mis cometidos.

–¿Vas a quedarte muchos días por aquí? Tenemos cosas que contarnos.

–Él más que tú, seguro. Aunque me da que es poco parlanchín –le comentó su mujer.

–De momento, un par de días. Me hospedo en la posada de la calle San Juan. No he querido alojarme en el Seminario Conciliar por evitar notoriedad.

–Puede quedarse en casa, padre. Es humilde, si bien se encontrará a gusto –me dijo ella.

–Os lo agradezco. Pero no soy de molestar a nadie –contesté, tratando de no ser descortés ya que en realidad prefería la intimidad de la posada.

–No has elegido mal sitio. Aunque la dueña sea un poco chismosa, es buena mujer. Es una calle tranquila, con una sola caballeriza, a pesar de que empiezan a proliferar las tabernas.

–Las tabernas no son sitios para curas. Prefiero los cafés –comenté, burlón.

–Las tabernas son unos santuarios del demonio. Y tienes que beber los vinos que se hacen ahora. Nada que ver con los que se elaboraban cuando te fuiste. Si buscas cafés lujosos en Logroño vas jodido.

–Voy a terminar por confesarte –reí de nuevo.

–No sé qué voy a hacer con él –suspiró Toñi, avergonzada.

–Dejaos de pamplinas. Oye, nuestra panadería está en la calle Laurel, muy cerca de donde te hospedas. Si tienes un rato, yo mismo te llevaré a beber buen vino, y no como ese que nos daban entonces en los porrones.

–Tú, aparte del vino y la gloria jugando a pelota, te llevaste a una preciosa mujer que ya tiene el cielo ganado contigo.

–¡Qué cosas dice, padre! –agradeció ella.

–Y tú porque no quisiste. ¿Te acuerdas de aquella muchacha que...?

–No digas bobadas –le interrumpí.

Creo que David se dio cuenta de que se me había añublado el semblante porque no insistió. ¿Cómo no iba a acordarme de Lucía? ¡Si además la estaba viendo pasar del brazo del que supuse su marido!

–Bueno. Será mejor que prosigamos. No creo que lleguemos hasta el cementerio, pero al menos nos quedaremos en el río –se despidió David, bajando ahora sensiblemente la voz–. Celebro que estés por aquí, Pablo.

–Ha sido un placer –dijo Toñi.

–Lo mismo digo –susurré, ya con la mirada puesta en Lucía.

Reconozco que me puse nervioso. Por un momento dudé entre esconderme o dejarme ver. Quizás después de tantos años ella ni siquiera me reconociese. Y si lo hacía, ¿qué podía ocurrir? Caminaba del brazo de un señor con la edad de su padre. Uno de esos liberales estirados que la paseaba igual que si fuese un trofeo de caza adornando las vitrinas de su engreimiento.

Ella conservaba la misma belleza serena de siempre. Su tez blanca relucía aún más entre las telas negras de su vestido enlutado. Y caminaba con esa elegancia suya distraída que me había subyugado desde la primera vez que reparé en ella, paseando por el paseo del Espolón rebautizado como Príncipe de Vergara, uno de los títulos ostentados por el político más relevante en la reciente historia de España, que caminaba a duras penas junto al féretro de su esposa, incapaz de retener las lágrimas.

La observé amparado en la distancia, sin que ella desviara la vista del suelo. Sin embargo, al llegar a mi altura algo le hizo alzar la mirada hacia mí. Lucía no aparentó sorpresa. O tal vez, su proverbial naturalidad le ayudó a disimularla. Me sonrió unos segundos con dulzura y volvió adoptar el gesto adusto que requería la ocasión.

Desconcertado, no supe corresponderle. No estaba seguro de que ella me hubiese reconocido. Lo que sí sabía con certeza es que yo nunca había dejado de estar enamorado de ella, aunque durante años se lo hubiese negado a Dios.

Cuando salí de Logroño tras concluir mis estudios de Teología en el Seminario Conciliar pensé que no regresaría jamás. Al echar la vista atrás aquel verano de 1861 solo pude ver una pequeña ciudad con ínfulas señoriales merced a la muralla que abrazaba un recinto con demasiadas reminiscencias mortales.

Ya desde el otro lado del Ebro, las nubes de ese día plomizo dibujaban los rostros en mi memoria de todas aquellas personas queridas a las que vi morir. Mis dos hermanas pequeñas no pudieron superar unas infecciones intestinales en sus primeros años de vida; a mi vecino Aníbal, que estudiaba en la Normal y fue quien me enseñó a leer y a escribir, le atropelló un carruaje que conducía un cochero borracho frente a la iglesia de Santiago, de camino a mi casa en el callejón de Zurrerías; y mis padres expiraron a las tres horas de enfermar aquella fatídica noche del veinticinco de noviembre de 1854 en el brote de cólera que asoló la ciudad y del que yo me salvé porque acababa de ingresar en el seminario.

De algún modo, me sentía maldito. De nada me valía saber que los accidentes existen, que la mortalidad infantil rondaba el cincuenta por ciento o que el incipiente alcantarillado de la ciudad, lejos de solventar los problemas de insalubridad, en ocasiones mezclaba el agua fecal con la potable, provocando miasmas casi imposibles de esquivar. La gente que me rodeó en mi niñez estaba muerta y yo estaba vivo. Por eso no dudé cuando me ofrecieron la posibilidad de completar mis estudios en Roma, gracias a mi destacado expediente y a que mi benefactor, de quien seguía sin conocer su identidad, sufragaba los gastos de mi viaje.

No era una manera de encontrarme con Dios sino de huir de mi pasado, atestado de fantasmas, o más bien de espíritus que

dominaban mis pesadillas. Debía redimir mi maldición, exorcizar ese halo fatal que me fustigaba. Así la protegería. Imaginaba que si ella se enamoraba de mí, también moriría. Claro que ese pensamiento no dejaba de ser una ilusión. ¿Cómo iba Lucía a fijarse en alguien de mi condición, que además se preparaba para ser sacerdote? Ella, tan distinguida, perteneciente a una de las familias más adineradas de Logroño; ella, siempre ataviada con ropajes caros; ella, la encarnación del más espontáneo de los refinamientos... ella, con esa mirada tan sincera que nunca me hizo sentir inferior.

Lucía fue el motivo último por el que abandoné mi patria chica sin hacer ademán de despedirme de nadie, más allá de unos cuantos apretones de manos con algunos de mis profesores y mis compañeros de aulas, entre los que ya no se hallaba David, por haberse cansado de estudiar; si bien todavía coincidíamos a veces en cualquier frontón improvisado. ¿Se jugaría a pelota en Roma? Realmente, era una de las pocas cosas que iba a echar de menos. ¿Se bebería vino en Roma? Frente al Sotillo, en el carruaje con el que comenzaba a tomar distancia de mi ciudad y de mis tiempos mozos, la única pregunta que me martirizaba no tenía nada que ver con el vino o la pelota, sino con aquella quimera con nombre de mujer. ¿Me acompañaría el recuerdo de Lucía hasta Roma?

Hacía diecisiete años de aquello y, paseando por las calles semidesiertas tras el funeral de doña Jacinta, albergaba la sensación de que no había faltado más de una semana. De repente, todas aquellas remembranzas, aquellas emociones emergían del lugar en el que permanecían aletargadas desde entonces. Era cierto que, al contemplar Logroño sin sus murallas, sentía que el aire la purificaba y me resultaba menos claustrofóbica. Pero, por otro lado, parecía distinta y debía adentrarme en sus rincones más recónditos para reconocerla. Al acercarme a la calle Laurel, ahora que se podía acceder por el Muro de las Escuelas, pensé que quizás no fuese tan mala idea tomar un par de vinos con David y dejar que me pusiera al día de lo acontecido durante mi ausencia.

Al verme entrar en su panadería no disimuló su sorpresa. Apartó las manos de la masa y, aún embadurnado de harina, me llevó al Blanco y Negro, una taberna de reciente apertura colindante a su negocio, donde pidió «vino del bueno, que la ocasión lo merece».

–Si te soy sincero, no esperaba que un gerifalte de Roma se dignase compartir la barra de un garito con un humilde panadero.

–No soy ningún gerifalte. Solo soy un viejo amigo.

–Pues hasta aquí han llegado rumores de que mandas mucho.

–Si las noticias se tergiversan de una persona a otra, imagínate los rumores cuando tienen que recorrer dos mil kilómetros –reí.

–Está bien, está bien. No necesito que me des explicaciones si no quieres. Veo que hay algo que no ha cambiado: sigues parco en palabras. Con todo lo que sabías entonces, joder. No puedo ni imaginarme lo que guardas en esa mollera ahora.

Me encontraba cómodo. Hacía demasiado tiempo que nadie me hablaba con esa inocente campechanía. Y he de reconocer que el primer vaso de vino recorrió enseguida mi gazonate.

–No sé si la ciudad ha mejorado, pero es cierto que el vino no tiene nada que ver –comenté, tratando de desviar la conversación desde Roma a Logroño.

–La ciudad ha mejorado. Ya está más poblada. Hay más comercios, llega el ferrocarril y los faroles no son de petróleo sino de gas.

–Cuando yo me fui, todavía eran de aceite –comenté, divertido–. Pero sigo diciendo que lo que mejor ha cambiado es el vino.

–Es un vino cojonudo. ¿Te acuerdas de cuando se vendía en gamella?

–Y de la caña con estopa sobre la puerta de las casas que lo vendían.

–Ya ves. Y ahora nos lo estamos bebiendo de una botella.

–¿Quién elabora este?

–Galo Pobes, un bodeguero de Ollauri. Le premiaron en la exposición del año pasado de Madrid.

–Pues es magnífico –dije, mientras daba cuenta del segundo vaso.

–Hay una fiebre en La Rioja por el vino. Se han arrancado campos de cultivo para plantar viñedos. La plaga de la filoxera en Burdeos ha provocado que los franceses vengan a por nuestra uva. ¡Quién lo ha visto y quién lo ve! A principios de siglo nos invadieron y ahora solo quieren nuestro vino.

–La historia es caprichosa, amigo. Y no es lo mismo brindar con vino que morir en los campos de batalla.

–¡Cuántos problemas resolverían los diputados mejor en una taberna que en el congreso!

–Desde luego, las disputas políticas en este país no tienen remedio.

–No critiques a los políticos, que hasta hemos tenido un Presidente del Consejo de Ministros riojano –comentó David en tono burlón.

–¡Es cierto! –reí–. Pero Sagasta no ha durado mucho tiempo.

–Volverá a la carga. Ya lo verás. Anda que no es tozudo el del tupé.

–Parece mentira. Con lo pequeño que es esto...

–Pues por Logroño, en tu ausencia, han pasado dos reyes.

–Lo sé. Tanto Amadeo I como Alfonso XII vinieron a rendir pleitesía al viejo general.

–Da pena ver así a Espartero. Y más hoy, después de la muerte de su mujer. Yo creo que tiene los días contados.

–La muerte siempre llama a la muerte –murmuré, creí yo que para mis adentros.

–Sé que nunca fue justa con los tuyos –dijo David, sirviéndonos un tercer vaso, con el que apurábamos la botella–. Supongo que ese es el motivo por el que no has querido volver a Logroño.

–No estoy muy seguro de eso. Y ni siquiera tenía que estar aquí.

–No me has contado por qué has vuelto.

–A verte a ti –respondí, jocoso.

–Sí, por los cojones.

–En realidad, a estas horas debía estar en Calahorra, en el palacio episcopal –reí al escuchar después de tanto tiempo esa negación tan riojana.

–¿Y qué haces aquí?

–Cuando llegué ayer a Calahorra me dijeron que el obispo, quien me había hecho llamar, estaba en Logroño por el fallecimiento de doña Jacinta. Y cabían dos opciones: esperar a su regreso o venir a encontrarme con él.

–Y no pudiste resistir la llamada de tu pueblo –rio con amabilidad David.

–A la vista está. Vine anoche en el último tren.

–¿Ves? Yo tenía razón. Eres alguien importante. El mismísimo obispo solicita tu presencia. Brindo por ello –dijo el panadero, haciendo sonar su vaso con el mío.

–Si te soy franco, no sé lo que puede requerir de mí.

–¡Venga ya! ¿Has venido de Roma sin saber para qué?

–Así es. Te confieso que no me importaba cambiar de aires tras el fallecimiento de Pío Nono.

–¡Joder, Pablo! ¿Conociste al papa?

–Claro –respondí, con una naturalidad que pudo parecer soberbia.

–Estoy orgulloso de ti. Hace nada eras un mocoso en Logroño y ahora te codeas con los papas. A pesar de lo que ha cambiado esto, seguirás creyendo que es un pueblo de mala muerte.

–En absoluto –sonreí–. No te lo creerás pero hoy incluso está comenzando a despertar mi ternura.

–¡Esos son los tres vinos que nos hemos pimplado!

–Supongo que algo han ayudado –reconocí, tonificado por el agradable ardor que desprendían mis mejillas.

–No me has preguntado por nadie de los de aquí.

–Ya sé de tu vida, y que te va bien. De lo cual me alegro.

–¡Venga, Pablo!

–De verdad, que no me interesa conocer la vida de la gente que no es allegada a mí... –dije en voz baja. Sin embargo, tras unos instantes de silencio, me atreví a preguntar–. Después de dejarte en el funeral, vi pasear junto a su marido a aquella chica que iba a vernos jugar.

–Que iba a verte jugar, querrás decir –respondió David, satisfecho por haber conseguido que diera mi brazo a torcer–. Lucía... Lucía Garay. Se casó con un vejestorio burgués. Aunque tiene fama de ser uno de los mejores médicos de la ciudad. Viven en una casa palacio de la calle Mayor. No han tenido hijos. Lucía no necesita trabajar pero imparte clases en la Escuela Normal de Maestras y también enseña a niñas pobres. A veces ella misma se acerca por aquí para comprar el pan. Sigue igual de guapa.

–Sí que estás bien informado.

–Esto sigue siendo un pueblo. ¿Nunca más volviste a saber de ella?

–Nunca. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella era una señorita bien y yo un humilde huérfano destinado a ser cura. Y cura soy.

–Ya. La vida a veces es una jodienda.

–La vida siempre es una jodienda, David –confirmé, con una sonrisa dibujada por el sarcasmo y la melancolía–. Bueno, es hora de descansar. Mañana he de madrugar a ver qué me cuenta el obispo, si doy con él. Si no, me tocará volver a Calahorra.

–No creo que se vaya tan pronto. Fijo que lo encuentras en La Redonda.

–Mañana lo comprobaré. ¿Sabes? Me ha resultado muy grato este encuentro.

–¿Quieres decir que te has alegrado de verme? –bromeó David.

–Eso mismo –reí–. Pero eres más listo de lo que pretendes aparentar. No te burles de mí.

–¡Bah! Espero que no vuelvas a perderte tanto tiempo. Por cierto, si has seguido jugando a pelota no te atreverás a echar un partido...

–¿Un partido? ¡Uf! Hace un siglo que no juego.

–¡Venga, hombre! Se te ve en forma. Estás hecho un *chiguito*. No tienes mi barriga. Por no tener, no tienes ni canas.

–Alguna me va saliendo ya –reí de nuevo.

–¿Qué? ¿Te animas?

–Puede que no sea mala idea. Ya te avisaré –contesté, risueño.

–¿Seguro?

–Que sí, hombre.

–Sí, por los cojones. No lo harás. Y oye, si llegas a cardenal... o a papa, confío en que me invites a la ceremonia. Anda que no iba a fardar yo en Roma.

–Descuida, que eso no ocurrirá.

–No pensarás en colgar los hábitos...

–No, hombre, no. No sabría qué hacer con mi vida.

–¡Joder, Pablo! Esa no es la respuesta de un cura. Se supone que tendrías que hablarme de tu vocación, de servir a Dios y de esas monsergas.

–No hables así o te condenarás –respondí en tono guasón–. Anda, ve a rezar unos cuantos padrenuestros.

–Dame un abrazo, tigre. Fijo que me reconfortará más que tu absolución.

Se lo di de manera sentida, antes de dirigirme a la posada con la mente a caballo entre el pasado y el presente, mecido por los efluvios del vino. En ese momento, Logroño me resultó tan acogedora que decidí dar un pequeño rodeo para pasearme por la calle Mayor, planteándome el absurdo juego de adivinar la ubicación exacta de la residencia de Lucía o quizás con la pretensión de verla asomarse a la ventana de alguna de esas casas señoriales. Después de recorrerla por completo dejando que mi imaginación fantaseara con imposibles, me encaminé hacia la calle San Juan y a la realidad. Si había regresado era porque el obispo de Calahorra y la Calzada reclamaba mi presencia. En cualquier otra circunstancia, en cualquier otra ciudad, estaría carcomido por la curiosidad. Y sin embargo, mis pensamientos vagaban salvajes... como si Logroño les hubiera concedido la libertad.

Confieso que hacía una eternidad que no dormía con tanta placidez, como si mi madre me hubiese arrullado en sueños enredando mi pelo con sus manos. Algo tiene de atávico el lugar donde uno nace que se escapa a la lógica. Nunca ha dejado de sorprenderme esa mezcla de razón e instinto contra la que durante un sinfín de años traté de rebelarme hasta que fui claudicando casi sin darme cuenta. Con el tiempo, he llegado a creer que hay una energía burlona que se esconde detrás de las casualidades. Y que el conocimiento y el azar son dos caras de una misma moneda.

Me desperté de buen humor aunque al incorporarme exhalé una bocanada de melancolía. Necesitaba un café. Lástima que Logroño aún no hubiese sucumbido a la moda de esos establecimientos llenos de columnas, divanes y mesas de mármol en los que uno podía ver la vida pasar mientras tomaba un café o un chocolate. Por no haber, no había ni periódico local ya que el único que se publicaba en toda la provincia era *El Hareense*. Tras asearme y vestirme los hábitos, bajé al pequeño comedor anejo al zaguán donde Esther, la dueña de la posada, me sirvió un desayuno que me hizo olvidar la suntuosidad de los magníficos cafés que yo frecuentaba por media Europa.

—¿Le gusta la golmajería, padre? Porque hago unos fardelejos que son para chuparse los dedos —inquirió en un tono rudo que, no obstante, sonó amable.

—Hacía siglos que no oía esa palabra. Golmajería —repetí, con una sonrisa en los labios, al darme cuenta de que echaba de menos ese acento tan cantarín gracias al estiramiento de las vocales finales.

—No es usted de aquí, claro.

–Sí. Soy de aquí. Aunque he estado mucho tiempo fuera –le respondí, fijándome por primera vez en la expresividad de sus enormes ojos, del color de las avellanas a punto de madurar.

–¿Se fue cuando era *chiguito*?

–No tan niño, Esther.

–Yo me crié en Torrecilla en Cameros.

–¿El pueblo de Sagasta?

–Eso es, padre. Y ahora que no nos oye nadie, le diré que don Práxedes es un poco estiradillo. La cosa es que me casé con el dueño de esta casa hace cinco años pero enviudé enseguida, con un hijo recién nacido.

–Lo lamento.

–Bueno. Yo no tanto. Comenzó a zurrarme al día siguiente de la boda, así que cuando le dieron aquellas fiebres no le lloré mucho que se diga –confesó ella en tanto me servía el café junto a los dulces.

–Tienen una pinta estupenda –comenté, un poco por impedir que ella tomara carrerilla para contarme su vida.

–Hojaldre relleno con una masa de mazapán a base de almendras, huevos, ralladura de limón y azúcar.

–Absolutamente deliciosos –le respondí tras probar el primer bocado y beber el café casi de un trago, a pesar de que estaba demasiado caliente.

–Soy una cocinera de primera –aseveró ella, sin ocultar su modestia mientras depositaba un sobre en la mesa–. Padre, han dejado una carta para usted.

–¿Quién la ha traído?

–No lo sé. La he visto hace un rato en el suelo del zaguán. La han debido de dejar bajo la puerta, de madrugada.

En el sobre se podía leer un escueto «para el padre Pablo Santos» en una letra redonda y cuidada, pero no traía remite. Lo abrí con cuidado, sin percatarme de que la dueña de la posada no parecía tener prisa por apartarse de mí. Al extraer la nota, vi la mirada escrutadora de la torrecillana.

–¿Me trae otro café, por favor? –le pedí para poder leer la carta con comodidad.

Ella se alejó rezongando entre dientes, en tanto yo sentía un ligero temblor en los dedos cuando mis ojos recorrieron aquellas pocas palabras.

Querido Pablo:

Me gustaría encontrarme a solas contigo. Disculpa mi atrevimiento. Al verte en el funeral de Jacinta he indagado con discreción dónde estabas. Solo busco una conversación entre amigos, como antaño. Estaré esta tarde a las seis en las ruinas del convento de San Francisco. Podemos dar un paseo por el río con tranquilidad.

L.G.

El segundo café lo paladeé con la parsimonia que requería el momento, sin dejar de dar cuenta de los dulces de la posadera. Releí confuso la nota, sin tener muy claro sobre qué podía hablar con Lucía después de tantos años. Incluso nuestras escasas conversaciones de entonces ya me resultaban torpes. En cualquier caso, me hacía ilusión volver a verla. Demasiada quizás para mi celibato. Quise creer que tal vez había pasado el tiempo suficiente para aguantarle la mirada sin tener que agachar la cabeza para disimular mi rubor. Una miga del fardelejo en la sotana me recordó mi condición de sacerdote y que tenía que solventar mis asuntos con el obispo por la mañana si quería tener libre el resto del día.

La primavera manifestaba su indulgencia con una ciudad que desprendía olores más salubres de los que yo recordaba. De una taberna de la calle Compañía me llegaron aromas de una tortilla de patatas, a la que empecé a mi regreso. Confiaba en que mi encuentro con el obispo no enturbiara el optimismo con que encaraba el día. Tuve suerte al toparme a las puertas de la colegiata con una comitiva que rodeaba a un hombre con aspecto frágil que vestía una sotana morada. El prelado parecía despedirse de algunos de los prohombres locales, a juzgar por sus elegantes indumentarias. Un carruaje con la puerta abierta le aguardaba a pocos pasos.

Dudé por un instante, pero finalmente decidí acercarme en espera de que el obispo se dirigiera al vehículo.

–Disculpe, monseñor... –le dije, mientras iniciaba la genuflexión con mi rodilla izquierda.

–¿Nos conocemos, padre? –me inquirió, ofreciéndome el anillo para que se lo besara.

–No sé si es buen momento. Lo cierto es que estábamos citados en Calahorra. Si ahora no puede atenderme, nos veremos allí cuando Su Reverendísima disponga.

–No será usted el padre Pablo Santos...

–El mismo –sonreí–. Es un honor conocerle.

–¡Vaya! Le hacía más viejo.

–Confieso que yo a Su Reverendísima también –respondí con franqueza.

Don Gabino Catalina del Amo aparentaba un aspecto jovial al que ayudaba su complexión delgada, la ausencia de arrugas y un pelo sedoso que arrancaba ya en la parte superior de la frente.

–Pues soy un sesentón –dijo, esbozando una sonrisa que agrandaba en exceso su ya abultado labio inferior.

Creo que él dudó por un instante qué hacer conmigo porque, de repente, su vista se ausentó detrás de sus gafas redondas.

–No quiero importunarle.

–No. No lo hace, en absoluto. Estaba pensando que ha venido de muy lejos como para hacerle recorrer más kilómetros de los precisos. Además, a donde quiero que vaya se encuentra en sentido contrario a Calahorra. Hay demasiada gente aquí –me susurró–. No sé si será discreto que entremos en la sacristía... ¿qué le parece que charlemos dentro del carruaje? Estaremos más tranquilos. Y lo que tengo que contarle es confidencial.

–Estoy a su disposición –respondí, satisfecho por poder quedarme en Logroño.

Tras los últimos parabienes de rigor, nos introdujimos en la berlina bajo la mirada de los hacendados locales. Entré relajado, amparado en el anonimato de mi sotana y de mis largos años de ausencia.

–Tengo que agradecerle el esfuerzo, padre.

–Nada que agradecerme. Era el empujón que necesitaba para volver.

–Supongo que no sabe por qué le he llamado.

–No tengo ni la más remota idea.

–¿Conoce San Millán de la Cogolla?

–No, aunque me imagino que estoy a punto de hacerlo.

–¿Qué sabe de su monasterio?

–Poca cosa. Que los benedictinos estuvieron en él trece siglos, hasta que les echaron en 1835, y que es uno de los pocos que nos han devuelto tras la desamortización.

–¿Desamortización dice? ¡Expropiación! –Don Gabino se mostró por primera vez irascible–. O si lo prefiere... ¡robo! Vale que este siglo nos haya traído el anticlericalismo, pero la Iglesia ha sido saqueada, y no por el pueblo hambriento ¡sino por el gobierno de España, nada menos!

–Le entiendo perfectamente, monseñor. Es difícil de asimilar.

Mis palabras no buscaban aplacar sus ánimos, sino corroborar las suyas. Los sucesivos gobernantes liberales habían decretado la desamortización de los bienes eclesiásticos y civiles con el propósito de obtener dinero con el que paliar la elevada deuda del Estado y de crear una clase media que pudiera poner en producción los inmuebles adquiridos, de forma que se consiguiera recaudar más impuestos. Sin embargo, los resultados fueron muy distintos. Una vez gastados los ingresos de la enajenación, la deuda volvió a crecer de forma alarmante y la propiedad de las tierras rústicas no fue a parar a manos de quienes pudieran trabajarlas sino que, merced a esa picaresca tan española, se vendieron en grandes lotes a los que solo tuvieron acceso las grandes fortunas, que incluso incrementaron el precio de alquiler a los lugareños.

Y así, una vez más en la historia, se ayudó a que los ricos fueran más ricos y los pobres más pobres. Aquello constituyó el principio del fin del mundo rural. El hecho de que los campesinos no pudieran labrar las tierras comunales ni los ganaderos usar sus pastos, por haber pasado a manos privadas, provocó que unos y otros tuvieran que ir abandonando los pueblos para buscarse la vida en las ciudades. Los que emigraron, al menos no tuvieron que contemplar la brutal tala a la que fueron sometidos los bosques, lo que conllevó

una deforestación sin precedentes en la que se perdieron numerosas especies vegetales y animales.

Para el clero, estas desamortizaciones supusieron un saqueo en toda regla. Más allá de la pérdida de sus posesiones y de la supresión de las órdenes monacales, muchos templos y monasterios quedaron abandonados después de su expolio. Y si bien algunas de sus obras de arte se vendieron a precios irrisorios a coleccionistas, otras desaparecieron para siempre. No era pues de extrañar que, a pesar del tiempo transcurrido, perdurase la indignación del obispo de Calahorra y la Calzada.

–La restitución del edificio ha sido un milagro, aunque lo hayan esquilado. Por suerte, tras la desamortización, cayó en manos de quien no pudo pagarlo y revertió al gobierno, que lo acaba de devolver a mi diócesis. Nos han golpeado pero no nos han tumbado –dijo don Gabino, reponiéndose del mal trago.

–Al menos, el concordato firmado en 1851 puso algunas cosas en su sitio –le respondí en tono conciliador.

–Demasiado tarde. Ya lo sabe usted, padre. Demasiado tarde. Nuestros gobernantes accedieron creyendo que así no arderían en el infierno. Bien sabe Dios que yo hubiera mantenido la excomunión para todos ellos y para los compradores que se aprovecharon de las circunstancias.

–Me temo que acaba de departir con algunos de ellos.

–Es cierto, padre –suspiró don Gabino.

–Es mejor que miremos al futuro, Su Reverendísima. Es la única manera de poder solventar los males del pasado.

–Sus viajes y sus lecturas han hecho de usted un hombre sabio.

–¿Sabe de mis lecturas?

–Conozco su devoción por los libros. Y que es usted excepcionalmente culto... y listo. Sé a qué se dedicaba en Roma. Ese es el motivo por el que le he llamado.

–¿Quién le ha dicho eso?

–El benefactor que le ayudó con sus estudios desde que usted era un crío.

Supongo que no pude disimular mi sorpresa. De ningún modo esperaba una respuesta que me provocara un nudo en la garganta. Hacía tiempo que me sentía en deuda con alguien de quien no

conocía ni su nombre y ahora estaba a punto de descubrirlo. No obstante, traté de no manifestar mi ansiedad.

–Por fortuna quedan almas caritativas, monseñor.

–Es usted prudente. Me da que no sabe de quién le hablo y, sin embargo, ha preferido esperar a que yo se lo diga antes de preguntarme.

–Monseñor, usted y yo sabemos que la paciencia y la discreción son dos virtudes que aunadas abren casi cualquier puerta.

–El marqués de Murrieta. ¿Le suena?

–¿Luciano Murrieta?

–El mismo. Amadeo I le concedió el título durante su breve reinado.

–He oído hablar de él... Gracias –dije en un tono manifiestamente sincero–. En cuanto tenga ocasión, iré a presentarle mis respetos.

–Es un buen hombre. Y está muy orgulloso de usted. Créame. Ha seguido su carrera desde que se fue de Logroño.

–No me lo esperaba. Me congratulan sus palabras.

–Él ha sido quien me ha contado que trabaja en el Archivo Secreto Vaticano.

–Y yo que pensaba que no había nadie en Logroño que se acordara de mí –dije con sarcasmo–. ¿Cómo lo sabe él?

–¡Oh, padre! No se las dé de nuevas. Ha de saber que el señor Murrieta es el asistente de uno de los españoles más influyentes. Espartero llenará muchas páginas en los libros de historia.

–Lo sé, monseñor. ¿Es quien le acompañaba ayer en el funeral de su esposa?

–Así es. Más que su asistente es su amigo, un indudable apoyo para su vejez. Y aún lo será más ahora que no está Jacinta.

–Continúe, por favor.

–Tengo entendido que, entre otras cosas, se dedica a encontrar libros perdidos.

–Más bien a buscarlos, monseñor.

Don Gabino Catalina del Amo no faltaba a la verdad. Y no niego que mis logros habían sido bastante satisfactorios. Fue el propio Pío IX quien me pidió continuar con la búsqueda de los archivos papales extraviados tras su apropiación por parte de Napoleón en la

conquista de Roma y su posterior devolución tras el destierro del emperador. En 1810 Bonaparte se llevó los archivos a París en tres mil cajas cargadas en carros, pero cinco años más tarde no volvieron todos los libros y documentos. Algunos incluso se quemaron o terminaron en las manos de los charcuteros parisinos para envolver su mercancía; muchos también se vendieron a coleccionistas. Por desgracia, las inclemencias climatológicas no acompañaron a los convoyes de vuelta y numerosos carros cargados quedaron abandonados en ríos o montañas. Desde entonces, la labor de recuperación no había cesado y yo tenía la suerte de participar en ella, de ahí mis frecuentes viajes por toda Europa si la ocasión lo requería. El discurrir del tiempo conllevaba que se fuera complicando más la labor de encontrar volúmenes extraviados, aunque aún me topaba con alguna agradable sorpresa a veces.

–Pues de eso se trata. Sabrá que la biblioteca del monasterio de San Millán de la Cogolla era una de las más valiosas de España. Y, por supuesto, la más importante de mi diócesis.

–Así es, monseñor. Tengo entendido que solo quedaron despojos, como en la mayoría de los recintos monacales.

–Sus anaqueles son los nichos vacíos de un cementerio, padre. Una tragedia. Me acordé de usted cuando me llegó el rescripto de la Santa Sede del uno de mayo pasado autorizando a enclaustrarse a los agustinos recoletos. Ya hay algunos allí y tendrán mucho trabajo por delante. No les será fácil volver a dar vida al monasterio después de tantos años abandonado. Además no creo que tengan demasiada experiencia en asuntos bibliotecarios. Estoy convencido de que tendrán otras prioridades que la de recuperar libros. ¿Qué le parece si usted les ayuda a hacerlo?

–Me parece un honor, monseñor –respondí, sin ser consciente entonces de lo que significaría para mí ese reto.

–Pues no se hable más, padre. Trataré de que no le falte dinero para su empresa. Y espero verle pronto en Calahorra para escuchar buenas nuevas de su boca. Tengo entendido de la existencia de algunos volúmenes que no deberían haber caído en malas manos. Ya sabe, padre, del gusto que tenían los benedictinos por los asuntos esotéricos.

–Partiré lo antes posible para San Millán.

–Le haré llegar un par de artículos que Navarro Villoslada, un escritor de alma limpia, publicó hace unos años en *El Pensamiento Español* y que recogimos en nuestro *Boletín Eclesiástico*. A lo mejor le sirven de algo.

–Cualquier ayuda vale. Bien sabe Dios que haré cuanto esté en mi mano.

–No tengo ninguna duda, padre –me comentó, ofreciéndome el anillo para que se lo besara de nuevo en señal de despedida–. Vaya con Dios.

–Buen viaje, Su Reverendísima. Le agradezco su confianza –le dije, abriendo la puerta de la berlina para permitir que se pusiera en marcha.

Aún quedaba bastante gente en la plaza, que esperaba a que el carruaje obispal se alejara. Algunos de los presentes me miraron con indisimulada curiosidad. Al percatarme supuse que, si bien hasta ese momento había conseguido pasar desapercibido, pronto mi nombre sería popular en los mentideros de la ciudad. Entre los prohombres que permanecían congregados no se encontraba el marqués de Murrieta, así que encaminé mis pasos hacia el callejón donde aún olía a tortilla de patatas. Allí di cuenta de una jugosa ración acompañada de media hogaza de pan, en tanto trataba de poner mis ideas en orden sin excesivo éxito. Tenía por delante una tarea que suponía un nuevo reto para mí: dar con libros escondidos o desaparecidos, si es que seguían existiendo. Y conocía el nombre de mi benefactor sin alcanzar a entender las razones por las que se había fijado en mí. Tal vez fuese una mera casualidad, o es que simplemente don Luciano Murrieta ponía el ojo en los buenos estudiantes. En cualquier caso, debía agradecersele.

Desde la torre sur de la colegiata, la campana de horas repicaba doce veces sobre el cielo logroñés, avisándome de que faltaba menos para mi encuentro con Lucía. Decididamente, me vendrían bien un par de vinos.

Unas cuantas paredes del ruinoso convento de San Francisco resistían en pie más por orgullo que por fortaleza. En los seis siglos transcurridos desde su construcción había sufrido el desgaste del tiempo, aunque sus heridas de muerte procedieron de las guerras, la desamortización y los incendios. Bajo su suelo yacerán por siempre los restos de infinidad de franciscanos, testigos mudos de sus glorias pasadas.

Cuando me fui de Logroño todavía funcionaba como cuartel de caballería, uso militar al que se fue adaptando después de que las tropas de Napoleón lo utilizaran en 1808 para instalarse, junto a los conventos del Carmen, la Trinidad, la Merced y Valbuena. No tenía conocimiento del desastre y me apenó sobremanera presenciar sus últimos estertores a escasos metros de una flamante fábrica de gas, en el lugar donde otrora se hallaba una de encurtidos y un viejo molino.

Entonces no estaba seguro de que los cambios implicasen progreso. Hoy sé que no. El hombre es capaz de transformar la fisonomía de las ciudades, incluso de la naturaleza, pero cae obstinadamente en errores que le impiden avanzar como ser humano. El odio, la envidia y la avaricia persisten a lo largo de la historia aprovechándose de nuestra frágil memoria, o acaso de nuestra ignorancia de lo acontecido en épocas pretéritas, o a lo peor de nuestra absurda soberbia al creernos superiores que nuestros antepasados.

Contemplando la silueta del León Dormido –la singular cumbre de Sierra Cantabria– mientras esperaba a Lucía, confiaba con ingenuidad en que España hubiese aprendido de las tres guerras civiles acaecidas en lo que llevábamos de siglo.

Con el discurrir de las aguas del Ebro de melodía de fondo, mi nombre sonó deliciosamente en sus labios.

–¿Qué vida, Pablo?

Me estremecí al oír de su voz ese saludo tan de la tierra. Al girarme vi su sonrisa de antaño, esa que embellece a las personas de bien. Llevaba un vestido grana con ribetes oscuros, abotonado hasta el cuello, sobre un reducido polisón. Bajo su sombrerito negro, sobresalía su coqueto pelo rubio recogido en un moño.

Debido a que en ciertos viajes no siempre resultaba conveniente revelar mi condición de sacerdote, yo disponía de alguna que otra chaqueta. Antes de salir de la posada, sopesé vestirme de civil mas no quise parecer atrevido y opté por llevar una sotana corta a modo de chaleco, bajo una casaca, de tal manera que lo único que delataba mi condición religiosa era el alzacuello, ya que tampoco me puse el sombrero de teja.

–Lucía... –Creo que pronuncié su nombre despierto por primera vez en diecisiete años.

Ella me tomó la mano para besármela sin que yo opusiera resistencia, ya que pensé que esa sería la única forma que tenía de sentir sus labios en mi piel.

–Disculpa mi atrevimiento por citarte, Pablo. Lo siento, pero no me sale llamarte padre.

–No te imaginas la alegría que me has dado.

–Opinarás que soy una descarada.

–¿Por querer ver a un cura a solas en un paraje solitario? – comenté en tono burlón.

–¡Oh! ¡Vamos! No te rías de mí.

–No me río –respondí riéndome–. La verdad es que no puedo pensar mal de ti.

–Es que al verte ayer en el funeral, despertaron mis recuerdos – se excusó.

–Ingenuos recuerdos de otros tiempos.

–¿Ingenuos? ¿Tú crees?

La miré con fascinación, casi con asombro. De repente, sentí el reloj detenido en junio de 1861, quizás en el momento de nuestra despedida, cuando yo le ofrecí una pastilla de café y leche que elaboraba la viuda de Celestino Solano.

–Toma –dijo, ofreciéndome unos cuantos de esos deliciosos caramelos como si quisiera retomar nuestra relación donde la dejamos–. No tenemos edad ya de ser ingenuos.

–¡Los siguen haciendo! –exclamé antes de llevarme uno a la boca y guardar el resto en el bolsillo de mi chaleco.

–¡Sí! Es una de las pocas cosas que no han cambiado en Logroño –respondió Lucía, comenzando un paseo al descuido–. Y la muy ladina de Antolina sigue guardando el secreto de su fabricación.

–Ese tipo de secretos no se pueden desvelar –bromeé–. Tienes que decirme dónde puedo comprarlos.

–En la tienda de Santiago Guerrero, junto a la fuente de San Agustín.

–Iré mañana a por ellos. Me gustaría llevármelos.

–¿Acabas de llegar y ya te vas?

–Me iré mañana o pasado, pero no andaré muy lejos. Es muy posible que regrese en unos días.

–A mí también me alegra que hayas vuelto, aunque sea por poco tiempo. No has cambiado en absoluto. Y me haces sentir igual que entonces.

–No sé qué te hice sentir, Lucía. Nunca hablamos de sentimientos.

–Paz, Pablo... paz. Las pocas veces que hablamos a solas tenía la sensación de que no había nada a nuestro alrededor. Tuviste una infancia triste y, sin embargo, no solía desaparecer la sonrisa de tus labios, ni de tus preciosos ojos azules. Esa sonrisa tuya que me reconfortaba... y que no has perdido.

–Te recuerdo que soy sacerdote –le dije a sabiendas de que no sonaba serio.

–Por ahí te libraste –respondió ella, con un brillo pícaro en la mirada. Al sonreír, se le acentuaron los hoyuelos de sus mejillas.

–No, no te engañes. No se trataba de mi vocación. Tu familia no lo hubiera aceptado.

–¿Acaso te lo llegaste a plantear?

–Soy sincero si te digo que no. Jamás me hubiera atrevido. Las pocas veces que nos vimos a solas no hablamos más que de trivialidades.

Lucía se detuvo unos instantes. No le pregunté si se estremeció por la forma en que nos miramos o por la humedad de la brisa. Lo cierto es que no despreció mi casaca sobre sus hombros.

–Fueron cinco, Pablo. Y hablamos de muchas cosas. Incluso de libros. ¿No lo recuerdas? –me dijo, clavándome sus ojos color miel antes de reemprender el paseo.

–Lo recuerdo, Lucía. Lo recuerdo. Creo que sería capaz de repetir cada una de nuestras charlas –respondí sonriente.

–Fuiste un caballero.

–O un cobarde.

–Cobarde no. Me consta que a veces tuviste que escaparte del seminario para verme. Eso no es de cobardes.

–Tú también debiste de urdir alguna mentira, supongo. No era normal que una chica anduviese sola. Sigue sin serlo.

–¿Mentí? Pues quiero que me confiese, padre. Además ya no soy ninguna chica, sino una mujer más bien tirando a vieja –dijo, divertida, asiéndome del brazo.

–Para pedir confesión es necesario el arrepentimiento.

–Y arrepentida estoy, Pablo –contestó Lucía, adoptando un tono más serio.

–¿Por mentir?

–No.

–¿Entonces?

–Nada. Cosas mías. ¿Volvemos?

–Claro. Se hace tarde.

El sol destellaba con languidez entre las nubes arreboladas. Al ver una pareja a lo lejos, ella se soltó con dulzura de mi brazo y yo sentí un frío repentino que nada tenía que ver con la brisa del atardecer. Casi no conversamos durante el camino de vuelta, antes de separarnos en el muro del Pósito a la altura del hospital, inaugurado siete años antes por el rey Amadeo de Saboya.

Sobran las palabras cuando hablan los silencios. No me atreví siquiera a acompañarla desde lejos por no comprometerla. Tampoco habría ocurrido nada si la hubiesen visto junto a un sacerdote, pero las explicaciones es preferible esgrimir las solo en caso de necesidad. No hizo falta que manifestásemos nuestra intención de

volver a vernos. Ambos sabíamos que estábamos condenados a encontrarnos.

De camino a la posada me di cuenta de que no habíamos querido contarnos apenas nada de nuestras vidas durante todo este tiempo. Como si no nos importara el mundo más allá de nosotros. Y es que Lucía, por sí misma, constituía un universo.

Me desperté con la primera claridad del amanecer tratando de discernir entre sueños, pensamientos y recuerdos. Mi encuentro de la tarde anterior con Lucía bien podía formar parte de mi imaginación, de un deseo contenido durante demasiado tiempo. Los aromas de café que se colaban por la ventana entreabierta me empujaron a hurgar en los bolsillos de mi chaleco. Mis dedos dejaron de retemblar al palpar los caramelos.

Iba a asomarme a la calle para recuperar el aire cuando oí tres veces un «agua va» y preferí ahorrarme contemplar cómo un vecino en camisón vaciaba su orinal, por lo que me aseé con parsimonia en el palanganero antes de vestirme para bajar a desayunar.

Debía organizarme. A pesar de que no hubiese más de cuarenta kilómetros de distancia, supuse que no sería fácil llegar hasta San Millán de la Cogolla, por lo que tenía que buscar la manera de hacer el trayecto lo mejor posible.

En el pequeño comedor de la planta baja me saludó la posadera torrecillana.

–Buenos días, padre. Hoy le tengo preparados hormigos con miel. Espero que le gusten.

–Tiene usted una mano prodigiosa para la cocina, Esther.

–¡Qué sabrá usted! Si no ha probado aún ninguno de mis guisos. Ayer no comió nada. Con razón está así de escuchimizado. Hoy voy a preparar unas patatas con chorizo que se va a chupar los dedos – me dijo, sirviéndome el café.

–¿Patatas a la riojana? Ni me acuerdo de la última vez que las comí.

–¿A la riojana? –rio ella, de buena gana–. Se nota que viene de fuera, padre. Aquí nadie las llama así porque todo lo cocinamos a la

riojana. ¡Somos riojanos! Ya he estado en el mercado y he comprado las mejores alegrías. Espero que no se haya olvidado del picante.

–Lo siento, pero no puedo asegurarle que regrese a la hora de la comida –respondí, contrariado en parte por la chanza, en parte por perderme el guiso.

–Padre, tiene usted que comer.

–No se preocupe por mí. Estoy bien alimentado. Ya verá lo poco que me duran estos dulces. Por casualidad, ¿no sabrá cómo puedo ir a San Millán de la Cogolla?

–¡Uy! Pues hasta Nájera es fácil por una carretera de segunda. Hay servicio de postas. Aunque desde allí a San Millán, tendrá que buscar la compañía de un arriero, me imagino. El camino es muy malo para los carruajes.

–Ya. ¿Y sabe si puedo alquilar un caballo en Logroño?

–Aquí al lado hay una caballeriza, pero solo guarda los caballos de los vecinos y de algún viajero que se aloja en mi casa. ¿Sabe? No me gustan los que llegan a caballo –susurró–. Son más de fiar los que vienen en diligencia o en tren. Como usted. Porque vino en tren, ¿no?

–Esther... ¿puedo alquilar un caballo o no?

–No lo creo, padre. Esto es muy chico. Imagino que en Roma será distinto.

–¿Cómo sabe usted que vengo de Roma? –pregunté, más sorprendido que enfadado.

–Lo sé por lo mismo, padre. Porque esto es muy chico.

–¿Dónde compra el pan, Esther?

–¡Oh! No pensará que el bueno de David me ha dicho que estudiaron juntos en el seminario...

–Ya –dije en tono serio, sonriendo para mis adentros–. ¿A qué hora sale la diligencia para Nájera?

–Es la que va a Burgos. Sale a las nueve los lunes, miércoles y viernes. Tendrá que esperar a mañana.

–Gracias, Esther. Estos hormigos son un pecado.

–En época de vendimia los preparo con arrope. Mientras, puede pecar con estos, padre. No creo que por ello tenga que confesarse.

En el fondo me sentía reconfortado por poder pasar un día más en Logroño. En cualquier caso, pensaba en viajar ligero de equipaje, dejando mi baúl en la posada. No sabía con lo que me encontraría en el monasterio pero intuía que la empresa iba a llevarme bastante tiempo y tampoco se me antojaba urgente. La experiencia me dictaba que la paciencia y la reflexión siempre daban buenos resultados en estos casos. Además, me apetecía regresar para la fiesta de San Bernabé. De algún modo, pretendía hacer las paces con mi ciudad.

—¿Sabe dónde vive don Luciano Murrieta?

—¿Don Luciano? ¿El marqués? Es el soltero más solicitado de Logroño. ¡Quién lo pillara!

—Esther...

—Padre, no me regañe, tendré que tenerle al tanto de las cosas.

—No le regaño.

—Me regaña, padre. Pero luego bien que me pregunta por todo.

—Y bien que me responde —dije, jocoso.

—Es mi obligación estar informada para poder atender a mis huéspedes —se justificó.

—¿Sabe o no sabe dónde vive don Luciano?

—Todo el mundo lo sabe, padre.

—Todo el mundo menos yo.

—¡Uf! —suspiró—. Vive en la casa de Espartero, aunque ahora se pasa la vida en sus viñedos. Se ha hecho construir la mejor bodega de La Rioja. Con lago, castillo y toda la pesca. Está a poco más de una legua siguiendo la carretera a Zaragoza, en la finca Igay, junto al cerro de Juanito Borrejo. No tiene pérdida. ¿Conoce usted a don Luciano?

—Esther...

—Perdón, perdón. Me vuelvo a la cocina, padre.

Decidí darme un paseo hasta los nuevos dominios de mi benefactor. Quizás incluso podría agradecerle su ayuda y conocer sus motivaciones, si es que existían más allá de realizar obras de caridad con los huérfanos más humildes.

A medida que me alejaba del viejo núcleo de Logroño intuía lo que le depararía el futuro. La incipiente avenida del General Espartero aún estaba jalonada de huertas, aunque ya hubiese

nuevas construcciones como el cuartel de caballería o la plaza de toros, que sustituía al vetusto coso de madera de la Vuelta del Peine, el cual apenas se mantuvo tres años en pie. Y quise imaginar que, a pesar de lo que la ciudad se pudiera expandir, nunca dejaría de resultarme acogedora.

Tardé poco más de una hora en avistar el mar de viñedos que se extendía en los alrededores de un pequeño cerro, al otro lado del Iregua, uno de los siete ríos que descienden hasta el Ebro por estos lares y que contribuye a que La Rioja sea llamada «la de los siete valles». Me adentré en el sendero que llevaba a los edificios y, según ascendía, comprobé que además de viñas la finca tenía árboles frutales, olivos, almendros y una plantación de cereales. Incluso en lontananza, me pareció ver algunas cabezas de ganado. Tras virar en la última curva del camino, me quedé realmente atónito.

De repente, me sentí transportado a uno de esos *châteaux* que yo había tenido la oportunidad de conocer en mis viajes a Francia. En medio de aquel verdor, a los pies de un lago artificial diseñado con un gusto exquisito, se erigía una enorme bodega construida con piedra arenisca, del color de la tierra mojada, de una belleza sin par.

Permanecía ensimismado contemplando cuanto me rodeaba cuando una voz amable sonó a mis espaldas.

–Buenos días, padre. ¿Qué se le ofrece?

–Buenos días, hijo –respondí, girándome–. Soy Pablo Santos, un humilde cura logroñés que está comprobando cuánto ha mejorado La Rioja en mi ausencia.

–No vaya a creerse que toda La Rioja es así –rio de buena gana–. No hay otra bodega igual. Yo soy Blas de Vicente, el administrador –se presentó.

–Es un placer –respondí, sin sentirme ofendido por que me hubiera ofrecido su mano para apretarla en vez de besar la mía–. ¿Sabe si está aquí el marqués?

–¿Le espera?

–No. Lo cierto es que no. Lamento haberme presentado sin avisar. En realidad, daba un paseo. Si está ocupado, me conformo con que le transmita mis respetos.

–Un momento, padre. No creo que le importe verle si no está muy liado. Voy a ver por dónde anda.

–Es usted muy amable.

Vi cómo Blas se dirigía a la bodega y a los pocos minutos salía acompañado de un hombre fornido de mediana estatura que vestía con suma elegancia un traje con chaleco azul. Si bien su escasa cabellera era totalmente blanca, al igual que su mostacho y su escasa perilla, calculé que aún no habría cumplido la sesentena.

–¡Qué grata sorpresa, padre! –exclamó con sincera alegría. Creo que dudó durante un instante en abrazarme, pero al final me tendió una mano mientras palmoteaba mi brazo con la otra.

–Es usted muy amable, marqués. No esperaba este caluroso recibimiento. Ni siquiera confiaba en que supiera quién soy.

–¿Marqués? –repitió, risueño–. Todavía no me he acostumbrado. Además, el título lo guardo para cuando voy a Madrid. Allí les impresiona bastante. Te propongo un trato. Tú me llamas Luciano y yo te llamo Pablo. Tan raro me suena que me llames marqués como yo a ti llamarte padre.

–No seré yo quien me atreva a contradecirle –asentí, sorprendido por su afabilidad. Solo hacía falta un par de frases con aquel hombre para comprobar su bonhomía.

–Gracias, Blas. Te dejo que sigas con lo tuyo. Y dile a Manolo que saque el calesín –le sugirió a su administrador, que asintió antes de despedirse–. Voy a enseñarle nuestra finca a este amigo. Porque supongo que te apetece verla, ¿no, Pablo?

–Estaré encantado, aunque no quisiera importunarle.

–¿Importunarme? ¡Ni mucho menos! –respondió el marqués clavándome la mirada de unos ojos que me parecía que se humedecían–. Me resulta increíble que estés aquí –Al escucharse en voz alta, reflexionó unos segundos–. Oye, ¿y por qué has venido? ¿Qué sabes de mí?

–Me cuesta tutearle... tutearte.

–¡Monsergas! –exclamó sin dejar de escrutarme–. Tú sabes algo, ¿no?

–El obispo me reveló ayer que fue usted quien pagó mis estudios en el Seminario Conciliar. Deduzco que también mi viaje a Roma.

–Se supone que los curas deben guardar secretos, y más si llegan a obispos... ¡Oh, perdón!

–Solo si estamos bajo secreto de confesión, don Luciano –reí.

–Si te digo la verdad, ¿me tutearás?

–Lo intentaré, al menos. Tiene... tienes mi palabra.

–Nunca me han ido mal las cosas del todo. Claro que hago obras de caridad, como cualquier persona con un poco de corazón. Es más una obligación que un deber. No eres el único niño al que ayudo a salir adelante. Pero sí me dijeron que tenías un don extraordinario para aprender. Así que, simplemente, hice lo correcto: darte un ligerísimo empujón. Lo habrías conseguido por ti mismo de todos modos.

En ese momento llegó el cochero y el marqués de Murrieta se subió al carruaje con sorprendente agilidad. Cuando yo me senté junto a él, comenzamos a rodar. Había algo que no me terminaba de encajar. Aquel hombre habría socorrido a un sinfín de personas a lo largo de su vida, por no hablar de todas a las que conocía por razón de su cargo y de sus viajes; y sin embargo, solo con decir mi nombre, él me recordaba a la perfección.

–¿Te acuerdas de todos los chavales a los que has ayudado? – inquirí a sabiendas de que mi pregunta era retórica.

–¡Por supuesto que no! Mira... ahí están los panales. Hacemos una miel deliciosa.

Decidí no insistir. Se veía que Luciano se encontraba más a gusto mostrándome sus posesiones que demostrando su filantropía.

–Es una finca enorme, y muy bien cuidada.

–Ciento sesenta y ocho hectáreas. El sueño de toda mi vida. Y ya verás la bodega.

Recorrimos la heredad durante una hora en la que mi anfitrión me contaba los pormenores de su adquisición, del seguimiento de los trabajos y de sus aspiraciones. Durante el trayecto los trabajadores le saludaban con respeto pero con cariño y él les correspondía preguntándoles por su familia o por cómo transcurría la jornada.

–Sabes el nombre de todos ellos –le comenté.

–Es fácil. No son más de cincuenta. Viven aquí con sus familias y, en cierta manera, ellos son la mía. Y más ahora que... –De súbito, se le nubló el semblante.

–Lamento de corazón lo de doña Jacinta... –le interrumpí, posando mi mano en su hombro.

–Era mi segunda madre. De no ser por ella, todo esto no hubiera resultado posible. Ojalá sea verdad que el cielo existe.

–No te llevas muy allá con Dios. ¿Me equivoco?

–Digamos que nos respetamos, sin más. Yo no me acuerdo mucho de Él y yo espero que Él no se acuerde mucho de mí.

En un intento de que recuperara el ánimo, antes de llegar a la bodega, le pedí que me explicara cómo había sido capaz de elaborar tan buenos vinos.

–Enseguida lo verás –dijo, rehaciéndose–. Imaginarás que he viajado por medio mundo. Fue durante mi estancia en Londres, acompañando al general en su exilio, que me di cuenta de que los vinos franceses tenían una calidad de la que adolecían los nuestros. A mi vuelta, quise que los propietarios riojanos aplicaran su método de elaboración. Aquí se producía tanto vino y tan malo, que el sobrante se usaba para hacer mortero. En nuestras reuniones, en casa del general, cada vez que llegaban los terratenientes con viñedos, yo les daba la murga con mis ideas diciéndoles que debían invertir para mejorar sus vinos. Pero aquí siguen siendo muy melones, Pablo. Y por muy liberal que uno se crea, el dinero le hace conservador.

–Tienes toda la razón –asentí, divertido.

–Yo creo que Jacinta, cansada de que diera la lata a sus invitados, puso a mi disposición sus viñedos y su calado de la calle Cerrada. Sabrás que procedía de una de las familias más ricas de Logroño. Los Santa Cruz fueron incrementando sus propiedades acudiendo a las subastas de las tierras desamortizadas.

–Prefiero que saltemos ese tema.

–¿No te gusta la política?

–A mí con la política me pasa igual que a ti con Dios. Sigue contándome –le sugerí ante la puerta de sus instalaciones vinícolas.

–No hay demasiado más que contar. Me empleé a fondo. Visité más de cien bodegas en Burdeos. Y me traje de allí los materiales para la mía; además de toneles, botellas y corchos. Por suerte, los viñedos de doña Jacinta daban muy buena uva tempranillo. Y también garnacha, mazuelo y graciano. Pude contar con diez hectáreas, a tres mil cepas cada una. Con una producción moderada, si bien la aridez del terreno facilitaba el aroma de la uva.

Conseguí unos vinos excelentes. Aquello sucedió en el cincuenta y dos. Así transcurrieron los años con sus altos y sus bajos. No olvides que en aquellos tiempos todavía nos debíamos a nuestros quehaceres por la patria. Pero en el sesenta, con profundo pesar, abandoné mi carrera militar para establecerme entre Logroño y Madrid, adonde acudo con frecuencia para cuidar de mi pobre madre.

–Es una suerte tenerla. La mía murió muy joven.

–Lo sé. –Su respuesta me sonó apesadumbrada.

–¿Lo sabes?

–Claro. Te quedaste huérfano al poco de entrar en el seminario por culpa de aquella maldita epidemia.

–Cierto, Luciano.

La bodega resultaba impresionante. Se diría que se hallaba impregnada de la misma tierra en la que nacían los viñedos. Luciano continuó contándome que se mantenía al tanto de todos los avances enológicos, que hasta hacía poco en La Rioja se elaboraba el vino igual que lo obtenía Noé antes de meterlo en su arca, que un tal Louis Pasteur recomendaba que las botellas reposaran tumbadas para mantener el corcho húmedo y evitar que las bacterias convirtieran el vino en vinagre; que aun así, la mayoría de los vinicultores riojanos seguían aferrados a los métodos tradicionales y que cuando les afectó la plaga del oídio se encomendaron más al agua bendita que al azufre.

–Más vale que no llegue la filoxera a La Rioja, porque no estamos preparados para combatirla. Sería una tragedia –vaticinó—. Y ya va siendo hora de llenar el estómago. Vamos al comedor.

–¡Oh, no, por favor, Luciano! Tengo que regresar.

–Bobadas. Seguro que hoy no tienes nada que hacer. A propósito, ¿cómo has llegado hasta aquí?

–Dando un paseo. Hace un día precioso.

Entramos en las dependencias del edificio acastillado gracias a que su sobria elegancia estaba adornada con una esbelta torre central coronada con dos almenas. En el zaguán, nos recibió un delicioso olor a brasas.

–Espero que te gusten las chuletillas de cordero al sarmiento, Pablo.

–¿Acompañadas de tu vino? No se me ocurre que pueda existir nada mejor en el mundo.

–Es el único placer que me permito. El buen yantar y el buen beber. Hace tiempo que dejé de interesar a las mujeres. De ahí mi empedernida soltería.

–Estoy seguro de que es al revés –dije, jocoso–. ¿Nunca pensaste en casarte?

–Una vez estuve a punto de comprometerme. Doña Jacinta me preparó una pequeña encerrona en las Navidades del sesenta, invitando a una ahijada con su mismo nombre. Jacinta Gurrea era preciosa, y muy agradable. Tenía diecisiete primaveras, veinte menos que yo. La verdad es que creo que no supe reaccionar y dejé escapar aquel tren. A los tres años, Jacinta se casó con Ricardo Bellsolá, el ingeniero de Logroño que construyó en Elciego las bodegas de mi buen amigo Camilo, el marqués de Riscal –me contó sin que yo percibiera arrepentimiento alguno–. ¿Brindamos? –me propuso, ofreciéndome una copa recién servida.

–Por nuestro encuentro, Luciano.

–¡A nuestra salud! –matizó él.

Aquella comida es una de las más gratas que recuerdo. Todavía me sigue sorprendiendo que me sintiera tan cómodo con aquel hombre al que acababa de conocer. El marqués de Murrieta poseía una capacidad increíble para encadenar historias sin que ninguna llegara a aburrir. A través de todas ellas pude componer su vida. Asimismo él se interesó por la mía, aunque yo no ahondé en detalles de mi pasado ni en la misión encomendada por el obispo, si bien yo intuía que él algo sabía. Antes de que llegaran los postres, apenas quedaba vino en la tercera botella que descorchamos.

–Creo que envidio tu desdén por la política –comentó, con la lengua ya algo trabada–. Yo estoy hasta los cojones de unos y otros. Y este siglo no nos ha traído más que conflictos. Joder, Pablo. ¿Ha habido algún país civilizado que haya tenido tres guerras civiles en menos de medio siglo? En el treinta y nueve, con el abrazo de Vergara entre Maroto y el general, creíamos que concluirían las pretensiones carlistas. No te imaginas el jolgorio de las tropas de ambos bandos al mezclarse. Pero luego llegarían la segunda y la tercera. Una te pilló niño y la otra lejos. De eso te salvaste.

–También yo he vivido una guerra. La del ejército italiano contra los Estados Pontificios en la unificación de Italia. Yo estaba en Roma en el setenta cuando fue sitiada por Raffaele Cadorna. Al final, Garibaldi y Víctor Manuel II se salieron con la suya y la ciudad eterna terminó por formar parte del nuevo estado. Desde entonces, el papa se declara prisionero en El Vaticano.

–¡Quién lo iba a decir! Demasiadas armas en este mundo.

–Y me lo dices tú, que fuiste militar.

–Pues por eso mismo. Un militar sin excesiva vocación, aunque haya sido un honor estar al servicio del general. No sé si sabes que nací en el virreinato de Perú, antes de que cayera en manos de Bolívar. Ya ves, nací en un territorio hostil mientras mis padres hacían negocios allí, si bien ellos al poco tiempo se trasladaron a Londres, donde mi tío Cristóbal poseía una banca.

–¿Te dejaron tus padres siendo un niño en un Perú que ya no era español?

–Así fue –suspiró–. Al cuidado de mi tío, el general Rivero. Yo no fui huérfano pero conozco el sentimiento de abandono.

–No acabo de entenderlo.

–Yo tampoco. Y jamás he tenido el valor de preguntárselo a mi madre –Por un momento, se incrementó la rojez de sus ojos–. ¿Sabes? Es un tema delicado. A pesar de mi estrecha relación con el general, él nunca se interesó por ello. Al fin y al cabo, él mantenía una gran amistad con mi padre. Se conocieron allí, en Arequipa, donde me vio nacer. Digamos que tenemos un pacto furtivo entre caballeros. Él no me ha sacado el tema y yo no le he preguntado por su familia.

–Tengo entendido que sus orígenes son humildes.

–Por eso mismo. Tengo la sensación de que le incomoda reconocerlo.

–Bueno, todos tenemos fantasmas del pasado.

–Y la vejez los aflora.

–Te dejo que descanses, Luciano. No te imaginas lo gratificante que me ha resultado la jornada –le dije a modo de despedida a la vez que me incorporaba.

–No más que para mí, Pablo. No te vayas aún. Tengo un regalo para ti. Ven, acompáñame.

Sin que me diera tiempo a rechistar, el marqués de Murrieta salió en dirección a los edificios próximos a su bodega, que albergaban las viviendas de sus empleados y las caballerizas. Andaba tan ligero que tuve que afanarme en seguirle. No tardé en oír los relinchos.

–Perdona, Luciano... –quise protestar ante lo que estaba por llegar.

–Ni perdona ni leches. Quiero que te lleves uno de mis caballos. Estoy seguro de que te será de utilidad mientras estés por aquí. Si algún día regresas a Roma me lo devuelves y en paz.

Fue él quien lo eligió. Un precioso ejemplar de capa negra que enseguida se acostumbró a mis caricias.

Comenzaba a atardecer cuando entré en Logroño sobre la grupa de Tempranillo. Pocas veces había experimentado esa sensación de libertad.

6

Tras una parada de avituallamiento en Nájera, seguí el curso del río Cárdenas con cuidado de que mi caballo no se lastimara por aquellos caminos cada vez más estrechos, que se adentraban en la belleza de unos terrenos feraces a los pies de la sierra de la Demanda. A medida que penetraba en el valle, las campiñas de huertos y los sotos de frutales y olivos iban ganando espacio a los viñedos. Al verme pasar, algunas vacas alzaban su mirada mansa, sin dejar de rumiar.

Después de cruzar por pequeñas aldeas estancadas en el pasado, incluida la cuna de Gonzalo de Berceo, avisté lo que acertadamente Navarro Villoslada había dado en llamar «El Escorial de La Rioja». Por muy concienciado que se estuviese, ningún viajero que llegase a San Millán de la Cogolla podía dejar de sorprenderse ante tamaña construcción en un paraje tan recóndito, donde ni siquiera el viento parecía atreverse a romper el silencio.

Desde la distancia, el colosal edificio aparentaba haber soportado con sumo decoro las embestidas de su abandono. Según entrábamos en su recinto, Tempranillo ralentizaba su paso sin que yo sujetara las riendas. Y es que hay lugares que te magnetizan, que te abrasan la lógica hasta reducirla a cenizas para que de ellas broten los instintos.

Me apeé de mi cabalgadura en el patio de La Gallinería, donde apenas quedaban restos de su antigua fuente labrada con cabezas de león. Mis ojos asimilaban la magnificencia del monasterio, si bien el deterioro se rendía ante las distancias cortas. Saltaba a la vista que el tejado requería un arreglo urgente e imaginé que su interior debía de ser desolador.

De la antigua cámara abacial salieron un par de clérigos con hábitos agustinos.

—A la paz de Dios, padre —saludó el más veterano de los dos—. Soy el padre Iñigo Narro y quien me acompaña es el hermano Félix Barea.

—A la paz de Dios. Yo soy el padre Pablo Santos.

—¿Y qué se le ofrece en tan recóndito lugar?

—Me envía el Ilustrísimo Señor don Gabino Catalina del Amo.

—Deme una alegría, padre: dígame que le manda el obispo para ayudarnos a restaurar el monasterio.

—Bueno... no exactamente. Su petición se centra solo en la recuperación de los libros.

—Ya —respondió el padre Narro, algo contrariado, si bien se repuso enseguida—. Entonces me temo que lo tiene incluso más difícil que nosotros.

—Ya veo que les queda mucho trabajo por delante.

—Demasiado. Aunque pretendemos que el monasterio ofrezca un aspecto digno para poder inaugurarlos de nuevo a principios de curso. Ya somos seis agustinos recoletos y esperamos refuerzos en los próximos días. Por ventura, no sabrá usted de albañilería...

—Lo lamento, padre —reí—. Me temo que Dios no me concedió el don de las manualidades.

—Pues es una pena. Nos hubiera venido de miedo. El hermano Barea es un estupendo carpintero ebanista. ¿Verdad, Félix?

—Me gusta labrar la madera. No soy ningún artista —respondió el joven, encogiéndose de hombros.

—Lo es, padre —le corrigió su superior—. Viene de hacer un trabajo maravilloso en el convento de Marcilla. Y seguro que aquí lo hace igual o mejor.

—¿Llevan ustedes mucho tiempo en San Millán? —quise saber.

—Un mes aproximadamente. Al principio nos instalamos junto con nuestro vicario provincial en la casa de don Cándido Ureta, canónigo magistral jubilado de la catedral de Manila. Es allí donde le conocimos. Hasta hace poco yo estaba en Filipinas pero tuve que venirme por mi maldita salud. Confío en que este clima me siente mejor. ¿Conoce usted a nuestro vicario, el padre Toribio Minguella?

—No tengo el gusto.

–Bueno, pensé que podrían haber coincidido. Es riojano, de Igea. ¿Tiene previsto alojarse con nosotros? Ya hemos habilitado algunas celdas y recuperado uno de los pozos. No espere muchos lujos.

–No se preocupe, padre. Le agradezco su hospitalidad. Estaré encantado de hospedarme en el monasterio los días que me quede por aquí.

–Félix le acompañará a su aposento. Luego, si quiere, le ponemos al día de todo esto. No sé si podremos ayudarle, más allá de la información de que dispongamos. Todavía no funcionan las cocinas ni el refectorio por lo que, si le apetece, podemos cenar en la posada del pueblo.

–Será un placer. Aunque antes me gustaría ver la biblioteca –solicité, sin disimular mi ansiedad.

–Claro –respondió Iñigo Narro, comprensivo–. Félix irá con usted.

Tras dejar el hatillo en una de las celdas de la primera planta, nos dirigimos hacia la biblioteca atravesando el pasillo del claustro, donde tanto las paredes como los suelos se encontraban en muy mal estado. En una de las esquinas incluso se podían adivinar las huellas de las hogueras prendidas por las tropas napoleónicas para calentarse durante su estancia en la guerra de la Independencia. Me llamó la atención el gran número de cuadros de enormes proporciones repartidos por los aposentos, si bien la mayoría presentaban agujeros por acción de los pájaros y de las pedradas, a buen seguro lanzadas por los chiquillos del pueblo en sus correrías dentro del monasterio.

Aún entraba claridad por las pequeñas ventanas de un recinto que aparentaba conservarse con dignidad. Incluso con más libros de los que yo esperaba. La biblioteca no era demasiado grande, si bien mantenía la prestancia de épocas pretéritas. Sus estantes estaban divididos por un ándito al que se subía por unas pequeñas escaleras encajadas en el mismo. La madera de los anaqueles, de color chocolate claro, con adornos dorados en los capiteles, necesitaba una buena mano de pintura, pero en general el salón se hallaba casi dispuesto para volver a albergar los libros que pudiéramos recuperar. De hecho, muchos ya descansaban en algunas

estanterías. Me acerqué para contemplarlos y comprobar que eran misales, breviarios y ceremoniales de escaso valor.

–Habrá cerca del millar –calculó el joven agustino–. ¿Cuántos cree que faltan, padre?

–Entre siete y ocho mil. Es seguro que, antes del desastre, los anaqueles se encontraban repletos –le contesté, quizás con un desdén que procedía de mi abstracción.

Una mesa junto al único ventanal –que iba desde el suelo hasta el techo–, un facistol y dos grandes atriles constituían todo el mobiliario. Al fondo, una pequeña puerta colorida bajo un dintel ovalado, incrustada en la estantería inferior, me hizo sonreír.

–¿Sabes lo que es? –le pregunté al hermano Barea.

–No, padre.

–El *infiernillo*. Apenas quedan en los monasterios. Ahí se almacenaban los textos que la Inquisición consideraba peligrosos –expliqué, mientras comprobaba que aquel habitáculo, similar a un confesionario, estaba vacío.

–¿Y qué sentido tenía entonces si se escondían bajo llave?

–La llave la guardaba el prior. Si algún monje quería revisar alguna de esas obras, necesitaba solicitar un permiso especial y confesarse antes y después de satisfacer su interés. Obviamente, debía reservarse lo leído para sí. Supongo que si damos con alguno que esté en el *Index librorum prohibitorum* tendremos que esconderlo aquí –comenté de buen humor, consciente de que aquel lugar me transmitía agradables sensaciones. Si cerraba por un instante los ojos casi lo vislumbraba atestado de libros.

–Nos afanaremos en llenar las estanterías para la reapertura del monasterio, padre. Incluso es posible que venga el obispo.

–¿Sabes si se conserva algún listado de los libros que existían?

–Lo desconozco. Quien mejor le puede ayudar es el último conserje.

–¿El monasterio ha tenido conserjes?

–En todo el tiempo que ha estado abandonado, una persona del pueblo se encargaba de su custodia y de su mantenimiento, en la medida en que podía.

–Hay que reconocer que realizaron un trabajo ímprobo. Y muy meritorio. Mañana iré a visitarlo.

–El último se llama Agustín Quintana. Seguro que sabe darle referencias de cuanto ha acontecido en el monasterio en las últimas décadas.

–Sin duda, será de gran ayuda. Se está haciendo de noche. Va siendo hora de reponer fuerzas.

Durante la cena, apenas si conseguí obtener alguna información meritoria más allá de las vicisitudes del cenobio a lo largo del siglo. Luego, en la tranquilidad de mi celda, volví a ordenar mis ideas. La empresa se me antojaba complicada. Mi ventaja radicaba en que resultaba casi imposible saber qué libros existían antes de las desamortizaciones, por lo que cualquier logro estaría bien visto.

En mi duermevela podía oír al silencio deslizándose entre las hayas. Ni siquiera el río Cárdenas osaba murmurar, quizás empeñado en la búsqueda de vestigios de antiguos cantos gregorianos, de los que ya no subsistían ni los ecos. ¡Qué lejos me quedaba Roma! Y es que presentía que llegaba el momento de quedarme en algún lugar entre aquellos siete valles. Sin duda, La Rioja me reclamaba como suyo.

El monasterio de San Millán de la Cogolla en realidad son dos. La fundación del más antiguo, llamado «de Suso» por encontrarse monte arriba, se pierde en los confines de la historia. Es posible que tuviera su origen en un cenobio visigodo establecido alrededor del sepulcro de Emiliano de la Cogolla, un eremita que murió en olor de santidad en este paraje en el año 574. Lo cierto es que en el siglo X existía en Suso una comunidad monástica ya organizada, dedicada a orar y a copiar libros.

La construcción de Yuso, levantado en la villa de San Millán a orillas del río, tiene que ver con la leyenda que asegura que en 1053 el rey navarro García III, gran devoto del santo, quiso trasladarle al flamante monasterio de Nájera provocando el disgusto de los monjes de Suso. Sin embargo, los bueyes que llevaban la arqueta con sus restos se negaron a caminar y el rey entendió que el santo imponía su voluntad de quedarse, por lo que mandó erigir un nuevo edificio.

Durante todo el siglo XI existieron monjes en ambos monasterios. El de Suso, fiel al tradicional rito mozárabe; y el de Yuso, reformado conforme a la regla benedictina. A partir del siglo XII todos los monjes se establecieron en Yuso, que se convirtió en un referente espiritual, económico y cultural a lo largo de numerosas centurias, en las que conoció un sinfín de vicisitudes hasta que en el siglo XIX comenzó su declive.

Todas estas historias, que yo ya conocía en menor medida, me fueron relatadas con amplitud por el viejo guardián del convento, sentados en un poyo delante de la puerta de su casa mientras bebíamos un vaso de zurracapote. La construcción de piedra aprovechaba la pequeña cuesta en la que estaba situada para

guardar a los animales de labor en la parte más baja, de modo que las cuadras servían para nivelar el resto de la casa y para dotarla de calor en invierno.

Tras casi una hora de charla, yo albergaba la sensación de que ni mis hábitos ni el zurracapote ayudaban a salvar las reticencias del anciano, resabiado y desconfiado. Tampoco es que pudiera reprocharle nada, considerando las desgracias del monasterio del que era conocedor. Pero acostumbrado a estas lides, yo trataba de dirigir la conversación con requiebros, idas y venidas para ir ganándome su confianza.

–La verdad, Agustín, es que sin la labor de los conserjes, los monasterios de San Millán no serían más que esqueletos, paredes derruidas igual que tantas otras que he tenido la desdicha de contemplar –le dije, aprovechando que él hacía una pausa para dar un trago de su vaso.

–Bueno. No es para tanto.

–Lo suficiente para que este lugar pueda vivir de nuevo momentos de gloria.

–¿Usted cree, padre? Yo ya no me fío. Mañana vuelven a cambiar los vientos y largan otra vez a los monjes, como ocurrió con los franciscanos hace una década. Esto es una puta sandez, con perdón.

Al antiguo guardián no le faltaba razón. En 1866 unos franciscanos de Bermeo habían tomado posesión del monasterio en virtud de una Real Orden para destinarlo a casa de estudios; no obstante, no pudieron permanecer más que dos años porque en 1868 la comunidad franciscana fue disuelta por la Junta Revolucionaria de Logroño.

–Esperemos que esta sea la vencida. Parece que a partir de ahora esos vientos de los que usted habla vienen más suaves.

–Dios le oiga... Dios le oiga, padre.

–Me asombra su memoria, Agustín –le dije con franqueza, si bien no niego que trataba de adularle.

–Pues bien que me flaquea. Me acuerdo de lo que hacía cuando era niño y, sin embargo, no sé lo que comí ayer.

–¿Tiene buenos recuerdos de juventud?

–Lo normal. Ya sabe. Los primeros bailes, los *termonazos* que nos lanzábamos con los de Estollo...

–¿Y los franceses?

–Yo era un crío. Pero recuerdo el revuelo de las Navidades del nueve. Los frailes tuvieron que huir casi con lo puesto y refugiarse por los alrededores. Aunque los muy enfermos se quedaron abandonados a su suerte en Yuso y en Suso.

–Así que los benedictinos se vieron obligados a exclaustrarse tres veces.

–Eso es, padre. En el nueve, en el veinte y en el treinta y cinco.

–Imagino que la primera vez se ausentaron cuatro años, la segunda tres y en la última ya no volvieron.

–Calculo que esas fueron las fechas, sí.

–Y que con cada abandono desaparecerían piezas de valor y enseres del monasterio.

–Tal cual, padre. Las joyas las robaron los gabachos, cuarenta arrobas de oro y plata. También arrancaron los marfiles de las arcas donde se guardaban las reliquias de san Felices y san Millán. Por fortuna, el abad evitó la profanación porque había trasladado los restos a otra arqueta. Cuando se marcharon los franceses y antes de que regresaran los monjes, una de nuestras aficiones de *chiguitos* consistía en colarnos dentro del monasterio, pero le juro que nunca robamos nada.

–Le creo, Agustín.

–¿Otro trago, padre?

–Venga, ¿por qué no?

La mañana resultaba igual de soleada que la anterior y se agradecía la bebida fresca.

–No he dejado de entrar en el recinto. Sobre todo, en los períodos en que no había monjes. Fray Faustino, uno de los exclaustrados, intentó cuidarlo durante muchos años. Luego fue fray Millán, aunque creo que no le puso tanto celo como fray Faustino. También es cierto que cada vez había menos cosas que custodiar.

–Imagino que los dos han muerto.

–Así es, padre. Pero no se crea que hace tanto. En este valle hay gente muy longeva.

–Siguiendo la tradición del mismo san Millán, que vivió más de un siglo. Supongo que tiene que ver con la salubridad del clima y la apacibilidad que se respira.

–Y con el agua, padre.

–¿Con el agua?

–Se cree que el agua de por aquí tiene propiedades medicinales –respondió, agachando la mirada, por lo que deduje que no me decía toda la verdad.

–¿Y qué me dice de los libros del monasterio?

–Si es como usted dice y la cosa se tranquiliza, irán apareciendo a no tardar. La gente del pueblo los tiene escondidos en sus casas.

Si bien lo imaginaba, aquella afirmación me sosegó. Tenía lógica que los monjes, antes de sus huidas, hubiesen tratado de salvar cuanto pudieran; especialmente los objetos más fáciles de transportar. Dejarlos en manos de sus vecinos resultaba lo más cómodo y sensato.

–Pues espero que pronto regresen al lugar de donde salieron.

–Tampoco se haga muchas ilusiones, padre. Los más valiosos se los llevaron. Otros, con el paso del tiempo, dado que nadie los reclamaba ni se pensaba que pudieran volver los monjes, se malvendieron. Algunos incluso acabaron en las chimeneas o se usaron para envolver chacina. Hasta he visto ventanas de pergamino.

–Es comprensible, Agustín.

–Pero no se preocupe. Aún hay muchos.

–Y usted saben dónde están –le dije, intentando esbozar la más seductora de mis sonrisas.

–Algo ya sé –respondió, sin ocultar su vanidad.

–¿Sabe si se conserva algún listado de los títulos?

–No me consta, padre.

–Bueno. Pues esperaremos con paciencia cristiana a que esos libros vayan saliendo de sus escondites. Si hace falta pagar por ellos, no dude en hacérmelo saber.

–Descuide, padre. La mayoría de nosotros los devolverá sin más. No nos pertenecen. Solo los hemos guardado.

–Durante más de cuarenta años, Agustín. Pueden estar ustedes orgullosos de ello. Ha sido una delicia charlar con usted y muy útil

para mí, créame. Supongo que volveré a verle. ¿Sabe de alguien que pueda aportarme más datos sobre los libros desaparecidos? –le pregunté mientras me incorporaba.

–Pues no se me ocurre, padre. No me ha dicho por qué tiene usted tanto interés por ellos.

–Imperdonable por mi parte. Creo que el conocimiento tiene que conservarse en las bibliotecas para que pueda estar al alcance de todo el mundo. Y además, don Gabino Catalina del Amo me ha pedido que los busque.

–¿El obispo?

–Así es.

–¡Vaya! No sabía yo que usted era tan importante. Como se le ve tan joven... No se preocupe. Estoy seguro de que quedará en buen lugar.

–Más me vale –sonreí, sabedor de que el viejo conserje flaqueaba.

–Padre, quizás debería visitar a Eusebio Hervías, el panadero. Y a don Leandro Lejárraga, el médico –me sugirió, titubeante–. Pero le ruego que no les diga que he sido yo quien ha pronunciado sus nombres.

–No se preocupe, Agustín. La prudencia es una de mis escasas virtudes –respondí, guiñándole un ojo.

Esa misma tarde, ante la reconfortada mirada de los agustinos recoletos, numerosos carros arrastrados por mulas fueron entrando en el monasterio, con cajas de madera cargadas de libros.

No me conformé con el pequeño éxito conseguido aquel sábado. Antes de que concluyera la jornada aún decidí acercarme al domicilio del médico local, tal y como me había recomendado el antiguo conserje. A esa hora, algunas mujeres todavía hilaban cáñamo en las ruecas a las puertas de sus hogares. También algunos muchachos regresaban del campo con el ganado. Por aquel entonces, el pueblo contaría con unos ochocientos habitantes deseosos de que el monasterio recobrase la vida en beneficio de todos. En un lugar donde las tempranas nieves de invierno cortaban los senderos hasta aislarlo, se antojaba necesario abastecerse con recursos propios.

Llegué a la casa de Leandro Lejárraga tras preguntar un par de veces por su dirección. Junto a la puerta, le aguardaban una mujer con un tarro de miel y un muchacho con un haz de trigo recién segado.

–¿Viene a ver a don Leandro, padre? –me preguntó ella.

–Así es –respondí con cordialidad.

–Su mujer nos ha dicho que ha tenido que atender a un enfermo en Pazuengos y que estará al caer. Cuando llegue no le haremos esperar. Nosotros solo venimos a pagarle.

–En ese caso, volveré en un rato.

–No hace falta, padre. Mire, por ahí viene.

El médico de San Millán resultó ser un hombre joven y muy afable. A pesar de que supuse que hubiera preferido cobrar sus servicios en reales, aceptó con una sonrisa la miel y el trigo, deshaciéndose en elogios. Al irse sus pacientes, me saludó.

–Buenas tardes, padre. Es usted nuevo por aquí. ¿Viene al monasterio?

–Buenas tardes, doctor. Mi nombre es Pablo Santos. Sí y no – respondí, risueño.

–¿Qué se le ofrece? ¿Alguna dolencia? Pero pase, pase, por favor.

–Se lo agradezco. No le robaré más que unos minutos. Imagino que debe de estar cansado. Lo cierto es que me encuentro perfectamente, pero quería hacerle alguna pregunta en relación a los libros del monasterio.

Al entrar en la casa, una joven embarazada me besó la mano para luego acercar los labios a la mejilla de su marido.

–Nati, es el padre Santos. Danos un poco de vino, por favor – dijo, depositando el trigo en el suelo y dándole a ella la miel.

–¿Todo bien en Pazuengos? –inquirió la joven con dulzura.

–Bien. Un niño pequeño acatarrado. Se recuperará pronto.

Nos acomodamos en dos sillas junto a una mesa camilla en un coqueto saloncito decorado con modestia. Por la ventana se veía un cuidado corral por el que correteaban algunas gallinas.

–Lleva usted una vida apacible –le dije.

–No me puedo quejar. Sin embargo, tengo otras inquietudes, padre. Yo no soy de aquí. Y este lugar se me queda pequeño. Me gustaría poder ir pronto a alguno de esos barrios obreros de Madrid donde hay gente humilde que necesita atención.

–Es muy loable por su parte.

–Inquietudes que tiene uno, simplemente, padre.

En ese momento irrumpió en la sala una niña de unos tres años dando saltitos antes de acomodarse en el regazo de su padre para darle un fuerte abrazo rematado con un beso en la cara.

–¿Me cuentas una historia de sirenas? –le pidió con su lengua de trapo.

–Luego, en la cama, antes de que te acuestes, María de la O. ¿Vale?

–Vale –respondió la pequeña, conforme, resbalándose hasta el suelo para alejarse con la misma gracilidad con la que acababa de llegar.

–Los hijos, padre. Son un don divino. Y es una suerte poder verles crecer sanos.

–Sanos como el aire de este valle. Por mucha sierra que haya, no creo que en Madrid respiren igual.

–Pero aquí no hay futuro para ellos, padre. Y parece que, por fin, llega la estabilidad política con Cánovas –dijo don Leandro, dando un sorbo al vaso de vino que nos terminaba de servir su esposa.

–Es usted muy optimista, doctor.

–No queda más remedio. En algún momento, los españoles hemos de recuperar la cordura.

–¿La hemos tenido alguna vez?

–No nos han dejado, padre. Si Fernando VII no hubiera abolido la Pepa en el catorce otro gallo nos habría cantado. A lo mejor nos hubiésemos ahorrado tres guerras civiles, cinco constituciones y un sinfín de pronunciamientos. Somos el hazmerreír de Europa, que nos ve –no sin razón– como un pueblo ingobernable y violento que ni siquiera ha abolido aún la esclavitud en sus colonias. Pero imagino que no ha venido a verme para hablar de política.

–Tiene razón, don Leandro. Le confieso que estoy desengañado y me inspiran más confianza los libros que las personas; y no hablemos ya de quienes gobiernan esta España nuestra tan dolorida.

–No puede decir eso, padre. Usted es sacerdote. Además, los libros han sido escritos por hombres... y por mujeres. Dígame en qué puedo serle útil.

–Precisamente de eso se trata. De libros. He venido hasta San Millán para ayudar a los agustinos recoletos a recuperar los libros perdidos de la biblioteca del monasterio durante este siglo sin sentido.

–¿Y en qué puedo contribuir yo? Apenas llevo unos años aquí.

–Alguien me habló de usted.

–Ya –dijo, esbozando una sonrisa antes de exhalar un ligero suspiro que ahogó con un trago de vino. Leandro Lejárraga me miró circunspecto durante unos segundos y prosiguió–. Los libros de la botica... Como imaginará, padre, aparte de los que se almacenaban en la biblioteca, los boticarios de la abadía poseían sus propios libros. El gobierno subastó la vieja botica tras la revolución del veinte. Sin embargo, lo que no pudieron llevarse fue su jardín botánico ni, por supuesto, el criadero de víboras que los monjes

usaban para elaborar sus pócimas. Tampoco todos sus libros, ya que los benitos escondieron algunos. El último boticario falleció, ya centenario, después de que yo llegara a San Millán. Nos dio tiempo a mantener largas charlas sobre el sentido de la vida, sobre la naturaleza, sobre Dios, sobre la medicina... En su lecho de muerte me confió los libros que guardaba, aunque luego me comentó que faltaba el ejemplar más valioso que albergaba no solo la botica sino todo el monasterio. Sospechaba que había sido robado antes incluso del expolio. Me dijo que era un grimorio... un tratado para alcanzar la vida eterna si se sabía interpretar, cosa que él no fue capaz de conseguir. Lo que ignoro es si se refería a la salvación de las almas o si, en su delirio, hablaba de la inmortalidad en la tierra.

Me quedé pensativo unos instantes. Parecía normal que el boticario, ya moribundo, manifestara su preocupación por la eternidad. No obstante, hablaba de un tratado; no de ningún libro que versara sobre filosofía o escrituras sagradas, lo que me indujo a conjeturar que quizás el monje se refiriese a algún estudio alquímico sobre el legendario elixir de la eterna juventud.

–¿Qué pretendía decir el boticario con eso de la vida eterna?

–No lo sé, padre. El pobre monje tenía demasiada fiebre. Murió esa misma noche.

–¿Hizo alguna descripción de ese tratado?

–Le brillaban los ojos al mascullar sobre ello –respondió, con una sonrisa que homenajeara al viejo boticario–. Pude deducir que se refería a un códice de pequeñas proporciones con los pergaminos ilustrados, forrado con una cubierta rojiza de cuero y una estrella de cinco puntas repujada.

–Tengo entendido que hay gente en el valle que vive muchos años. ¿Qué tiene que ver el agua con eso?

–¿Qué agua, padre? –rio el médico de buena gana–. Ahora sí que voy a rendirme ante sus dotes de persuasión. No irá a decirme que, con tan solo dos días aquí, alguien del pueblo le ha hablado ya del agua milagrosa.

–He de reconocer que no.

–Ya me extrañaba a mí –Su carcajada pareció sincera–. Son muy suyos. Yo diría que hay un exceso de superchería en eso.

–¿Me lo va a contar? –Mi pregunta sonó a súplica.

–Hay un manantial de agua subterránea entre los montes cercanos, a una legua de distancia. La Fuente de Tovirlos, a la que todo el mundo de por aquí llama Fuente de los Frailes. Pertenece ya a Berceo. Hay quien defiende sus propiedades terapéuticas. Yo no puedo asegurarlo. Lo que sí es cierto es que es un agua limpia y clara que mana a borbotones.

–¿Por qué la llaman Fuente de los Frailes si está a cinco kilómetros del monasterio?

–Porque los monjes la canalizaron con una tubería de cerámica a principios del siglo pasado para llevarla hasta Yuso.

–Ya entiendo –respondí. Si bien en realidad no lo hacía. En el valle tenían toda el agua que podían necesitar, tanto del río como de los pozos. Un agua cristalina sin impurezas. No le encontraba sentido a que los benedictinos hubieran emprendido aquella obra tan complicada si no era porque realmente creían en las propiedades medicinales de esa agua.

–Pues ya tiene mérito, padre.

–Una última cosa, don Leandro. ¿Qué piensa hacer con los libros que le confió el boticario?

–Déjeme que lo piense. Supongo que su destino final es el lugar del que salieron.

–Le pido un favor. Si decide quedárselos, permítame que les eche un vistazo antes de irme. Tengo previsto volver a Logroño pasado mañana, aunque regresaré pronto.

–No se preocupe, padre. Así será.

Iba a preguntarle cómo llegar a la Fuente de los Frailes cuando alguien golpeó la puerta de la calle con insistencia. Una voz suplicante solicitaba la intervención del médico fuera de su casa.

–No le molesto más, doctor. Le reclaman –le dije antes de salir tras esquivar el trigo del suelo–. Por cierto, ¿qué va a hacer con esto? –inquirí con intención.

–Llevarlo a la panadería. No da usted puntada sin hilo, padre. Me da que ya sabe usted que también tendría que hacerle una visita a Eusebio, el panadero.

–Si usted lo dice... –le contesté con picardía.

–Le agradezco que haya venido. Ha sido un placer charlar con usted. Se echa en falta gente con la que mantener estas

conversaciones. Confío en que volvamos a vernos.

–No lo dude. Y, de todos modos, si opta por irse a Madrid lo tendrá más fácil. Allí las tertulias son habituales en los cafés.

–No todo iban a ser inconvenientes en la capital –respondió, socarrón.

Al abrir la puerta nos topamos con un hombre con la cara congestionada, que balbucía a duras penas que su mujer había roto aguas.

El sol acababa de esconderse tras las montañas cuando emprendí el corto camino de retorno hacia el monasterio. Al llegar frente a él, no pude por menos que preguntarle cuántos secretos habría encerrado a lo largo de los siglos. Mi conciencia me dictaba que tenía que quedarme más tiempo en San Millán, que no resultaba necesario mi regreso inmediato a Logroño. Al fin y al cabo, poco pintaba en la fiesta de San Bernabé. No quería reconocer que mi único interés residía en la posibilidad de ver a Lucía, aunque fuese paseando del brazo de su marido. Y además ahora estaba ese libro. No podía evitar la tremenda curiosidad que me suscitaba la posibilidad de encontrarlo; si bien lo más probable era que, de existir, ese tratado no fuese más que el delirio de aquel viejo monje. Continuaría mis investigaciones en el valle. Al día siguiente, después de misa, visitaría al panadero. Pero el lunes... el lunes volvería a Logroño, me dije mientras endulzaba mi boca con un caramelo de café con leche.

Se percibía alegría entre las gentes del pueblo a la salida de la misa que acababa de oficiar el padre Narro en la iglesia de la Asunción, integrada en el monasterio de Yuso. Mucho había tenido que ver en ello el hecho de que el viejo órgano hubiera vuelto a recubrir de música cada partícula suspendida en el aire del templo.

Yo departía en el atrio con la familia Lejárraga cuando se me acercó un anciano vestido con un traje oscuro con chaleco y una camisa blanca sin cuello, totalmente abotonada. A pesar de su edad, se mantenía erguido y presentaba un aspecto muy cuidado, con el pelo blanco casi rapado y la barba afeitada.

–Disculpe, padre. Me gustaría hablar con usted –me dijo.

–Es Eusebio, el panadero –me susurró don Leandro al oído, al tiempo que yo asentía.

–Encantado –respondí, alejándome del grupo para asirle del brazo.

–Ya he visto que el médico le ha dicho quién soy –comentó con la voz áspera tras exhalar una bocanada a su cigarro.

–Así es, hijo. Tenía intención de verle pronto.

–Por eso me he adelantado.

–¿Lo sabía?

–En los pueblos todo se sabe. Mire, esa es mi casa –me informó, señalando una vivienda que formaba parte de la hilera que transcurría paralela al muro de contención del monasterio—. Y usted ya sabe lo que tengo ahí.

–Veo que no le gustan los rodeos.

–Los viejos no tenemos edad de andarnos por las ramas, padre. Me gustaría confesarme con usted.

–¿Ahora? –le pregunté, sorprendido.

–Ahora. Mientras paseamos, si es posible. No le importa que fume, ¿verdad?

–Pues no me consta que esté prohibido fumar durante la confesión, si bien no es lo habitual –contesté, algo contrariado.

–Vamos a la parte trasera, donde estaba el huerto. Estaremos más tranquilos –sugirió, para a continuación iniciar el sacramento en aquellas extrañas circunstancias–. Ave María Purísima –dijo, persignándose.

–Sin pecado concebida.

–¿Ya debe guardar usted el secreto de confesión?

–Así es, hijo.

–Lo que quiere decir que cualquier cosa que yo le diga quedará solo para usted.

–Y para Dios –maticé, si bien intuía que no iba a escuchar ningún pecado al uso.

–Mire, padre –me dijo el panadero señalando el terreno adyacente al muro y al monasterio.

–¿Qué tengo que ver?

–No lo ve porque no queda nada ahí. Recuerdo que de *chiguito* esa esquina parecía un vergel. Es el sitio donde cuidaban los benitos de su jardín botánico, repleto de hierbas y plantas. Ni se imagina la belleza del arbolado. Había acacias, sauces de Babilonia, abedules, chopos de Lombardía, laureles... Aunque lo que más nos llamaba la atención era el criadero de víboras que se encontraba allí –Señaló una de las paredes–. Yo soy un poco bruto, padre. Pero sé leer y escribir. ¿Y sabe por qué? Porque los monjes nos enseñaban a todos los críos del pueblo. Hay menos analfabetos en mi generación que en las que nos siguieron.

–Entiendo lo que quiere decir.

–No es justo lo que pasó.

–Yo también lo creo.

–¿Qué derecho tienen los políticos a disponer de lo ajeno? Los monjes de este monasterio lo único que sabían hacer era el bien... durante siglos. Y rezar. ¿Qué daño podían hacer a nadie? Aunque tuviesen muchas propiedades, no eran ricos. Gastaban el dinero en obras de caridad, en mantener el convento y hasta en adquirir libros

a costa de demasiadas estrecheces. Está usted paseando por lo que fue un templo del saber. Tiene que ser muy jodido que...

–Le recuerdo que se está confesando, Eusebio –le interrumpí, sin excesivo convencimiento.

–Disculpe, padre. Le decía que tiene que fastidiar mucho ver cómo un monasterio perdido en el mapa disfruta de posesiones por todo el norte de España, algunas incluso en la costa cantábrica. ¿Sabe cuántas fincas rústicas poseían los monjes antes de que se las robaran esos malditos liberales? Casi dos mil. La mayoría donadas por almas caritativas durante siglos. ¿Cómo se pueden creer esos politicuchos con derecho a despreciar la voluntad de los difuntos? No me extraña que algunos monjes exclaustros tomaran las armas carlistas. Si Dios mira para otro lado, no queda más remedio que echar mano de los fusiles.

–Eusebio, mida sus palabras –le reprendí.

–Luego le pediré perdón y me absolverá. Pero déjeme que me desahogue –me respondió, apurando su cigarro.

–Prosiga, por favor.

–Yo soy de la quinta de Agustín.

–¿De Agustín Quintana?

–Sí, el último conserje del monasterio. Supongo que él le habrá hablado de mí.

–Ahora mismo no lo recuerdo.

–¡Venga, padre! Que es usted demasiado joven para perder la memoria.

–Prosiga con la confesión, por favor –le rogué, en un tono sarcástico que consiguió arrancarle al panadero una tenue sonrisa. Él aprovechó para sacar más tabaco del bolsillo de su pantalón.

–¿Fuma, padre? –me preguntó, ofreciéndome un cigarro.

–No, gracias.

–La cosa es que nos sentimos impotentes al ver cómo todos esos enviados del gobierno se llevaron lo que quisieron en el veinte. Lo recuerdo igual que si fuera hoy. Yo me encontraba allí –señaló hacia su casa–, asomado a la ventana con lágrimas en los ojos. ¡Qué ignominia! El prior me comentó que eran tan lerdos que arramplaron con todos los libros y documentos que creían que tenían valor porque no eran capaces de diferenciarlos, ya que ni

sabían latín ni entendían la letra de los textos antiguos. Solo estaban interesados en llevarse las escrituras que acreditaran las propiedades de los monjes para luego poder malvenderlas o regalárselas a sus amigachos.

–Entre tanto maremagno imagino que cargarían con libros sin valor y que dejarían otros que sí lo tenían.

–Así es, padre. Por desgracia, también se llevaron incunables y códices.

–Supongo que ignora dónde fueron a parar.

–Dicen que a Burgos, pero a saber...

–Tiene su lógica. En aquel entonces San Millán pertenecía a Burgos. La provincia de Logroño no nace hasta el treinta y tres. Continúe, por favor.

–Bien, la comunidad regresó tres años después. Aunque en realidad no se marchó del todo porque aguardaba por los alrededores a ver si amainaba el temporal. Lo malo de verdad ocurrió en el treinta y cinco. Y es que a la tercera fue la vencida. De los setenta y cinco monjes del monasterio solo dejaron quedarse a dos para que ejercieran de párroco y de coadjutor. Ellos aún pudieron esconder algunos códices y unos cuantos documentos. Yo les vi morir a los dos...

El panadero interrumpió su relato para enjugarse los ojos enrojecidos con el pañuelo que asomaba en el bolsillo superior de su chaqueta.

–Tómese su tiempo, Eusebio. No hay prisa –le dije, posando mi mano en su hombro.

–Ese fue el puto final, padre. Ese fue el final de todo. Antes de morir me confiaron lo que guardaban, con la promesa de que si llegaba algún día a restablecerse la vida monacal los devolviera. Pero tenía que estar seguro. Cuando hace unos años vinieron los franciscanos ni siquiera se lo comenté, padre. Y bien que hice porque les volvieron a echar al poco tiempo.

–¿Me está diciendo que, de momento, no los va a devolver?

–Eso mismo. Están bajo el suelo de mi casa y ahí se van a quedar. Al menos, hasta que me cerciore de que la vuelta de los agustinos no es flor de un día, ni de un mes, ni de un año. Por aquí

han pasado luego buscadores de tesoros y señoritingos que se las daban de intelectuales para ver si podían arramplar con algo más.

–Y me lo ha contado bajo secreto de confesión para que no me dé por enterado ni trate de conseguir por medios legales su devolución.

–¿Le parece mal, padre?

–No, Eusebio. Creo que obra de corazón. Es más, creo que hay que agradecerle su celo en la custodia.

Nos miramos durante unos instantes a los ojos. No me costaba comprenderle. Y sabía que aquel hombre no iba a dejarse convencer por nada. Sus principios se encontraban por encima de cualquier otra circunstancia. Haberle ofrecido dinero habría resultado un insulto.

–Se acabó la confesión, padre.

–No pretenderá que le absuelva sin arrepentimiento –le respondí en tono de broma.

–Lo hará. Es usted un hombre de Dios. Y sobre todo es un hombre de bien.

–No esté tan seguro de eso –ref–. Le absolveré con una condición. En tanto que usted no considere que llegue la hora de devolverlos, no contaré a nadie que tiene esos libros, pero me gustaría que me dejara verlos... bajo secreto de confesión.

–Me parece justo, padre. Si le soy sincero, tengo en la cabeza la fecha prevista. Como entenderá, no aceptaré ninguna compensación económica.

–Será Dios quien le pague, Eusebio. Puede estar seguro –le contesté–. Yo le absuelvo de sus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

–Amén.

–Puede ir en paz, hijo.

–¿Me acompaña a casa?

–¿Ahora?

–¿No lo ve bien?

–Al contrario. Vamos –respondí, conteniendo el entusiasmo.

No tardamos más que unos minutos en recorrer el trayecto. Y eso a pesar del paso pausado de Eusebio, más por su forma de afrontar la vida que por sus piernas cansadas. Un delicioso olor a

pan impregnaba cada rincón de la morada. Mi estómago vacío rezongó.

En la casa nos recibió un joven que aún no habría cumplido la treintena.

–Es Damián, mi yerno. Mi hija estará al llegar. Les tengo al tanto de todo.

–Buenos días, padre –me saludó el joven, besándome la mano.

–Acompáñeme, padre –solicitó Eusebio, subiendo una envejecida escalera de madera. Cada peldaño se quejaba con cada una de nuestras pisadas.

El panadero entró en una habitación iluminada por la luz que se colaba por un ventano, al que instintivamente me acerqué. La vista del monasterio resultaba majestuosa bajo un cielo azul adornado por algunas nubes blancas, tan perfectas que parecían dibujadas por un niño.

–Impresiona –dije.

–Ya se imagina la de cosas que han visto mis ojos desde aquí –me respondió mientras hacía un gesto a su yerno.

El joven apartó la cama que, junto a una mesilla y un armario, constituía todo el mobiliario de la habitación, para luego levantar unas cuantas tablas del suelo entarimado, donde comenzaron a aparecer libros envueltos en hojas de *La Ilustración Española y Americana*. Damián se los iba dando a su suegro para que, con extrema delicadeza, este los desembalara y los colocara sobre la cama. A primera vista, calculé que habría unos cuarenta volúmenes además de un par de cartapacios con documentos.

–¿Puedo? –pregunté.

–Claro, padre.

Me incliné por mirar primero el cartapacio más voluminoso, de unas cien hojas. La primera de ellas rezaba: *Imbentario de todos los papeles, libros y documentos que se hallaron en el Monasterio de San Millán de la Cogolla después de la Esclaustración de los Religiosos el que fué formado por Don Rafael Delgado y Díez, Comisionado de Arbitrios de Amortización en La Calzada y su Partido con intervención del P. Fr. Agustín Nieves como Delegado del Reverendo P. Abad y representante del Sor Gobernador Civil.*

–No se fíe mucho, padre. Ahí pone Agustín cuando, en realidad, se llamaba Ambrosio. El padre Ambrosio Nieves era el coadjutor del padre Anselmo Campomanes. Me imagino que el padre Anselmo delegó en el padre Ambrosio para no colaborar en el agravio.

Al mencionar sus nombres, los ojos del viejo panadero volvieron a enrojecerse.

–Estos documentos nos serán de mucha utilidad –respondí.

Tras las escrituras del archivo, comenzaba el índice de los libros que quedaban en la biblioteca en 1835. No pude evitar comenzar a leer la relación enumerada.

- 1.º *Biblia complutense, folio pasta 4 tomos*
- 2.º *Biblia griega y latina fol. pasta 1 íd.*
- 3.º *Viejo y nuevo testamento folio pasta 1 íd.*
- 4.º *Bocabulario ebraico folio pasta 1 íd.*
- 5.º *Murga. Cosntitucs. Pontifics. 2 consts.*

Parecía evidente que la mayoría de los volúmenes eran textos religiosos que los desamortizadores dejaron allí, no por respeto sino porque no les resultaban de ninguna utilidad. Me fui a la última hoja para comprobar que la lista concluía en el número mil ciento cuarenta y cinco. Luego tomé en mis manos el cartapacio más pequeño, de unas diez hojas, que rezaba *Imbentario Número tercero*. En él se enumeraban y tasaban los enseres existentes en el refectorio, la mayordomía, la hospedería y resto de dependencias del monasterio.

–Sé lo que me va a preguntar –comentó Eusebio–. Que si no existe un inventario número dos. Lo ignoro. Yo, al menos, no lo tengo.

–Ya –respondí, meditabundo.

Entre los libros extendidos sobre la cama, enseguida me llamó la atención el más grande. Quizás porque la oxidación de sus lomos denotaba su antigüedad o por la delicada belleza de los repujados metálicos de su cubierta. Lo acaricié despacio antes de tomarlo entre mis manos. La primera hoja la encabezaban unas letras rojas

de menor tamaño que las de la línea inferior. A continuación, comenzaba el texto con una cuidada letra gálica.

Libro del Becerro de Sant Millan
Priūd' los votos d'l C.F.G³

Se trataba de un becerro, un códice medieval que contenía los privilegios del monasterio, comenzando por los concedidos por el conde Fernán González, tal y como rezaba el título. A medida que iba hojeándolo, me di cuenta de la importancia de aquel libro a la hora de conocer parte de nuestra historia. Además, el cartulario estaba escrito en un latín evolucionado, menos constreñido que el de otros documentos de la época que yo había podido contemplar.

–También impresiona, ¿no, padre? Por sus ojos veo que lo ha entendido mejor que yo, que no he sido capaz de entender nada.

–Este libro es una joya, Eusebio. Cuídelo igual que hasta ahora.

–No me ha preguntado cuándo pienso devolver todo esto.

–Es cosa suya.

–En confianza, padre. Si dejan tranquilos más de tres años a los agustinos, se los entregaré. Tenemos que ver qué sucede de aquí a entonces. Ya le dije que no me fío. Si acaso me ocurriera algo, mi hija y mi yerno se encargarán. ¿Verdad, Damián?

El joven asintió con el gesto serio, asumiendo que tendría una misión importante que cumplir.

Antes de irme, aún hojeé el resto de volúmenes. De vez en cuando, ahogaba un suspiro por no poder llevármelos.

–Bueno. Creo que va siendo hora de irme –dije.

–No se irá todavía, padre. Tengo algo para usted.

–¿De qué se trata? –pregunté, pensando en que quizás fuese a entregarme algo de lo que tenía escondido.

–Una hogaza de pan recién hecho con chorizos de la moraga del invierno pasado. Y una botella de buen vino.

En aquel instante, con el estómago vacío por haber comulgado, aquella invitación casi me ilusionó más que cualquier libro que pudiera ofrecerme.

–No seré yo quien se lo niegue, Eusebio.

Tras dar cuenta de las viandas, el panadero se ausentó para regresar enseguida con los dos cartapacios de los inventarios.

–Estos puede llevárselos, padre. La relación de los libros le será de utilidad.

–Gracias –le respondí, sonriente.

De camino a Yuso, pensé en que el día se prestaba a dar un paseo por el monte. Aún debía visitar el viejo templo de Suso y quizás encontrar aquella fuente de agua milagrosa. A lo mejor así podría mitigar mi pequeña decepción por no haber visto en la cama del panadero ningún códice cuya cubierta estuviese repujada con una estrella de cinco puntas. Casi sin darme cuenta, empezaba a importarme más la posible existencia del grimorio que la recuperación de la biblioteca del monasterio.

Caminé monte arriba hasta llegar al monasterio de Suso por un sendero sombrío, merced a la celosa custodia de su arbolado. Antes de entrar, contemplé la belleza del paisaje. Desde aquella atalaya, la vista de Yuso en medio del valle desbordaba grandiosidad. Más penoso fue constatar los destrozos de aquel pequeño templo semiescondido en una dehesa herida por una brutal tala de árboles de la que, a pesar de los años transcurridos, todavía quedaban vestigios.

Empujé con cuidado el desvencijado portón, temeroso de que se cayera al suelo. Algunas de las paredes amenazaban ruina, si bien se observaban tejas nuevas en el techo. En el zaguán quedaban restos de los abrevaderos construidos por el pastor al que habían alquilado el convento tras su desamortización. Si uno conoce la historia de los sitios por los que transita, presenciar su abandono resulta aún más cruel.

El silencio que invadía el cenobio parecía la queja queda del sinfín de monjes allí enterrados o de los espíritus de los infantes de Lara, o quizás los de Toda, Ximena y Elvira, las tres reinas de Navarra que yacían en los sarcófagos del atrio. Costaba creer que aquel espacio, ocupado antiguamente por algunos de los mejores copistas del reino, luego hubiese sido refugio de ovejas, vacas y mulas, de modo que el viejo monasterio más se asemejaba en aquel momento a una destartada casa de labranza que al poderoso lugar que otrora fue dueño de incontables posesiones, incluida la villa de Logroño.

Aun así, me sentí sobrecogido. Y no, no era por ser conocedor de cuanto allí había acontecido, sino por la armonía emanada desde las entrañas de aquel paraje que se resistía a olvidar su prez. Fui recorriendo las estancias con gran desánimo al verificar su

deplorable estado, mucho peor de lo que cabía imaginar. Solo haciendo un enorme ejercicio de abstracción podía ir encontrando vestigios de las épocas atravesadas por aquel lugar, morada de eremitas y luego cenobio visigótico con sus posteriores ampliaciones, mozárabes y románicas.

Bajo los desconchones de las paredes blanqueadas asomaba la piedra al desnudo. Pude comprobar que algunas conservaban grafitos que representaban figuras humanas, sirenas, cruces, animales o enigmáticos signos. La claridad me permitió examinar muchas de ellas, si bien en ocasiones tuve que arrancar el yeso que las ocultaba parcialmente. Desde luego, los grabados no parecían recientes, sino horadados en tiempos ancestrales por peregrinos o por los propios monjes. Aquellos grafitos conformaban una amalgama inconexa, sin explicación alguna más allá de la necesidad del ser humano de dejar su huella para contemplación de generaciones venideras. Los revisaba con curiosidad hasta que una estrella de cinco puntas, labrada con esmero en el capitel de una columna, captó toda mi atención. Lo más seguro era que no se tratara más que de una casualidad, pero pude descubrir que había más estrellas similares grabadas. Bajo una de ellas figuraban una ene y una efe a modo de firma.

Siempre me inquietaron las casualidades. Tal vez porque me ha costado desprenderme de mi escepticismo de juventud. En aquella época de mi vida todavía creía que mis serendipias eran consecuencia de la conjunción de mis estudios, de mis conocimientos y de mi observación. Por eso no me sorprendió encontrarme con un símbolo con tantas interpretaciones, usado por griegos, árabes y cristianos. Aunque tampoco olvidaba que el tratado al que se refirió el viejo boticario en su lecho de muerte estaba igualmente marcado por un pentáculo, que podía representar desde la cabeza del hombre con sus extremidades, hasta la armonía de los cuatro elementos con el espíritu... y también la puerta hacia la vida eterna.

Calculé que aún restarían cuatro o cinco horas de sol, así que tras cerciorarme de que quedaba suficiente agua en mi cantimplora, decidí buscar la Fuente de los Frailes. Dado que habían construido una cañería para canalizar el agua, supuse que se hallaría no muy

lejos entre los montes en algún paraje al que se accediera en línea recta. No llevaría caminando más de media hora cuando me crucé con dos chiquillos acompañados por un mulo que cargaba cántaras de agua.

–A la paz de Dios. ¿Podéis decirme si hay alguna fuente por aquí cerca? –pregunté.

Los dos muchachos se miraron como si dudaran en responderme.

–Va bien, padre –dijo al fin el que parecía mayor, no sé si incapaz de mentir a alguien con sotana–. Siga todo recto. Encontrará una a media hora. Todavía le queda una cuesta muy pina.

Reconozco que su escasa elocuencia no me tranquilizó en exceso. Aun así proseguí hasta que me topé con una bifurcación. Una senda amplia con una pronunciada pendiente a mi izquierda y una vereda que transcurría apaciblemente entre hayas a mi derecha. Mi instinto me hubiera llevado a tomar la vereda; no obstante, por culpa de la indicación de los muchachos opté por subir. Y maldita la hora. A pesar de mi aceptable condición física, debía pararme con frecuencia para tomar resuello. Llegué arriba exhausto. Y lo peor es que no vi ningún rastro de la fuente, por lo que decidí deshacer el camino recorrido. Creo recordar que pedí el perdón de Dios tras blasfemar acordándome de los chiquillos, de la mula y de toda su familia.

Y si mala fue la subida, peor fue la bajada. Los músculos sobre mis rodillas comenzaron a endurecerse de tal manera que el dolor me impedía caminar. Al llegar de nuevo a la bifurcación, me senté en una roca para ordenar mis ideas y esperar a que mis piernas se recuperaran. Lo sensato hubiera sido regresar. Tenía dificultades para avanzar, no estaba seguro de si la vereda me llevaría a la fuente, no quedaba una gota de agua en la cantimplora y el sol ya se escondía detrás de las montañas. Sin embargo, nunca me gustó claudicar sin pelear, así que rompí una rama para hacerme una vara en la que apoyarme y me adentré despacio entre aquel arbolado, que me habría resultado paradisiaco de no ser por mi agotamiento y por la ingrata compañía de unas moscas pegajosas que a duras penas conseguía apartar de mi cara. Al avistar cada curva en

lontananza esperaba hallar la fuente, y tras virarla resoplaba para ahogar mi decepción. Me encontraba a punto de desistir cuando en un pequeño claro del bosque la avisté. Allí estaba ella. Majestuosa, erguida contra el transcurrir del tiempo. Desafiante.

El agua brotaba de una pequeña cueva, ahora reforzada con un arco de piedra. Sin embargo, los monjes habían construido una gran fuente con dos caños por los que manaba con fuerza un agua de extraordinaria transparencia; uno para las personas y otro para que las bestias pudieran beber en un largo abrevadero. Me apresuré a llenar mi cantimplora para agotar enseguida su contenido. Si magnífico era el aspecto de aquella agua, aún más lo era su sabor.

Miré desconfiado al cielo. Presentí que la noche se me iba a echar encima, así que rellené de nuevo el recipiente y emprendí el camino de regreso. A medida que avanzaban los minutos, mis ojos tuvieron que adaptarse a la oscuridad. Salvo las moscas, todo el bosque parecía dormir. Por suerte, la ausencia de nubes en el cielo permitía que los rayos de una incipiente luna creciente se filtraran entre el ramaje. Tropecé varias veces aunque en ninguna llegué a caer al suelo. No respiré aliviado hasta vislumbrar a lo lejos la luz de algunas velas, que se escapaba tenue por las ventanas de las casas de San Millán de la Cogolla.

Me desperté con todo el cuerpo dolorido. Una vez más lo sensato hubiera sido descansar en mi celda para recuperarme de la paliza de la jornada anterior. Sin embargo, por aquel entonces me gustaba ponerme a prueba, retarme a mí mismo, explorar mis límites. No solo físicos.

Quizás por eso, a pesar de mi agotamiento, había pasado gran parte de la noche en vela leyendo las sesenta y nueve hojas que componían la lista de los libros del inventario del treinta y cinco, facilitada por Eusebio Hervías, sin que hallara más que títulos referentes a textos religiosos.

Ya se colaban los rayos de sol con vigor por el ventano, así que me incorporé a duras penas del camastro y decidí regresar a Logroño para estar presente al día siguiente en la festividad de San Bernabé. En el claustro me encontré con el padre Narro.

–¿Ha descansado, Pablo? –me saludó en tono sonriente—. Ayer le eché de menos por aquí.

–Estoy nuevo –mentí, tratando de disimular mi cojera.

–Han traído este sobre para usted. Trae el sello del obispado – me dijo entregándome un envoltorio poco voluminoso que abrí en su presencia.

–Es un ejemplar del *Boletín Eclesiástico del Obispado de Calahorra y la Calzada* del sesenta y tres. Reproduce los artículos escritos por Navarro Villoslada en un periódico fundado por él mismo. Si me disculpa los leeré con atención antes de irme. Dejaré el boletín en mi celda por si luego quiere echarle un vistazo.

–¿Ya se va?

–Me voy. No obstante, supongo que regresaré pronto.

–Además del sobre traigo buenas noticias.

–Nunca están de más.

–En apenas tres días hemos recogido cientos de libros, miles quizás. Y siguen llegando. Los propios emilianenses los están colocando en los anaqueles de la biblioteca. Eso sí, sin ningún orden. Ya tendremos tiempo de clasificarlos.

–Esa es una gran noticia, sin duda –respondí, con sincera satisfacción.

–Le agradezco su ayuda, padre.

–No he hecho nada. Y ya verá cómo seguirá recuperando libros, aunque algunos tarden años en llegar –le comenté, con la mente puesta en la familia del panadero.

–Al menos, ya tendremos la biblioteca presentable para el comienzo del curso, porque sea como sea en septiembre estaremos funcionando.

–No tengo ninguna duda, Iñigo.

–En unos días pediremos al notario que realice un inventario de los ejemplares.

–¿Ha traído el doctor Lejárraga los suyos?

–También él. Sí.

–Bien –contesté, sonriente–. Guárdelos aparte, por favor. Ahora, si me permite, leeré el boletín.

–No faltaba más. También me encargaré de que den de comer a su caballo para que esté presto para el viaje.

–Agradecido, padre.

Volví a entrar en la celda para acomodarme en su escritorio de manera que mis agujetas me dieran algo de tregua. Quizás el agua de la Fuente de los Frailes que quedaba en mi cantimplora también contribuyera a restablecerme. Allí sentado, con mis dedos rozando las cicatrices de la madera, mis pensamientos volaron a través de un túnel del tiempo. Al otro lado, en el lugar en el que yo estaba en ese instante, se encontraba un viejo cenobita mojado su pluma en su tintero. Ante mí no se hallaba el boletín que acababa de recibir sino un tratado de coloridos dibujos y misteriosos textos, que el copista reproducía en unos pergaminos que iban cobrando vida.

Pasé un largo rato elucubrando sobre la existencia de ese libro, sobre si algún alquimista habría descubierto el método de prolongar la vida por medio de misteriosos elixires. En ese momento, solo

pensaba en el descubrimiento del tratado. De ningún modo en la eficacia de sus hipotéticas fórmulas, ni mucho menos en las consecuencias de una excesiva longevidad.

Al regresar a la realidad, me esperaba el boletín con las hojas abiertas. No sin cierta desgana eché un vistazo a su contenido. Los artículos de Navarro Villoslada, narrados en el mismo tono épico de la novela histórica que había publicado por entregas en la revista *Ciencia Cristiana* el año anterior, no me aportaron nada nuevo. No obstante, en su día consiguieron captar la atención sobre el abandono de los dos monasterios, lo que resultó de agradecer en unos tiempos en los que la defensa del clero no se veía con buenos ojos. Incluso tuvo que pasar unos meses en la cárcel por escribir un artículo en el que censuraba el inventario de las iglesias ordenado por Ruiz Zorrilla. Pero los vientos del XIX variaban a su capricho, y posteriormente Ruiz Zorrilla tuvo que defender su republicanismo desde el exilio mientras a Navarro Villoslada se le consideraba el Walter Scott de las tradiciones euskaras merced a su novela *Amaia o los vascos en el siglo VIII*.

Cuando se enconan las posturas y los pueblos quedan al albur de sus gobernantes, no conviene significarse. Eso lo sabían muy bien los políticos decimonónicos y aun así defendían con vehemencia sus respectivas ideas. Acaso les compensaran los sinsabores a cambio de la posibilidad de la gloria, nadar en los vaivenes de la alternancia con el anhelo de llegar a buen puerto. Todo por su causa. Al fin y al cabo, ellos parecían tener una. Yo, sin embargo, andaba buscando la mía en aquel momento de mi vida en el que transitaba sin un rumbo determinado. Por eso jugué a ilusionarme con aquel código de la estrella de las cinco puntas. Y con volver a ver a Lucía. Dios empezaba a alejarse de mí, como si renunciara a asfixiarme con las amarras desgastadas de mi fe.

Aquel once de junio el ejército franco-navarro desistió de su asedio de algo más de dos semanas a la ciudad de Logroño, que pudo resistir –según cuenta la leyenda– gracias a la pesca furtiva que llevaban a cabo unos cuantos valientes que se colaban por las noches bajo las murallas para buscar la subsistencia de sus vecinos en las aguas del Ebro.

Los navarros del norte de los Pirineos no estaban muy conformes con la anexión de la Alta Navarra a la corona de Castilla por parte de Fernando el Católico años atrás, y aprovechando que Carlos I andaba entretenido con la revuelta comunera, las tropas de Enrique II –apoyadas por el rey francés– conquistaron Pamplona en 1521 con la intención de restablecer su reino. Así que a finales del mes de mayo llegaron hasta Logroño, donde acababan de refugiarse los soldados alto-navarros fieles a la corona de Castilla. Cuando la ciudad se encontraba a punto de sucumbir, las huestes invasoras tuvieron que retroceder ante la llegada providencial de las tropas reales que venían de derrotar a los comuneros en Villalar, capitaneadas por el duque de Nájera, el día de San Bernabé.

Desde entonces se conmemora su festividad como patrón de Logroño, si bien la ausencia de archivos en el siglo XVI no permite documentar la primera celebración hasta 1572, año en el que se contrataron trompeteros y ministriles zaragozanos, destinando cuarenta duros para danzas y regocijos y entregando doce libras de pólvora a los arcabuceros para que se lanzasen salvas con los cañones tomados al sitiador, que se guardaban a modo de valiosos trofeos.

Pronto se incorporarían a la fiesta la suelta de los toros, los gigantones, los juegos de cañas, los torneos y las procesiones

abanderadas por los gobernantes locales, que transcurrían por debajo de las puertas de la ciudad. Con el derribo de la muralla, para el día de San Bernabé se erigían arcos de triunfo de madera en el lugar que ocupaban las cuatro puertas demolidas, adornados con hojas de boj al igual que el arco del Revellín, el único superviviente de los cinco.

A pesar de las permanentes quejas por el dispendio de la fiesta, esta se venía celebrando con mayor o menor boato sin interrupción, con la salvedad del período en que los franceses, esta vez sí, ocuparon la ciudad durante la invasión napoleónica.

Apostado en el mismo lugar en el que había visto pasar el féretro de la esposa de Espartero, yo veía cómo el marqués de San Nicolás agitaba, bajo el arco del triunfo construido para la ocasión, la bandera blanca con la cruz roja de san Andrés atravesada entre los vértices.

El mismo público que tan solo una semana atrás caminaba silencioso manifestaba ahora su júbilo con aplausos y vítores. Siempre me ha resultado curioso lo pronto que olvida el ser humano las muertes que no le tocan de cerca, lo fácil que esgrime ante un acontecimiento luctuoso ajeno ese «es ley de vida» para normalizar una desgracia, para intentar hacer de la muerte un acto cotidiano, algo molesto temporalmente cuando no se trata de un ser querido, por tener que dar un pésame, un «te acompaño en el sentimiento» impostado porque nadie puede acompañar el dolor de la ausencia. Una muerte ajena no deja de ser un fastidio porque nos obliga a detenernos a pensar en que un día nos llegará la hora de no estar entre los vivos y, por mucho empeño que ponga la Iglesia en ello, la mayoría de las personas desconoce cómo enfrentarse a su último suspiro. Quizás porque las palabras lanzadas desde los púlpitos no sean suficientes para que nuestra fe no se tambalee.

Con el fin de la procesión, llegaron las viandas para los asistentes: vino con pesca, como llamamos los riojanos al pescado; y de postre, yemas, bizcochos borrachos, queso helado y licores. Logroño era una fiesta en la que yo me mantenía al margen, observando la felicidad de sus vecinos hasta que volví a ver a Lucía a punto de llevarse un fresón a la boca. Ella también se percató de mi presencia y me sonrió con picardía sin que, en ningún momento,

hiciera además de presentarme a su marido. Tampoco yo me acerqué a ellos.

No fui a contemplar la suelta de toros en el coso pero sí que regresé por la tarde a la plaza del mercado. El espectáculo de una «mujer diabólica» que hacía malabarismos sobre un velocípedo congregó a casi todo el público masculino de la ciudad, conmocionado tanto por las evoluciones gimnásticas de la joven sobre la bicicleta como por su insinuante indumentaria, que permitía adivinar sus preciosas formas. Uno de los hombres que admiraba a la artista era el marido de Lucía, al que pude ver asintiendo sonriente, comentando cuanto acontecía con un grupo de personas en el que se hallaba el marqués de Murrieta. Sin embargo, no llegué a atisbar a Lucía.

A la conclusión, Luciano Murrieta reparó en mí y se acercó.

–Pensé que este tipo de espectáculos le estaba vetado a los curas –me dijo, sonriente.

–Tendremos que adaptarnos a los nuevos tiempos –reí.

–Pues, aunque no te lo creas, esa mujer pertenece a la nobleza italiana.

–Vamos, Luciano. No pretenderás que me crea eso.

–Se hace llamar la condesa Filomena Buono-Cuore y es realmente culta. Lleva algunos meses en Logroño, junto con su padre. Ambos han demostrado su conocimiento y ya están muy relacionados con los intelectuales locales.

–En ese caso, no seré yo quien lo cuestione –respondí, si bien pensé que si volvía a Roma no estaría de más preguntar a alguno de mis contactos en la Consulta Araldica del Regno, creada por aquel entonces para poner orden en el maremagno de títulos nobiliarios que proliferaban tras la unificación de Italia.

–Es una joven muy bella, en cualquier caso.

–Yo que tú le tirarías los tejos –le comenté, medio en broma.

–¿Yo? Ya te dije que estoy mayor para estos trotes, aunque en honor a la verdad he de confesarte que algunos de los amigos de mi edad sí que lo hacen –me susurró, casi divertido.

–Y seguro que no todos están solteros.

–No seré yo quien desvele la infidelidad de un amigo. Y menos a un cura, Pablo –rio de buena gana–. Oye, ¿qué tal te va con

Tempranillo?

–Te estoy más que agradecido. Es un caballo magnífico. Nos hemos encariñado pronto.

–Me alegra saberlo. ¿Cómo te trata La Rioja?

–Estupendamente, Luciano.

–Ni te imaginas cuánto me alegra oírte decir eso. Ahora, si me disculpas, voy a ver cómo se encuentra el general. Me cuesta sacarlo de casa.

–Si bien no me conoce, preséntale mis respetos.

–Si algún día te apetece saludarle en persona, no tienes más que decírmelo.

–Lo tendré en cuenta. No siempre se tiene la oportunidad de conocer a la historia viva de España.

–Bueno, pues ya lo sabes –se despidió, dándome una palmotada en la espalda que casi me pareció un abrazo.

Pasé el resto de la tarde vagando, contemplando la alegría de la ciudad. De vez en cuando, me detenía a comprar un dulce en alguno de los puestos. Tras cruzar por la puerta del Revellín vi cómo unos jóvenes echaban un partido de pelota en el muro anexo.

–¿Qué, te animas?

Reconocí enseguida la voz a mis espaldas.

–¡David! Ya me gustaría, pero no puedo. Estoy demasiado mayor y me duele todo el cuerpo –respondí entre risas–. Además no tengo calzado apropiado.

–¡Venga, tigre! Esos dos de ahí son mis hijos. Ayúdame a enseñarles un poco –me respondió, en tono fanfarrón–. Si eras el rey a la hora de jugar *a quilitos*.

No hizo falta que me insistiera. Llevaba razón. Mi especialidad consistía en dejarlas cortas y con efecto. Tras unos instantes de aparente duda, accedí con el ánimo agitado.

–Espérame. Voy a por unas alpargatas.

–¡Bravo! –exclamó David, con entusiasmo infantil.

Acudí raudo a la posada para calentar mis músculos doloridos. Casi veinte minutos después estaba de vuelta. A pesar del poco tiempo transcurrido, comprobé que el público había aumentado sensiblemente.

–Confío en no haber tardado demasiado –le dije a David mientras me remangaba la sotana, atándomela en la cintura, y me envolvía la mano con un trozo de tela prestado.

–¿Has visto la expectación que has levantado? –me susurró, guiñándome un ojo–. Ha habido un pequeño cambio de planes. No vamos a jugar contra mis hijos sino contra los campeones de la jornada. A los chavales les he pedido que apuesten por nosotros.

–No me jodas, David.

–Pablo, ¡que eres cura! Ya sabes, a veintidós. Venga, fenómeno. A por ellos.

Comencé titubeante el partido y nuestros contrincantes pronto se pusieron en ventaja. Si no se distanciaron mucho fue por el pundonor de David que, desde su posición de zaguero, no se encontraba dispuesto a rendirse. Poco a poco fui concentrándome hasta apenas percibir los jaleos de la nutrida concurrencia. Conseguimos empatarles justo en la veintena pero ellos nos hicieron el tanto siguiente a pesar de que David acabara magullado en el suelo. Cuando me acerqué para ayudarle a levantarse apretó los dientes y me animó:

–Vamos, tigre. Como en los viejos tiempos. Les habíamos remontado. No vamos a morir en la orilla.

Al recibir la pelota, David la golpeó con el alma lejos del alcance de nuestros contrincantes y logramos de nuevo empatar a veintiuno. Los aplausos se tornaron en silencio en apenas unos segundos. Si acaso algún cuchicheo, ahogado enseguida con un murmullo de siseos. Nunca recordaré con exactitud cómo se desarrolló el tanto final. Solo sé que hubo un intercambio largo de golpes hasta que en el último la dejé tan corta que el delantero contrario no llegó. De repente me vi abrazado por David, al que se le saltaban las lágrimas de alegría.

–¡Te lo dije, Pablo! ¡Te lo dije! ¡Eras el puto rey!

Antes de que la muchedumbre nos rodeara, aún pude ver a Lucía aplaudiendo con la cara iluminada, y eso que todavía no habían comenzado los fuegos artificiales.

Loviznaba en la estación de ferrocarril de Calahorra, adonde llegué adormilado. A pesar de mi considerable resaca, consecuencia de la inevitable celebración de la victoria en el partido de pelota, decidí acudir a la sede episcopal para informar de mis avances a don Gabino Catalina del Amo. Eso sí, opté por dejar a Tempranillo en la caballeriza y tomar el tren. Me vino bien el paseo en dirección a las orillas del Cidacos, donde se erigían la catedral de Santa María y sus construcciones aledañas. Once tañidos de la campana Compás me dieron la bienvenida al llegar a la morada del obispo, como si me anunciaran la puntualidad de una cita que en realidad yo no había solicitado.

No es fácil contar una historia por orden cronológico, cuando se narra con el peso de la distancia, sin anticiparse a cuanto ocurrirá más tarde. Sin embargo, en esta ocasión, no puedo evitar pensar en la tranquilidad con que me recibió aquella ciudad ribereña, cuya apacibilidad se vio desmoronada años después hasta el punto de decretarse el estado de sitio tras amotinarse sus habitantes en defensa del mantenimiento de la sede episcopal, en disputa con Logroño desde el concordato de 1851, que establecía la centralización en las capitales de provincia.

En aquellos tiempos no le resultaba fácil a Calahorra ver cómo en pocas décadas la pujante Logroño crecía hasta doblarla en población. Y eso a pesar de la pronta llegada a tierras calahorranas del ferrocarril y del telégrafo, lo que le permitió convertirse en la principal productora española de conservas, merced a la calidad de sus productos agrícolas y a la visión de Justo Aldea, el primer emprendedor, allá por el cincuenta y dos.

La amalgama de edificios episcopales descollaba sobremanera del resto de construcciones, como si los representantes de la Iglesia necesitasen expresar su supremacía sobre sus feligreses mortales. Lo cierto es que la fachada de piedra sillar, el encuadre de los vanos, las pilastras angulares, las ménsulas de piedra y la escalera monumental marcaban la diferencia sobre el caserío señorial calagurritano construido en ladrillo o mampostería encadenada.

Esas ostentaciones provocadoras, esas manifestaciones de riquezas terrenales encubren los valores que pudieran existir en quienes las exhiben y, a la larga, solo conducen a envidias y celos. En esos pensamientos andaba, en uno de los salones de la primera planta que daban a la calle Mediavilla, cuando asomó el obispo al cuarto de hora de que yo hubiera avisado de mi presencia a uno de sus asistentes.

–¡Qué grata sorpresa, padre! –saludó, ofreciéndome el anillo.

–Disculpe que no le haya avisado, monseñor.

–No se preocupe. Está usted en su casa. Por cierto, ¿quiere alojarse aquí? –me invitó, sonriente.

–No, no es necesario. Gracias. Me encuentro a gusto en Logroño.

–¿Y a qué se debe el honor de su visita? No irá a decirme que ya ha rellenado la biblioteca de San Millán. Espere, espere... No puede ser. No ha transcurrido más que una semana. Viene a presentarme su renuncia.

–No, monseñor. No renuncio. Es solo que ya se ha realizado el trabajo principal. El grueso de los libros ya está en sus estanterías. El lunes, antes de salir de Yuso, calculé que ya habría unos cuatro mil volúmenes, la mitad aproximadamente de la capacidad de la biblioteca.

–¡Me deja usted atónito!

–No ha sido mérito mío. Los habitantes del pueblo estaban deseosos de devolverlos después de guardarlos durante décadas. Algunos aún se resisten, pero terminarán por hacerlo.

–En cualquier caso es una gran noticia –reconoció don Gabino, en el instante en que un tenue haz irisado se colaba por el ventanal.

–Solo a medias, monseñor. Podrá imaginar que faltan los más valiosos. Llevará más tiempo dar con ellos. Supongo que irán

apareciendo a lo largo de los años, si es que aparecen. Mucho me temo que algunos se han perdido para siempre y que otros forman parte de colecciones privadas... o de museos.

–No le falta razón. No obstante, nos pertenecen.

–Será complicado recuperarlos, incluso identificarlos. Aunque he hallado una relación con algo más de mil libros, confeccionada tras la última exclaustación de los monjes. La mayoría son textos religiosos y cantorales que ya se encuentran dentro del monasterio.

–Entonces tendremos que fiarnos de los testimonios. Lleva usted razón. Resultará hartamente complicado. Pero lo lógico es que los que faltan se encuentren repartidos principalmente entre Logroño y Madrid. Ni que decir tiene, padre, que si descubre libros valiosos del resto de nuestros monasterios me lo haga saber.

–No tenga la menor duda.

–Me consta que algunos están en la Real Academia de la Historia. Iniciaremos los trámites para su recuperación amistosa. En caso contrario, litigaremos.

–¿Contra los políticos, monseñor? ¿Contra los mismos que se los han llevado? –pregunté, escéptico.

–No todos los políticos son iguales. Supongo que recordará que a mi hermano Severo, que en paz descanse, le nombraron ministro antes de la revolución del sesenta y ocho.

–Disculpe, monseñor. Me llegaron muy buenas referencias de su hermano. No quise ofenderle.

–No, por Dios, padre; ni mucho menos. Solo quería contarle una pequeña anécdota. ¿Ha oído usted hablar de Gustav Bergenroth?

–No, no me suena su nombre.

–Fue un historiador alemán que falleció poco antes que Severo, especialista en la dinastía inglesa de los Tudor, al que se le vetaba el acceso al archivo de Simancas para que no aireara las miserias españolas del pasado. Sin embargo, en la época en que mi hermano fue Director General de Instrucción Pública, se le permitió que investigara con libertad. Así que ya ve que no todos los políticos son iguales.

Los ojos de don Gabino Catalina del Amo delataban su orgullo.

–Puede que tenga razón, monseñor. Y espero que su hermano no constituya una excepción.

–Por suerte, los políticos están mejor preparados que nunca. Casi todos nuestros diputados son abogados, ingenieros, médicos... profesionales liberales que además practican el periodismo y escriben libros. Confío en que pronto se apruebe la nueva Ley Electoral que restablezca el sufragio restringido para que esto no se nos vaya de las manos. No es lógico que valga lo mismo el voto de un analfabeto que el de un maestro.

–Aunque no soy hombre de política, monseñor, su opinión me resulta discutible.

–No irá a decirme que es usted partidario del sufragio universal masculino, padre –me dijo el obispo en tono contrariado.

–No tengo una opinión formada sobre el sufragio universal, pero sí sobre el masculino. Me parece un disparate que no se permita votar a las mujeres.

–¿Habla usted en serio?

–Absolutamente, monseñor. Y estoy seguro de que su hermano Severo pensaría lo mismo que yo. Leí hace poco el libro que publicó, hará unos veinte años, sobre la mujer en la sociedad.

–Ahora sí que me ha dejado sin argumentos, padre –respondió el obispo, emocionado.

–Sé lo doloroso que es ver morir a un hermano menor.

–Severo hubiera llegado muy lejos.

–De eso estoy convencido.

–Bien. ¿Entonces qué va a hacer, padre?

–¿Sobre los libros de San Millán? Lo que usted disponga.

–De momento, le haré llegar una compensación económica por el trabajo realizado. Pero le rogaría que, aunque regrese a sus quehaceres, no deje de estar alerta. Me gustaría poder recuperar esos libros.

–Por eso puede estar tranquilo. Llevo la búsqueda de libros tan dentro que es posible que hasta mi sangre se haya convertido en tinta.

–Me alegra oír eso –rio—. No estaría de más que antes de irse de Logroño investigara un poco por allí. Le sugiero que se acerque a la masonería logroñesa.

–¿A la masonería?

–Ya sabe que los masones creen que el conocimiento salvará a la humanidad de la barbarie. Les gusta coleccionar libros. Es posible que pueda sacarles alguna información.

–Pero... monseñor... como sabe, los masones y los católicos no estamos muy bien avenidos. Pío Nono combatió la masonería con firmeza.

–Y no lo censuro. Yo no pretendo que seamos amigos. Claro que hay que reconocer que tenemos mucho en común. Aprovechese de eso.

–¿Y hay logias en Logroño? –pregunté, sin disimular mi sorpresa.

–Proliferan igual que las setas en otoño. Hasta hubo una en Calahorra impulsada por un militar que andaba de paso. Ya ve, padre. ¡Qué desfachatez! En la ciudad episcopal. Por fortuna, apenas duró un año. En Logroño, por ahora, solo hay una: la *Siempre Viva*. Su Venerable Maestro es Donato Gómez Trevijano. Le invito a que tire del hilo. Si no podemos seguir rescatando libros, al menos que sepamos dónde están. Ese hombre está al tanto de ese tipo de asuntos que acontecen en Logroño y que otros se niegan a ver.

–No se lo discuto, monseñor. Otra cosa es que se lo quiera contar a alguien... y menos a un cura.

–No es necesario que diga que lo es. Supongo que dispone de ropas seculares.

–¡Claro! –reí.

–¿Se lo toma a broma? –preguntó el prelado, sin disimular su contrariedad.

–Ni mucho menos. Disculpe.

–¿Es que no quiere mentir?

–Créame que eso me da lo mismo. Dios me perdonaría. El caso es que, si bien yo no conozco a ese tal Donato, estoy convencido de que él se enterará enseguida de quién soy. Logroño es un gran patio de vecinos.

–Haga lo que usted vea, padre. Ya le he dicho que me siento satisfecho con lo que ha conseguido. Será un placer comprobarlo por mí mismo cuando acuda a la apertura del curso en el monasterio a primeros de septiembre.

–¿Tiene pensado ir?

–¡Por supuesto!

–Los emilianenses y los agustinos se alegrarán muchísimo.

–Es lo menos que puedo hacer después de su esfuerzo.

Además, confieso que me hace mucha ilusión.

Salí a la calle con la sensación de que el obispo se conformaba con mi trabajo, por lo que me sentí liberado. Sin embargo, yo sabía que mi búsqueda de libros perdidos no cesaría nunca, como no cesaba el sol en su empeño de iluminar la banda de Alejandro entre el doble arco iris que se exhibía majestuoso sobre el cielo de Calahorra.

La Constitución de 1869, la más liberal de las promulgadas hasta entonces, autorizaba por primera vez las libertades de reunión y de asociación. Y a pesar de haber sido sustituida por la de 1876, esos derechos se mantuvieron, de tal manera que a su amparo las logias masónicas españolas –prohibidas y perseguidas desde sus inicios– cobraron legalidad, lo cual propició su proliferación.

Aun así, la Iglesia seguía condenando a los masones por considerarles responsables del incremento del laicismo. En su intento de frenar el anticlericalismo, el papa Pío IX exigía en sus concordatos con los estados católicos que estos reconocieran el derecho exclusivo de la Iglesia para dirigir las escuelas seculares y parroquiales.

Y eso fue lo que sucedió en España hasta que un grupo de intelectuales, liderados por Francisco Giner de los Ríos, creó la Institución Libre de Enseñanza en 1876, un centro privado y laico con una pedagogía que pretendía la formación integral del individuo en libertad mediante el fomento de la curiosidad científica y la actitud crítica sin dogmatismos.

Este libre pensamiento también fue el propulsor de las logias, como la que operaba en Logroño con el nombre de la *Siempre Viva*, adscrita al Gran Oriente Nacional de España, heredera de la pionera *Veronesa*.

Fue Esther quien me informó de que Donato Gómez Trevijano trabajaba en la Diputación en el puesto de ayudante de obras públicas, advirtiéndome de que me anduviese con cuidado con esas «compañías del demonio, padre, que esa gente se reúne en secreto para practicar unos ritos muy raros y dicen que se ponen nombres muy pomposos, como de romanos o algo así».

La ocurrencia de la posadera provocó que me durara la risa un buen rato. Y es que no le faltaba razón porque decía lo mismo que Galdós, en su novela *El Grande Oriente*, la cual dudaba que Esther hubiese leído. En ella ridiculizaba el uso de los nombres simbólicos de los masones, que dejaban de llamarse Juan o Pedro para adoptar «con singular modestia» Catón, Horacio, Leibniz o el de cualquier otro sabio célebre.

Así que paseé con la sonrisa en los labios hasta el edificio de la calle Villanueva, donde por aquel entonces se ubicaba la Diputación antes de establecerse en la *casa del inglés*, con la idea de esperar al Venerable Maestro de la *Siempre Viva*, a la salida de su trabajo.

–¿Don Donato Gómez? –le pregunté, al identificarle por las indicaciones previas de un conserje.

Era un hombre de barba poblada, que mantenía cuidada, al que calculé mi misma edad. Me miró con desconfianza durante un instante antes de contestar.

–No nos conocemos. No suelo tratar con curas –dijo en tono hosco.

–Disculpe –respondí–. No me he presentado. Soy Pablo Santos –obvié intencionadamente lo de «padre», ya que resultaba evidente mi condición de sacerdote al decidir llevar la sotana para rehuir de una imagen falsa.

–¿Y qué quiere de mí?

–Charlar solo un rato sobre los libros del monasterio de San Millán de la Cogolla. Si le parece, le acompaño hasta su casa para no robarle más tiempo del necesario.

–No sé de qué me habla.

–Verá... aquí donde me ve, estoy seguro de que tenemos muchas ideas distintas pero también de que comulgamos en otras.

–¿Ya me quiere usted hacer comulgar? –contestó, bajando la guardia con una tenue sonrisa–. Vamos –sugirió, iniciando el paso hacia la calle del Mercado.

–Se lo agradezco.

–Pero no se le ocurra tomarme del brazo. Bastante daré que hablar ante los míos por ir acompañado de un cura.

–No se preocupe –reí en mi afán de romper el hielo–. Aunque de momento no muerdo... ni pellizco.

–Pues me alegro. ¿Va a decirme en qué comulgamos? Sorpréndame y dígame que es usted republicano.

–No me interesa demasiado la política.

–¿Ah, no? Claro. Prefiere que nuestros designios sigan en la mano de Dios.

–Usted no cree en Dios.

–Por eso mismo, Pablo. Somos los hombres quienes debemos marcar nuestro camino.

–Tampoco he venido a hablarle de Dios.

–Ya imagino. No tiene usted pinta de ignorante. Y sabe con quién está hablando.

–Donato, usted y yo tenemos la misma sed: la del conocimiento.

–Con una diferencia. Yo no estoy cercenado por mis creencias religiosas.

–Bueno, si bien soy experto en Teología, no me limito a leer la palabra de Dios. Y le aseguro que he leído muchos libros antaño prohibidos y ahora mal vistos por la Iglesia.

–Si todo el mundo pudiera leer y aprender en libertad, mejor nos iría.

–No seré yo quien le contradiga. No obstante, convendrá conmigo en que no todo el mundo está preparado para según qué lecturas.

–En eso lleva razón.

–Pues de eso quería hablarle.

–De libros, de los de San Millán; pero creo que no puedo ayudarle.

–Los estoy tratando de recuperar para el monasterio, ¿sabe? A base de esfuerzo y sacrificio, los benedictinos formaron una biblioteca durante siglos que les fue esquilada. Yuso, efectivamente, era un templo. Un templo del conocimiento, Donato.

–Los benitos son los únicos frailes a los que yo salvaría de la quema. Así les ha ido. Ahora tengo entendido que han llegado los agustinos.

–Está usted bien informado. No obstante, pretendo ayudar a reconstruir la biblioteca para recuperar Yuso, no ya como templo religioso sino del conocimiento.

–El conocimiento no ha de estar en los monasterios, Pablo, ni en las iglesias. El conocimiento ha de estar en la calle, en los trabajos, en las escuelas; sin que la religión intervenga.

–Eso es discutible, Donato. Sin nuestra labor, muchos niños serían analfabetos. Sin embargo, no pretendo debatir con usted.

–No lo pongo en tela de juicio. Pero esa época ya tendría que haber pasado.

–No soy yo quien determina quién ha de enseñar a los niños. Sé que es usted Venerable Maestro.

–Ya lo imaginaba. ¿No arderá en el infierno por hablar con un masón?

–No, si me da tiempo a confesarme cuando terminemos de hablar.

–No parece usted malo del todo, Pablo –me dijo Donato, sonriente.

–No puedo ser malo si quiero sentarme a la diestra de Dios Padre.

–No sé si me habla en serio o en broma –volvió a sonreírme.

–¿Qué hay de los libros desamortizados? No puedo creerme que muchos no llegaran a Logroño. Estoy seguro de que sabe de la existencia de incunables, códices, tratados...

–Poco sé. Y, en cualquier caso, les pertenecen a sus propietarios actuales, que los adquirieron legítimamente en subastas.

–No es mi intención arrebatárselos sin más. Pero sí me gustaría encontrar libros que salieron de San Millán para poder llegar a un acuerdo amistoso. Estoy dispuesto a comprarlos.

–Sí que tiene interés.

–Bastante. Usted también lo tendría en mi caso, Donato. Sé que se pone en mi lugar.

Nos detuvimos unos instantes, al final de la calle, ya casi llegando al Muro de la Penitencia, donde unos chiquillos dejaron de jugar a pelota para cuchichear entre ellos. El masón iba a responderme cuando se percató de que los muchachos me señalaban con el dedo sin demasiado disimulo.

–¿Hablan de usted?

–Eso parece –respondí.

–¿De qué le conocen? Lleva poco tiempo aquí.

–Supongo que el día de San Bernabé me hice más popular de lo que habría deseado.

–No irá a decirme que es usted el cura que jugó ese partido del que habla todo Logroño. –Su voz denotó cierto tono de admiración.

–¡Vaya! Entonces es peor de lo que yo creía.

–¡Es usted! –rio abiertamente–. Si ya sabía yo que no es un cura normal.

–¡Eh! Que no somos bichos raros. No soy el único al que le gusta jugar.

–Pero sí es el único que lo hace delante de una muchedumbre, que además apostaba –respondió, sin dejar de reír.

–Eso no es cosa mía.

–Desde luego que si pretendía permanecer de incógnito lo va a tener complicado.

–Fue el ardor del momento. La carne es débil, hijo –contesté con sorna.

–Es usted un caso, padre. Mire... no le descubro nada ni traiciono a nadie si le digo que las mejores bibliotecas privadas de la ciudad son las de dos hermanos.

–Se refiere a hermanos masones...

–Sí, claro –Donato seguía risueño–. Masones, con cuernos y rabo.

–¡Vamos, hombre! No se burle de mí.

–Disculpe, Pablo. Sé que usted no es de esos. Y como dicen los suyos: han pagado justos por pecadores.

–No se lo tendré en cuenta –respondí, impostando ofuscación.

–Son masones simpatizantes. Pero no pertenecen a nuestra logia. Uno es el doctor Ripoll, el otro quizás le suene más: Baldomero Espartero.

Le sonreí, sin aparentar sorpresa.

–¿Ve, Donato? Ya no mandan los curas, sino los masones. Y no lo digo por el general. Ustedes están copando las más altas esferas de poder. Si hasta Sagasta es Gran Maestro de Oriente.

–Es justo. Ahora nos toca a nosotros –me contestó, guiñándome un ojo.

–Le agradezco la información.

–Confío en que encuentre lo que busca.

–La vida es una permanente búsqueda, Donato.

–Si algún día decide cambiarse de bando, no dude en preguntar por Cincinato. Es mi nombre masón.

–Lo tendré en cuenta –dije, sin hacer una guasa fácil con Donato Cincinato–. Sí que admira a Espartero. ¿No es Cincinatouno de los apelativos del general?

–Así es. Lucio Quincio Cincinato se retiró pronto a su finca después de haber alcanzado la gloria en Roma, igual que el general. Es usted un ilustrado, mal que le pese. Ha sido un placer conocerle... padre –esta vez sonó sincero.

–Lo mismo digo –me despedí, apretándole con fuerza la mano a pesar de tener la mía dolorida. Y es que las secuelas del partido de pelota no solo me habían acarreado fama.

Tuve que desandar el camino recorrido para llegar a la posada. Se acercaba la hora de comer y no era cuestión de realizar ninguna visita intempestiva. Los comercios echaban el cierre y por las ventanas de la calle del Mercado se escapaban aromas de guisos que revolucionaron mis jugos gástricos. Confiaba en que Esther se hubiese esmerado.

Llegaba el momento de conocer en persona al general Espartero, lo que no dejaba de infundirme respeto. Ahora sí que tendría que usar la influencia del marqués de Murrieta. Y también habría de ver a ese doctor Ripoll. Casi me preocupaba más esa visita que la del Príncipe de Vergara. Y es que algo dentro de mí me decía que aquel médico podía ser el marido de Lucía. Aceleré el paso para llegar a los dominios de Esther, no ya solo para calmar mi estómago hambriento sino para preguntarle por el domicilio del doctor Ripoll.

–¿Está usted enfermo, padre? Vive en la calle Mayor –me respondió la posadera mientras me servía un delicioso rancho de cordero con patatas y pimientos asados.

Le estreché mi mano temblorosa, a medio camino de una reverencia. No recordaba en la historia de España a ningún plebeyo que hubiese renunciado a ser rey. Y allí estaba yo, bajo la mirada condescendiente del marqués de Murrieta, saludando a la leyenda viva del siglo XIX, sin saber elegir con precisión mis palabras.

A pesar de su edad y de su rostro demacrado por la muerte de su esposa, mantenía la altivez en sus ademanes. Sin embargo, su mirada parecía extraviada en el pasado. Quizás en sus días de gloria militar o quizás en su jefatura del Estado durante la minoría de edad de Isabel II... quizás en cualquier época en la que su chiquita, tal y como él llamaba a su esposa, aún vivía.

Amadeo de Saboya le había nombrado Príncipe de Vergara con tratamiento de Alteza Real, título que añadía a los de duque de la Victoria, duque de Morella, conde de Luchana y vizconde de Banderas. No obstante, decidió abandonar la política bien joven para retirarse en el Logroño de su Jacinta, con la que compartió medio siglo de su vida desde que se casaran allá por el veintisiete, siendo él un prometedor brigadier y ella una huérfana perteneciente a una rica familia local.

En las dos últimas décadas se dedicaba a cuidar de sus frutales en su finca de *La Fombera*, a la lectura y a recibir visitas de lo más granado de la sociedad, con las que recordaba tiempos pasados. Aun así, el pueblo español –desengañado de su clase política– llegó incluso a reclamarle como rey tras el destronamiento de Isabel II. Tal era el clamor popular, que una comisión de diputados viajó en el setenta hasta Logroño con una carta de Prim con el ofrecimiento. El viejo general, ya septuagenario, rechazó con cortesía la propuesta en un escueto comunicado en el que manifestaba la imposibilidad

de admitir tan elevado cargo porque sus muchos años y su delicada salud no le permitirían su buen desempeño.

La fragilidad de la memoria colectiva sería cruel con el Príncipe de Vergara, a quien cada vez más gente asocia únicamente con el nombre de una estación de metro o, peor todavía, con el tamaño de los genitales de su caballo en una estatua.

A la vista de su extenso fondo bibliográfico, aquel hombre – herido ocho veces en los campos de batalla– aunaba su fama de aguerrido con su gusto por las letras.

Supongo que Luciano Murrieta le habría hablado al general del motivo de mi visita, de modo que nos recibió en el ala del mediodía de la segunda planta de su casa-palacio, donde se encontraba la biblioteca en la que pasaba largas horas.

–General, permítame que sea escueto en mi agradecimiento al recibirme, ya que no hallaría palabras nuevas que Su Alteza Real no haya escuchado –le dije.

La mirada del anciano regresó unos instantes de su refugio. Se acercó, agudizó la vista para escrutarme sin reparos y se giró hacia Luciano Murrieta emitiendo una media carcajada. Hasta tiempo después no entendería ese gesto.

–Celebro que no me guarde rencor, padre –manifestó con voz hosca–. Hubo una época en que los curas y yo no nos llevábamos muy bien.

Sin duda, el general se refería a su regencia antes de su exilio en Inglaterra cuando, tras condenarle el papa Gregorio XVI por su persecución a los católicos, Espartero le amenazó con la creación de una Iglesia nacional, separada de Roma. Y si no ocurrió fue porque sus proyectos de ley, en los que se abolía la jurisdicción eclesiástica y se rompían las relaciones con la Santa Sede, no contaron con el respaldo suficiente de las Cortes.

–Soy hombre de Dios, no de política –le respondí.

–Y yo un viejo al que le queda todo demasiado lejos... salvo la muerte. Confío en que sea verdad lo que promulgan ustedes en los púlpitos y Dios exista. Así podré reunirme pronto con mi chiquita.

–¡Venga, Baldomero! –le animó el marqués de Murrieta, quien había supuesto que mi visita no le vendría mal a su amigo para que

tratará de olvidar durante un rato el tormento que atravesaba desde el fallecimiento de Jacinta.

–Luciano siempre anda pendiente de mí –me rezongó por lo bajini.

–Claro que Dios existe, general –comenté, esbozando una sonrisa.

–En ese caso se ha vengado de mí en vida. Ella era veinte años más joven que yo y estaba mucho menos achacosa. ¿A santo de qué se la ha querido llevar antes? Nadie esperaba su muerte. Tan es así que ni siquiera teníamos testamento. Y maldita la hora. Tuve que echar de esta casa a parte de su familia cuando ella agonizaba porque esos buitres pretendían alterarla con sus asquerosas ambiciones. Y ahora no tengo ni fuerzas para mandar a la mierda a todos esos carroñeros que andan inventariando cada rincón, usando al notario como excusa. Lo que estará disfrutando ese que dice que es mi cuñado. Por cierto, Luciano, dile a Plácido Aragón que mañana vuelva para redactar mis últimas voluntades.

El marqués de Murrieta y yo permitimos que el general se desahogara. El cuñado al que se refería el general era José Gutiérrez de la Concha, el marqués de La Habana, casado con una hermanastra de Jacinta, enemigo íntimo de Espartero desde que este permitiese el fusilamiento del teniente general Diego de León en el cuarenta y uno, tras su intento fallido de asaltar el Palacio Real para derrocarlo.

–No te preocupes. Mañana a esta hora estará aquí –le respondió su fiel ayudante de campo.

–Bueno... ¡ya basta de lamentos! –exclamó Espartero, con una sorprendente energía que parecía proceder de épocas pasadas—. A ver, padre... ¿me ha dicho que se llamaba Pablo?

–Así es. Pablo. Llámeme de la forma que le resulte más cómoda.

–Bien, Pablo. Luciano me ha contado que andaba usted interesado en examinar mi biblioteca.

–Ya estoy viendo a primera vista que es magnífica. En realidad, pretendía intercambiar opiniones con usted.

–En ese caso, tomemos asiento –ordenó, al tiempo que se acomodaba en el sofá y nos invitaba con la mano a ocupar alguna de las cuatro butacas de nogal tapizadas en verde.

En efecto, la biblioteca presentaba un buen aspecto. Seis grandes estanterías estaban colocadas sobre cajoneras en las que imaginé que se guardarían todos los trofeos del general. En ese instante me pregunté si no sería más interesante ver el contenido de esos cajones que la revisión de los libros. Un balcón cortinado que daba al jardín permitía que los rayos de sol incidieran a mediodía en el espejo colgado sobre una chimenea de mármol.

–Calculo que hay unos ochocientos libros –dije, tras tomar asiento.

–Tiene usted buen ojo, Pablo. Por ahí deben de andar.

–¿Recuerda usted su procedencia?

–La mayoría me los han regalado. No le voy a engañar. Aunque también le digo que todos han pasado por mis manos.

–¿Sabe si tiene usted alguno con una estrella de cinco puntas en la cubierta?

–No, con toda certeza. Sin embargo, juraría que una vez vi uno así. No sabría decirle ahora dónde. ¡Mierda de vejez! Lo pierde uno todo.

–No se preocupe, general –comenté, si bien me habría gustado que su memoria se hubiese mostrado más lúcida–. Busco unos libros muy concretos. Los desamortizados que procedían de los monasterios; en particular, los de San Millán de la Cogolla.

–Pues lamento informarle de que los míos versan básicamente sobre temas militares, históricos y políticos. Aunque es cierto que hay un poco de todo. Si le soy sincero, alguno podría haber estado en alguna biblioteca monástica, pero lo dudo. Puede mirar cuanto se le antoje.

–Se lo agradezco, general –respondí, permitiendo que los dos amigos departieran a solas. Espartero llevaba razón. A pesar del desorden en la clasificación de los volúmenes, pude observar que apenas había libros con las características que yo buscaba. Aun así, eché un vistazo a los que aparentaban más antigüedad sin que hallara nada que mereciera la pena.

Volví a mi butaca justo a tiempo de probar el vino que se acababa de servir. En ese instante, el general sonreía contemplando las lágrimas emocionadas del marqués de Murrieta, que trataba de enjugárselas sin demasiado éxito.

–Lo siento –mascullé–. Regreso en mal momento.

–No, Pablo, no te vayas. Es solo que el general me ha revelado lo que me dejará en su testamento.

A pesar de los ruegos de Luciano, mi prudencia me obligó a marcharme después de deshacerme en agradecimientos. No volvería a ver a Baldomero Espartero, pero sí a su ayudante de campo, quien –cada vez que le visitaba en su finca de Igay– me enseñaba con orgullo «la espada de Luchana», el bien más preciado del general, legada a su fiel amigo.

Por fin me decidí ese sábado a visitar al doctor Ripoll en su domicilio de la calle Mayor. Yo ya sabía por Esther que su esposa se llamaba Lucía, por lo que envié previamente a la posadera para que me concertara una cita.

–Le espera a la una, padre. De aquí a una hora. ¿De verdad que se encuentra bien? ¿No quiere una taza de caldo caliente?

–Estoy bien, gracias. No se preocupe. Son otros asuntos los que quiero tratar con el doctor.

–¡Ay, padre! No sé lo que se trae entre manos, ni por qué ha venido a parar a mi casa, pero ya sé que es usted más importante de lo que dice.

–Así que ya sabe que estuve ayer en casa del general.

–Yo no he dicho eso, padre. No vaya a creer que meto las narices en lo que hacen mis huéspedes.

–Ya –respondí alargando la a con intención–. Pero tiene que saber lo que pasa en Logroño para tenernos informados.

–¡Eso es! –exclamó, ufana.

–¿Y qué se dice del partido de pelota del día de San Bernabé? – quise saber, disimulando a duras penas mi arrogancia.

–¡Ay, padre! Ni se lo imagina.

–Pues cuéntemelo.

–Es que no sé si debo.

–Venga, mujer...

–¿Vio usted a la fresca del velocípedo?

–Sí que la vi. Fue un espectáculo curioso.

–Pues levantó usted la misma admiración entre las mujeres que ella entre los hombres.

–¡No fastidie! –Mi carcajada incrementó aún más el colorido del rubor de su rostro.

–¡Ay, padre! No se ría. Ya sé que no está bien lo que le he dicho. Que no vaya a pensarse que le estoy llamando fresco. Que todo el mundo sabe que es usted cura; pero es que, a pesar de la sotana, a veces no lo parece.

–¿No? –Lo cierto es que me divertía con las ocurrencias de Esther–. Así que rivalizo en popularidad con la condesa Filomena.

–¿Condesa? No me haga reír. Si esa es condesa yo soy la emperatriz de Francia.

–En Francia ya no hay emperatriz desde que se instauró la República. Llega usted tarde, Esther.

–Ya lo sé, padre. Era una forma de hablar. Que una es de pueblo pero no tonta. Pobre Eugenia de Montijo. ¿Sabe? Dicen que tiene viñedos en Baños, aquí cerquita.

–¿Ve? No es tan pobre –respondí, jocosamente–. Tras la muerte de Napoleón III se ha retirado a Biarritz, una ciudad costera más pequeña que Logroño, casi en la frontera. Cuénteme por qué no le gusta la condesa.

–Ni ella, ni el que dice que es su padre. Menudo pote se dan. A saber si será su padre el manco ese, que pinta no tiene. Porque ella se las da de jovencita pero luego bien que le gustan mayorcitos. Yo digo que es por las perras. Y a propósito, ya que va usted a ver al doctor no le saque el tema de la condesa.

–¿Qué me quiere decir?

–Yo no digo nada y lo digo todo.

–Esther...

–Se rumorea que es su querida.

De repente, se me quitaron las ganas de seguir riendo.

–¿Son solo rumores?

–Padre, cuando el río suena agua lleva. Ya ve, con lo maja que es su mujer... y guapa. Ya lo verá usted por sí mismo si la conoce.

–Gracias, Esther –le dije, tratando de aparentar normalidad. Al menos parecía que mi paseo con Lucía no se había colado por los mentideros de la ciudad.

–De nada, padre. Le noto ahora un poco mustio. ¿De verdad que se encuentra bien?

–Estoy bien, estoy bien –respondí con una media sonrisa–. Me voy a ver al doctor Ripoll.

Deambulé unos minutos para hacer tiempo antes de golpear con puntualidad la aldaba en el portalón de una soberbia casa con la fachada de piedra. Fue la propia Lucía quien bajó a recibirme, delante de la presencia de una doncella.

–Hola, padre –saludó en voz alta–. Soy la esposa del doctor Ripoll. Me llamo Lucía Garay.

Yo le ofrecí la mano y sentí sus labios en mi piel, más rato de lo usual.

–Encantado, hija –contesté, un poco atónito.

–Mi esposo le espera en la sala de arriba. Acompañeme, por favor.

–Le agradezco enormemente su hospitalidad –le dije con sorna.

Al subir por las escaleras, ya a solas, se acercó para susurrarme. Su aliento, entre mi oreja y mi cuello, provocó que me estremeciera.

–No le he dicho a nadie que nos conocemos.

–Ya lo he imaginado. No te preocupes.

–Estás muy guapo.

–¡Lucía! –le reñí, casi obligado.

–¿Y qué se le ofrece, padre? ¿Está usted enfermo? –me preguntó, elevando la voz al subir el último peldaño.

–Lo cierto es que no. Vengo a interesarme por la biblioteca de su marido. Me han dicho que es un gran bibliófilo.

–Le han dicho bien. Cuando no está cuidando de sus enfermos, se pasa la vida encerrado entre sus montones de libros. ¿Verdad, Luis? –dijo, al verle esperándonos junto a una gran puerta de roble.

–Exagera. Como todas las mujeres –respondió, burlesco–. Pase, pase, padre. Ya le he oído. Le enseñaré gustoso mi biblioteca. Cariño, ¿nos dejas solos? ¡Ah! Y que nos traigan una botella de vino... y un poquito de queso.

–Sí, claro –contestó Lucía, mirándome a los ojos para mostrarme el brillo de los suyos.

–Así que es usted el padre Pablo...

–Santos.

–Muy apropiado para un cura –rió–. Aunque supongo que no es la primera vez que le gastan la misma broma.

–Alguna que otra.

–¿Quién le ha hablado de mi biblioteca?

–Es popular en Logroño, doctor.

–Sí. No me extraña. Mi trabajo me ha costado.

El doctor Ripoll rondaría la sesentena pero a pesar de su calvicie se conservaba relativamente en forma. Tenía un porte elegante y era consciente de ello.

–Le agradezco que me reciba.

–Estoy encantado de que haya quien aprecie un buen libro. ¿Un habano, padre?

–No, gracias –le respondí en tanto él encendía un enorme puro que acababa de extraer de una pomposa caja de cedro.

–Usted se lo pierde. Tienen una temperatura perfecta –me reprochó mientras exhalaba la primera bocanada.

En ese instante entró una asistente con una bandeja en las manos, acompañada de Lucía, que fue quien se encargó de entregarnos la copa de vino.

–Confío en que le guste, padre –me dijo ella, acercándose en exceso antes de irse sin que yo atinara a musitar palabra, concentrado en el aroma de su piel.

–¿Qué libros le gustan? –La pregunta del doctor me sacó de mi lacónico trance.

–Todos –respondí, titubeante–. Pero claro, en especial los incunables y los códices que versen sobre temas poco habituales.

–¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Creí que me iba a hablar de biblias, cantorales y cosas por el estilo –comentó, casi divertido–. Brindemos, pues. Por el conocimiento escondido en los libros.

–Brindo por ello.

Tras chocar nuestras copas, el doctor Ripoll depositó el puro sobre un cenicero y la copa en el escritorio para acercarse con comodidad a las estanterías. Desde luego, aquella biblioteca era mucho más grande, más valiosa y más ordenada que la de Espartero.

–¿Sabe cuántos libros hay aquí, padre?

–Calculo que unos dos mil.

–Mil novecientos a la vista, más unos treinta que guardo en una caja de seguridad. Siempre tengo el mismo número, ¿sabe? Una

manía. Si encuentro un ejemplar que merece su sitio, lo reemplazo por otro con menos interés. Además de los que ve, acumulo miles en el calado. Prefiero usarlo de almacén que de bodega.

–Una biblioteca no deja de ser una bodega de libros.

–Hombre, visto así... –rió el doctor.

–No me extraña que tenga usted esta maravillosa colección. ¿Cómo ha ido formándola?

–La heredé en gran parte de mi familia. Aunque la he ido mejorando poco a poco. He comprado muchos libros, algunos únicos, como los que pertenecieron a un médico salmantino en el siglo XVII.

–Supongo que también habrá conseguido ejemplares a buen precio procedentes de las desamortizaciones.

El doctor Ripoll me miró con desconfianza durante un instante en que aprovechó para darle otra calada a su puro. Me pareció que se le desvaía el tono de su rostro entre la humarada.

–¿A qué ha venido exactamente, padre?

–A admirar su biblioteca, ya se lo he dicho... y a saber si tiene usted libros procedentes del monasterio de San Millán –reconocí.

–¿Por qué quiere saberlo?

–Digamos que los estoy... catalogando. El obispo me ha encargado que confeccione una lista para saber dónde están –mentí a medias.

–¿Solo para saber dónde están?

–Claro. De esa manera, algún día quizás se puedan ir recuperando.

–Ya. Tiene su lógica –dijo en un tono que parecía convencido–. Pues sí que tengo unos cuantos. Sin embargo, esos no los va a ver en las estanterías. Como podrá entender, son algunos de los que guardo en mi caja de seguridad. Se los mostraré. ¿Otra copa? No ha probado el queso.

–Prefiero la copa. Gracias, doctor. ¿Cómo pudo conseguirlos? Eso tiene mucho mérito –le comenté en un intento de adulación.

–Sucedió hace tiempo. Y podía haber tenido más, pero fui un poco ingenuo.

–¿Me cuenta? Estoy deseando saberlo.

–Corrían los años cuarenta. Algunos los compré en Burgos. Procedían de la primera desamortización. Otros los adquirí aquí, en Logroño. Esos venían de la segunda. Los conseguí a buen precio. Hasta hice un viaje a San Millán allá por el cincuenta para ver si quedaba algo que mereciera la pena. No tuve suerte. En aquel entonces un monje cuidaba del monasterio. El muy ladino no me habló de la existencia de unos códices que luego fueron a parar a la Real Academia de la Historia –A medida que avanzaba en su relato, parecía que le costaba hablar con fluidez–. Se rumorea que un académico se los llevó sin permiso en enero del cincuenta y uno. Los tuve en mis narices y no los supe ver –se lamentó.

–No sé si tengo que decir que lo siento, doctor.

–Bueno. Esto es así. Unas veces se gana y otras se pierde.

–No se queje. Que no le ha costado mucho dinero.

–No se crea. Pagué un dineral por algunos de los que se guardaban en la antigua botica. Se los compré a un hombre que afirmaba haber sido aprendiz de boticario hasta que les echaron a finales del veinte. Aunque, en honor a la verdad, yo creo que los robó.

Noté cómo se me incrementaban las pulsaciones. Sin embargo, traté de disimular mi agitación tomando un nuevo sorbo de vino.

–He oído hablar de esos libros –dije, casi al descuido.

–¿En serio?

–No estaba seguro de que existieran. ¿Uno de ellos no tiene una estrella de cinco puntas en la cubierta?

–¡Vaya, padre! Ahora sí que me ha sorprendido. ¡Así es! Un códice maravilloso, con unas ilustraciones primorosas que, no obstante, no he conseguido interpretar. ¿Cómo lo sabe?

–Los vi en un viejo inventario del monasterio –mentí otra vez.

–Bueno, va siendo hora de que se los enseñe. Estoy seguro de que los va a disfrutar.

Creo que el doctor Ripoll dilató intencionadamente la espera para probar mi paciencia, o acaso es que a mí se me hizo eterna.

–Estoy seguro.

Con parsimonia, como si fuese un ritual, se acercó a uno de los frontales para separar una falsa estantería inferior, donde apareció

una pequeña puerta de hierro con una combinación mecánica de disco.

–Me la hice traer de Alemania el mes pasado –me aclaró, con orgullo, mientras giraba la rueda.

Nunca olvidaré su cara de estupor al abrir la caja, lo que provocó mi momentánea desolación.

–¿Qué ocurre, doctor?

–¡No están! ¡Joder! ¡No están! –exclamó, echándose una mano al hombro para frotárselo.

–¿Quiere decir que los han robado?

Apenas consiguió contestarme. Se incorporó un instante pero enseguida le temblaron las rodillas y cayó con gran estrépito sobre la alfombra. Rápidamente me acerqué a él con el afán de socorrerle.

–¿Cuándo fue la última vez que abrió la caja, doctor? –le pregunté, desanudándole el lazo del cuello para intentar que respirara mejor.

–El domingo... –respondió, casi ahogado.

–¿Quién sabía la combinación?

–Solo ella...

–¿Lucía?

–No...

–Cálmese. Se recuperará. Le está afectando la impresión.

–Padre, es un ataque al corazón. Me muero...

Cuando Lucía irrumpió en la biblioteca, alertada por el ruido, solo pudo presenciar el último aliento de su marido antes de que yo le cerrara los ojos y pidiera a Dios que acogiera su alma.

Sentado en aquel vagón sombrío, aguardando la salida del ferrocarril que me llevaría de nuevo a Roma, repasaba lo acontecido en los últimos días en Logroño. Tras la muerte del doctor Ripoll, me esperaba un telegrama en la posada solicitando mi presencia en el Vaticano. Así que allí estaba yo ese lunes, bajo un cielo plomizo, iniciando un viaje horas después de que se le hubiera dado cristiana sepultura al marido de Lucía.

Siempre me ha ocurrido lo mismo. Cuando me instalo en un tren, mis pensamientos transitan por lugares insondables. Es como si se permitieran cabalgar en libertad, contagiados por el relincho vaporoso de la locomotora. Un silbido que, aunque ya sea metafórico, yo sigo escuchando dentro de mí cada vez que mi tren inicia su recorrido. En ese momento, con la tranquilidad aparente de a quien le esperan horas por delante sin poder escaparse de un espacio reducido, la mente se me revoluciona sin que sea capaz de domarla. Entonces dejo que mis recuerdos, que mis deseos, que mis conocimientos se peleen entre sí hasta que el agotamiento los amansa y vuelven al redil desde el que los aguardo.

Por eso no me inquieté al sentarme en aquel vagón de primera clase. Lucía, San Millán, los códices, el doctor Ripoll, la estrella de cinco puntas, Esther, el día de San Bernabé, la Fuente de los Frailes, Luciano Murrieta, mi madre, La Rioja... conformaban una amalgama de sensaciones que sabía que tendría que ir asimilando sin que me dominara la ansiedad.

Traté de evadirme contemplando a través de la ventana el trajín previo a la partida, elucubrando sobre el futuro de una ciudad que acababa de derribar unas murallas para crecer y, sin embargo, construía unas vías que volverían a cercenarla. Como si el futuro no

nos perteneciera, como si los que nos gobernaban fuesen capaces de pensar en el mañana pero no en la semana próxima.

No. No me apetecía abandonar Logroño tan pronto. A pesar de no ser responsable de los asuntos pendientes que me dejaba atrás, de algún modo eran cosa mía.

Faltaban muchos libros por encontrar, incluidos los robados al doctor Ripoll. Y dudaba de que la policía les prestara la atención suficiente. ¡Qué cerca llegué a tener el tratado de la estrella de las cinco puntas! Apenas intercambié unas frases con los investigadores del caso, que vinieron a decirme que el doctor Ripoll no era tan imprudente como para guardar algo valioso dentro de uno de esos inventos modernos, por lo que no serían tan importantes esos libros viejos. Así que no apostaba por el éxito de sus investigaciones. Ni siquiera intenté convencerles de lo contrario. Máxime después de que le preguntaran a Lucía si a su marido no le fallaba la memoria y si ella había visto el contenido de la caja.

Yo solo pude ver a Lucía unos minutos durante la tarde anterior, a la conclusión del funeral. Su casa se hallaba llena de familiares, amigos y curiosos que no la dejaban tranquila, sin considerar el cansancio que desprendía su rostro. Usó la excusa de la confesión para poder recluirmos a solas en un coqueto comedor, anejo a la cocina. Me pidió que me sentara junto a ella en un pequeño sofá y enseguida se quedó dormida sobre mi hombro, con sus manos entrelazadas con una de las mías, mientras con la otra yo trataba de velar su sueño acariciándole la espalda con la yema de mis dedos, sin atreverme a rozar su cuello desnudo ni su pelo rubio recogido en un moño, al descubierto por descuido al habersele desprendido el velo de su luto. Yo también cerré los ojos para disfrutar de la sensación de bienestar de aquel instante, a la vez que me negaba que estuviera ocurriendo. Cuando al cuarto de hora se despertó, apenas hablamos. Le conté que tenía que irme y ella me rogó que volviera pronto, con esa sonrisa que a mí me desarmaba. Antes de salir por la puerta, me tomó de nuevo las manos y me las besó. Yo hice lo mismo con las suyas y nuestras bocas quedaron separadas únicamente por ellas.

El grito del jefe de estación avisando de la salida del tren volvió a dar rienda suelta a mis pensamientos. No fue solo Lucía quien me

pidió que regresara. Luciano Murrieta hizo lo propio, después de que fuera a devolverle a Tempranillo. Diecisiete años sin pisar Logroño creyendo que no albergaba motivos para retornar y, sin embargo, los motivos estaban ahí, aguardándome con la paciencia de una madre, de una madre cuya ausencia me sigue vaciando las entrañas.

Llevaba unos días en Madrid con la sensación de estar perdiendo el tiempo. El telegrama de Rosi Bernardini, el prefecto del Archivo Secreto Vaticano, reclamándome en Roma no me había sentado bien. No ya por el hecho de haber tenido que dejar precipitadamente Logroño sino por el motivo de su llamada. El papa León XIII iniciaba su pontificado con ideas renovadoras, entre las que se encontraba la apertura del archivo a investigadores –no solo católicos–, con el fin de profundizar en el conocimiento de la historia a través del estudio de documentos únicos. Sin embargo, el papa no gozaba del apoyo de los tradicionalistas, entre los que se hallaba el propio prefecto del archivo, que argüían lo grave que sería sacar a la luz los posibles errores de la Iglesia en el pasado, que incluso podían poner en tela de juicio la infalibilidad del papa.

Aun así, parecía que la documentación de la Santa Sede iba a dejar de ser secreta de forma inminente, por lo que Rosi Bernardini me indicó que se hacía innecesaria mi labor de búsqueda de más documentos y, por tanto, tendría que dedicarme a otros menesteres, dándome la opción de quedarme de archivero o de ponerme a las órdenes de Giacomo Cattani, nombrado nuncio en la capital de España desde enero del año anterior.

En esa tesitura no me cabían demasiadas alternativas. Acaso influido por mi reciente viaje a La Rioja, acepté incorporarme a primeros de septiembre en la nunciatura, donde estaría más cerca de Logroño. No obstante, pronto me di cuenta de que el trabajo que tendría que desempeñar no me resultaba tan agradable como mi estancia en Madrid, donde comenzaba a disfrutar de sus múltiples posibilidades de ocio y de cultura. Y es que mi aversión por los

asuntos políticos no maridaba bien con mi incierta carrera diplomática.

El nuncio apostólico había llegado a España sin excesivo empeño en cumplir las instrucciones dictadas por la Santa Sede. Apenas llevaba una semana en Madrid cuando pude comprobar que Cattani llevaba un ritmo demasiado sosegado en las funciones encomendadas, limitándose a manifestar el apoyo de la Santa Sede a la restauración borbónica personificada en el rey Alfonso XII. No obstante, casi no se significaba en las reivindicaciones vaticanas a la hora de hacer cumplir el concordato del cincuenta y uno, todavía sin ejecutar en algunos artículos y violado en los fundamentales. La Santa Sede no aceptaba como suficiente la redacción del artículo 11 de la Constitución española del setenta y seis, ya que a pesar de que estableciera que la religión católica era la del Estado, también permitía la libertad de culto siempre que no se realizaran ceremonias públicas.

Igualmente la Santa Sede advertía de la progresiva pérdida del influjo de la vigilancia de la Iglesia sobre la enseñanza. El avance del anticlericalismo no parecía fácil de detener y el nuncio Cattani prefería aguardar un cambio de destino antes que poner en peligro las delicadas relaciones entre el Vaticano y el gobierno de España.

Quizás contagiado por el ambiente, en esos días volvieron a asaltarme las dudas sobre mi fe, nunca demasiado sólida, que había comenzado a desmoronarse durante mi visita a La Rioja. Y no por mis sentimientos hacia Lucía porque, al fin y al cabo, la carne es débil; sino por mi interés en hallar ese tratado sobre la eternidad y mis figuraciones si llegaba a encontrarlo y descifrarlo. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar?

En realidad me sentía atrapado, tanto en mis hábitos como en Madrid, con la extraña sensación de no tener un cometido, pero sin poder alejarme demasiado de allí. Así que dilataba mis paseos por una ciudad que aún lloraba por su reina, María de las Mercedes de Orleans, fallecida con tan solo dieciocho años en el mes de junio, al igual que la mujer de Espartero.

Una de mis principales aficiones es contemplar la vida de los cafés. Por aquella época, Madrid ya contaba con unos cuantos de postín. Con los años el número de este tipo de establecimientos se

fue incrementando para más tarde ir desapareciendo; y con ellos, los únicos espacios físicos en los que el mundo se detenía, además de las librerías y bibliotecas.

Yo solía caminar cada mañana desde el Palacio de la Nunciatura, que daba nombre a la calle del Nuncio, hasta el Café del Levante del Arenal, uno de mis preferidos. Allí hojeaba algunos de los periódicos que adquiriría por el trayecto. Aquel viernes, trece de septiembre, leía encantado en *El Siglo Futuro* un artículo sobre «la instalación canónica y legítima de una comunidad de Padres agustinos recoletos, destinados a las misiones de las Islas Filipinas, en el antiquísimo, celeberrimo y magnífico monasterio de San Millán de la Cogolla, diócesis de Calahorra y provincia de Logroño, verificado el día primero de los corrientes».

Me sonreí al comprobar que el padre Iñigo Narro había conseguido inaugurar el curso en el plazo previsto. La crónica era de lo más entusiasta y ensalzaba sobremanera la visita del obispo. Al menos, don Gabino Catalina del Amo cumplió con su palabra. La reseña enumeraba los actos celebrados, que concluyeron con fuegos artificiales.

Estaba convencido de que Eusebio, el panadero, los habría contemplado escéptico desde su ventana. No mencionaba nada sobre las instalaciones, más allá de que los deterioros desaparecerían con la llegada de la nueva comunidad y de que la comida de las autoridades tuvo lugar en el refectorio. Ninguna alusión a la biblioteca, como si los libros no fueran tema de interés.

Todavía tendría que ver que me quejaba de vicio por aquel entonces en que los gobernantes, aun con sus disputas ideológicas, evidenciaban una cultura que se iría perdiendo a lo largo del tiempo. Olvidarse de los libros es olvidarse de la historia, de la experiencia de otros, de la evolución del pensamiento, de la reivindicación de nuestro yo, de formarnos ideas propias sin injerencias, de protegernos de las manipulaciones. Olvidarse de los libros es olvidarse de nuestra libertad. Y es que no hay mayor esclavitud que la ignorancia.

Somos animales de costumbres. A pesar de la proliferación de cafés, después de mes y medio en Madrid, solo frecuentaba el Levante del Arenal, el Universal y, por supuesto, el Café del Prado, que pronto se convertiría en mi favorito. Quizás porque el dueño se encargaba enseguida de contar que Bécquer había escrito allí algunas de sus *Rimas y leyendas* y que Bretón aún tocaba el piano algún que otro domingo. Y yo nunca he dejado de creer que los espíritus de las personas impregnan los lugares por donde pasan, especialmente si tienen un talento sobrenatural.

Ese miércoles de octubre llovía con fuerza al caer la tarde. Yo me encontraba junto a la cristalera del Café del Prado leyendo la crónica de la ópera *La favorita*, protagonizada la noche anterior en el Teatro Real por Elena Sanz, amante de Alfonso XII, y por Julián Gayarre, que tan solo un año después de su estreno con aquella misma obra ya era un ídolo en Madrid. Al levantar la mirada de forma refleja por el ruido de la puerta, vi entrar a un joven con la ropa empapada. Ni los años ni los excesos le habían hecho mella todavía y presentaba un aspecto cuidado, con el pelo corto y la barba recortada, algo separada de su bigote. Vestía un traje oscuro con chaleco bajo la capa.

–¡Marcelino! –le llamé, con franca alegría.

Su sonrisa evidenció que la satisfacción por nuestro encuentro era recíproca.

–¡Pero bueno, padre! ¡Qué sorpresa! –exclamó tras vencer un leve tartamudeo, mientras se acercaba con los brazos extendidos.

Había conocido a Marcelino Menéndez Pelayo el año anterior en Roma, en su recorrido por las bibliotecas más relevantes de Europa. A pesar de no tener acceso al Archivo Secreto, me lo topé en los

locales adyacentes ocupados por la Biblioteca Vaticana. Al oírle hablar en español con un viejo sacerdote, me acerqué y me presenté. Después de aquel día compartimos algunas charlas entre café y café en las que Marcelino, que apenas tenía veinte años, daba muestras de una erudición y una capacidad de asimilación que yo jamás había conocido en una persona tan joven.

–¿Terminaste tu periplo? ¿Qué haces por aquí?

–Debe de ser el único que no se ha enterado, padre. Llegué hace un par de días de pasar las vacaciones, como de costumbre, en mi Santander natal para presentarme a la cátedra de Historia de la Literatura en la Universidad Central, vacante por el fallecimiento de Amador de los Ríos –respondió, tomando asiento junto a mí tras quitarse la capa y el sombrero hongo.

–¡Dos cafés! –le requerí al camarero, sin ni siquiera preguntarle a Marcelino, habida cuenta de que su excesiva afición a esa bebida era similar a la mía–. Pero ¿cómo es posible? ¡Me das una alegría! Si no tienes edad para presentarte.

–Por eso le digo que usted es el único que no lo sabe. Menudo revuelo se ha armado. Hasta he salido en la prensa, padre. Han modificado en el Senado el reglamento de oposiciones para que me pueda presentar. Gracias al apoyo de Cánovas. Ni a las momias del Ateneo ni a los liberales más progresistas les ha hecho puñetera gracia –rio–. No vea las críticas que me están cayendo desde *La Correspondencia* y *El Imparcial*. Por suerte, *La Fe* y *El Siglo Futuro* me defienden.

–Sí que te has hecho popular en poco tiempo, aunque no me sorprende.

–Y eso que aún no he obtenido la cátedra.

–No tendrás problema en ello.

–Depende de si el tribunal se ciñe a criterios académicos y se olvida de los políticos –dijo Menéndez Pelayo, apurando casi de un trago el café que nos acababan de servir–. Uno de mis oponentes es José Canalejas.

–No me suena.

–Es un auxiliar de cátedra gallego muy bien formado... y muy bien relacionado.

–Ganarás.

–En eso confío –respondió el santanderino, con cierto aire de suficiencia.

–Te habrás dedicado a fondo este verano.

–Tampoco es demasiado complicado, padre. En la tierruca también he podido concluir el segundo tomo de *La historia de los heterodoxos españoles* y traducir en verso el *Prometeo* de Esquilo. Bueno, aparte realicé una composición poética latina para la corona fúnebre de la pobre reina, que en paz descansa. Pero, a este paso, mi novia se va a quedar con mi hermano Enrique –volvió a reír.

Yo le escuchaba con una admiración que nunca le dejaría de profesar. En Roma, además de trabajar en la Biblioteca Vaticana, le encantaba buscar ejemplares curiosos en las librerías, afición que compartíamos. Entre sus adquisiciones figuraban la *Philosophia libera* de Isaac Cardoso, una edición napolitana de 1764; la primera de los *Dialoghi di amore* de León Hebreo impresa por Aldo Manucio en Venecia en 1541; y las obras gramaticales de Nebrija estampadas en Lyon ese mismo año. Los recuerdo porque yo mismo le ayudaba a descubrirlos junto con el vizconde de Oña, un veterano médico agregado a la embajada con el que trabé buena amistad merced a nuestros comunes orígenes riojanos.

–El ejercicio de trincas es el próximo martes.

–No estarás nervioso...

–No, padre. Solo me inquieta mi tartamudez, pero cuando arranco no hay quien me pare –respondió, risueño.

–No es relevante, Marcelino. No has de preocuparte por eso.

–Estoy tranquilo. ¿Otro café?

–Por supuesto –le respondí, mostrándole dos dedos al camarero–. ¿Encontraste algún ejemplar de Foxo Morcillo o de Eneas Silvio?

–Buena memoria, padre. Aún estoy en ello.

–¿Dónde guardas tantos libros?

–No me hable, no me hable –bromeó entre risas–. Que mi madre estuvo el año pasado a punto de echarme de casa. Menos mal que a mi padre se le ocurrió rehabilitar la buhardilla para convertirla en biblioteca. ¿Y usted? Si no recuerdo mal, también coleccionaba viejas ediciones.

–Lo mío es más fetichismo que sed de conocimiento.

–No sea modesto, padre.

–Contigo no queda más remedio que serlo –reí solazado, con la consciencia de que pocas veces en mi vida me toparía con alguien con la sabiduría de aquel muchacho, como así resultó–. Te agradezco que me enviaras tus *Estudios poéticos*.

–Es lo menos que podía hacer. ¿Y usted? ¿A qué se dedica en Madrid?

–A nada provechoso, Marcelino. A perder el tiempo. En breve se va a proceder a la apertura del Archivo Secreto y yo ya pinto poco allí.

–Esa es una buena noticia.

–No para mí –reí de nuevo–. Estoy colaborando con el nuncio; sin embargo, no tengo demasiado trabajo. Así que me dedico a leer, a tomar café y a visitar las librerías de lance.

–¿En busca de algo concreto?

–No particularmente.

–Yo vengo ahora de la Real Academia de la Historia. Está aquí al lado, por eso frecuento este café.

–Pero todavía no eres académico –le dije, pensando en que quizás se me presentaba la ocasión de visitar la institución con ciertas garantías.

–Confío en serlo pronto. Ya me voy relacionando.

–En ese caso, me gustaría pedirte un favor. No sé si estará en tu mano...

–Seguro que lo está, padre –me interrumpió.

–Tengo entendido que ahí se almacenan muchos de los libros desamortizados de los monasterios. Me encantaría consultar algunos; en particular los de San Millán de la Cogolla.

–No va a haber ningún problema, padre. Tengo muy buen trato con Pascual de Gayangos. Él me echó una mano cuando estuve en Inglaterra visitando las bibliotecas de Oxford, Cambridge y el Museo Británico.

–¿Pascual de Gayangos, el arabista?

–Un erudito, padre. Le gustará. Y en su juventud un aventurero. Se recorrió toda España recopilando los libros desamortizados para que no se perdieran. Y por aquella época los viajes no resultaban tan cómodos como ahora. Apostaría que estuvo en San Millán. Si es

así, le dará referencias. Si le parece, concertamos una visita para mañana o pasado.

–No sabes cómo te lo agradezco –respondí, con el ánimo algo más levantado.

–¿Me ha dicho que vive en el Palacio de la Nunciatura?

–Eso es.

–Pronto tendrá noticias mías.

–Entonces nos vemos en estos días.

–Por supuesto, padre. Me ha encantado volver a verle –dijo, recogiendo sus cosas.

–Lo mismo digo. No se te ocurra pagar los cafés.

–Muchas gracias, pues –contestó, mirando su reloj de bolsillo–. Si me disculpa, me esperan unos bellos libros.

–Con Dios, Marcelino –respondí antes de verle salir a la calle por la puerta de la calle del León en dirección a la Fonda de las Cuatro Naciones, donde se hospedaba.

El encuentro con Menéndez Pelayo me puso de buen humor. Y no solo me quedé un rato más en el Café del Prado, sino que además me tomé una copa de aguardiente bajo la mirada condescendiente de los ángeles pintados en el techo.

Como cabía esperar, aquel muchacho de hablar tardo y apariencia de discurrir perezoso obtuvo la cátedra ante la admiración incluso de sus contrincantes. Fueron emotivas las palabras pronunciadas por Canalejas en el Senado, siendo ya Presidente del Consejo de Ministros, en la sesión necrológica al día siguiente de la muerte de Marcelino en 1912: «Sus palabras eran un raudal no de elocuencia vana, de elocuencia retórica, no, sino de saber profundo, de ciencia intensa, de hondo cultivo del pensamiento para cuya clara visión no ofrecía misterio la historia de la literatura española. Yo, admirado y sobrecogido, temblé ante el que era mi rival entonces, el que fue maestro admirado después y fue mi inolvidable amigo siempre. Marcelino Menéndez Pelayo, casi un niño, con una dispensa de edad merecida, aunque por nosotros aquellos días murmurada, llegaba a la más alta magistratura de la Ciencia, y era elegido profesor de la Universidad Central».

Lo que no podía prever Canalejas es que él también moriría ese mismo año, asesinado por un anarquista mientras contemplaba el

escaparse de una librería.

Los viajes constituyen el complemento perfecto de la lectura a la hora de combatir la ignorancia. A lo largo de mi larga vida lo he podido constatar con ejemplos irrefutables, como los dos que tenía delante aquel viernes por la mañana. Menéndez Pelayo apenas había tardado un par de días en concertar una cita con Pascual de Gayangos en la Real Academia de la Historia, establecida ya en la Casa del Nuevo Rezado tras habersele quedado pequeña su sede de la Casa de la Panadería.

El edificio, de grandes proporciones y de apariencia austera, perteneció a los monjes jerónimos de El Escorial hasta la desamortización del treinta y seis por el gobierno de Mendizábal, si bien la Academia se instalaría en el setenta y cuatro, usándose en ese período como almacén provisional de todos los libros que se iban recuperando de los monasterios y conventos suprimidos.

Con su extensa calvicie, su poblada barba cana, su mirada sonriente y su talante bonachón, Pascual de Gayangos transmitía enseguida un aspecto de erudito afable. Marcelino nos presentó en el vestíbulo de la Academia, al pie de las estatuas de la Felicidad y de don Pelayo. Tras el intercambio de parabienes, nos dirigimos a la primera planta por unas escaleras que Gayangos subió con sorprendente vitalidad a pesar de sus casi setenta años.

–Marcelino me ha dicho que está usted interesado en ver qué guardamos por aquí del monasterio de San Millán de la Cogolla, padre.

–Así es, don Pascual.

–¿Curiosidad?

–Digamos que estoy recabando información sobre la biblioteca que existía en Yuso antes de la desamortización.

–¡Qué monasterio más grandioso! Yo estuve allí hace tiempo.

–¿En el cincuenta y uno? –pregunté, tanto con el ánimo de impresionar como de cotejar si Gayangos era el académico de quien me había hablado el doctor Ripoll.

–¿Cómo lo sabe? –dijo, sorprendido, provocando la sonrisa de Menéndez Pelayo–. Ya veo que está usted informado.

–En realidad no estaba seguro –confesé–. Una simple deducción con los datos recabados.

–Pues ha acertado de lleno. Estuve allí en mi época de Comisionado de Documentos Históricos. Menudo viajecito. Entonces no llegaba el tren a Logroño. Y no le cuento nada del trayecto hasta San Millán.

–Ese sigue siendo el mismo –reí.

Gayangos hablaba con un tono que denotaba confianza, si bien yo adivinaba cierta picardía que me resultaba familiar. Parecía no tener prisa por enseñarme lo que yo iba buscando. Sin embargo, no me mostré ansioso en ningún momento. Ya sabía que era mera cuestión de paciencia. Seguimos departiendo aún un rato en el rellano.

–También me ha contado Marcelino que es usted de Logroño. Supongo que eso intensifica su interés por San Millán.

–No lo niego.

–No guardo buen recuerdo de su ciudad –afirmó sonriente, pero con franqueza–. Las autoridades me pusieron todas las trabas del mundo para visitar el Archivo de Amortización y el depósito de libros amontonados en el convento de la Trinidad.

–Tiene usted una memoria prodigiosa –reconocí.

–Aquí ninguno andamos mal de eso –terció Marcelino.

–Será porque la cultivamos –rio Gayangos–. Como para olvidarme de Logroño. Saliendo para allí desde Tudela en un carricoche del tiempo de doña Urraca nos dimos un buen susto. Dormitaba yo, junto a mis compañeros de viaje, un sargento cojo retirado y una italiana más alta y gruesa aún que la Alboni cuando una fuerte sacudida interrumpió nuestro sueño. Coche, mulas, mayoral y pasajeros fuimos a parar a una zanja llena de nieve y de barro. Y ahí fue Troya. El sargento echaba tacos, la *prima donna* cantaba en tiple y yo murmuraba por lo bajo, sin que ninguno de los

tres atináramos a salir –relataba el académico una anécdota que se notaba trillada, provocando nuestra hilaridad–. Yo estaba debajo de la italiana y, poco a poco, conseguí ponerme encima de ella y usar su barriga y sus pechos como escaño para poder enfiar la portezuela y salir de aquella barahúnda. A continuación salió el sargento, quejándose de su reuma. La italiana lloraba y nos insultaba en su idioma, llamándonos malos caballeros, *birbantes* y todo cuanto le pareció.

En este punto, Menéndez Pelayo tuvo que tomar asiento para calmar su risa a carcajadas.

–Se lo está inventando, don Pascual –se atrevió a decir.

–Pongo a Dios por testigo de que no estoy exagerando ni un ápice –manifestó muy circunspecto.

Yo era incapaz de entender cómo Gayangos podía relatar aquella peripecia con esa solemnidad.

–¿Qué ocurrió con la italiana? –acució.

–Acudimos en su ayuda, pero no cabía por las ventanillas. Al final consiguió salir por la portezuela de detrás, que estaba sumida en el barro y la nieve. Y de ahí sí que ya no había manera de sacarla. La italiana se encomendaba a la *vergine* mientras recorría todos los puntos del diapasón.

–Confío en que todo quedara en un susto –comenté, sin contener la carcajada.

–El peor parado fue el sargento, descalabrado y doliéndose de la pierna buena. La italiana se desmayó antes de pedir un confesor. Yo solo me llevé algunas de sus coces.

–¿Y a todo esto, qué hacía el mayoral? –quiso saber Menéndez Pelayo, divertido.

–Nos miraba, impertérrito, como si la cosa no fuera con él. Unos paisanos enderezaron el coche, con el eje roto. Llegué en mula al pueblo más cercano.

–Es usted tremendo, don Pascual –afirmó el santanderino.

–Pues aún tuve trayectos peores. Tengan en cuenta que en esos siete años viajé, la mayor parte del tiempo solo, por más de ochenta poblaciones relevantes. Además visité un sinfín de monasterios dejados de la mano de Dios, del estilo al de San Millán. Calculo que

recorrí unos once mil kilómetros, unas veces en diligencias destartadas y otras en jamelgos perezosos.

En ese instante, tuve que admitir el mérito de la labor realizada por aquel hombre, tan interesado en el conocimiento como nosotros.

–Ya sabe que cuenta con mi más profunda admiración –comentó Marcelino.

–Fue sacrificado, pero valió la pena.

–La documentación recogida por don Pascual es la base del Archivo Histórico Nacional –me aclaró el joven erudito.

–Bueno, si no lo hubiese hecho yo lo habría hecho otro. No todo el mérito es mío. No hubiera sido posible sin el empeño de Luis López Ballesteros y Felipe Canga-Argüelles, ni sin la estimable ayuda de Tomás Muñoz y Romero. Le advierto, padre, que no sé si los libros estarán muy ordenados. Yo mismo le enseñaré la sala donde se encuentran porque desde el fallecimiento en abril de Carlos Ramón Fort no se ha nombrado todavía nuevo bibliotecario.

–No se preocupe, me hago cargo. Seguro que están en mejores condiciones que si estuvieran abandonados.

Gayangos encabezó la pequeña comitiva que recorrió parte de la primera planta hasta llegar a una pieza que tenía un balcón cerrado que daba a la calle de las Huertas. El académico atravesó la sala para abrirlo y permitir que la luz se colara por los cristales para delatar el polvo suspendido sobre los innumerables volúmenes repartidos por las estanterías y por el suelo.

–Mire, padre. Ahí están los códices –declaró Gayangos, señalando la parte central de unos anaqueles de madera.

De repente, me vi como un niño hambriento en una confitería.

–¿Puedo? –solicité.

–Claro, adelante. Sírvase.

Con sumo cuidado tomé entre mis manos uno de los códices al azar. También ellos se pusieron a revisar volúmenes.

–¡Qué delicia! –dije, repasando los pergaminos de un códice que supuse del siglo X o del XI.

–Creo recordar que me traje sesenta y cuatro manuscritos.

–¿Cómo los consiguió? Me cuesta creer que se mantuvieran tantos años allí sin que nadie se los llevara antes.

Por un instante, a Gayangos se le nubló el semblante pero enseguida se recompuso.

–Ya ve. El gobernador de Logroño me juraba y me perjuraba que no quedaba un solo papel en San Millán, que él mismo lo acababa de comprobar en persona. Tuve suerte.

–¿Trató con fray Faustino Matute, el monje exclaustro que guardaba el monasterio?

–Un buen hombre, sin duda. –La voz de Gayangos sonó defensiva; sin embargo, mi curiosidad pudo más que mi prudencia.

–¿No le puso ninguna pega para que se los llevara? –insistí.

–Los códices estaban escondidos tras una pared –en ese punto, Gayangos dudó–. El monje me los mostró pero no parecía muy dispuesto a entregármelos. Para que se curara en salud, le dejé un resguardo por los códices y una nota avisándole de que me los llevaba.

–¿Sin su permiso?

–No eran suyos, padre. Y en ningún sitio estarán mejor que aquí.

Iba a decirle que suyos tampoco, pero no quise menoscabar la cordialidad de la reunión, ni poner en un compromiso a Menéndez Pelayo.

–Ya, entiendo –dije, escuetamente, como entendía el silencio de fray Faustino, que murió con el secreto de la salida de los códices, acaso avergonzado por su celo mancillado.

–Es lógico que a los curas no les guste lo que pasó –respondió Gayangos.

–Guste o no guste, es agua pasada. Más nos conviene mirar al futuro –afirmé.

–Es una sabia manera de ver las cosas, padre –admitió el académico–. Mire, ahí enfrente también tiene libros de Yuso.

Me acerqué para comprobar con sorpresa que aquella pequeña estantería contenía algunos títulos de gran valor. Adormecidos por el discurrir del tiempo, allí había una *Expositio psalorum*, una *Vida sanctorum*, un *Liber scintillarum*, una *Biblia de san Millán*, unas *Colaciones* de Casiano y hasta unas *Etimologías*.

–¡Cuánta joya junta! –reconocí, maravillado–. Es admirable que no haya tenido la tentación de quedarse alguna, don Pascual.

–Tentaciones todas –confesó, sonriente–. No obstante, debía ser consecuente con mis principios.

–¡Pero este *Etimologorium libri* de san Isidoro debió de ser copiado en el siglo X!

–Veo que disfruta lo mismo que yo –apuntó Gayangos–. Haremos una cosa, padre. En cuanto se nombre un nuevo bibliotecario en la Academia, le haré llegar una relación con todos los títulos que tenemos de Yuso. La mayoría de ellos ya están catalogados; sin embargo, nos faltan los últimos que entraron. ¿Ve aquella pila junto al balcón? Llegaron apenas hace un par de meses. Están aquí porque llevan la marca de San Millán.

Me remangué la sotana para agacharme y poder revisarlos desde cerca. Amontonados en el suelo, había ocho ejemplares de menor tamaño de los que acababa de contemplar. Entre ellos, ¡uno con una estrella de cinco puntas grabada en la cubierta!

Menéndez Pelayo aún tuvo la delicadeza de sentarse un rato conmigo en el Café del Prado. Yo intentaba mantener una conversación a la altura de mi interlocutor, pero mi mente seguía en ese cuarto de la Real Academia de la Historia donde, para disimular mi interés por el códice de la estrella, ni siquiera lo había hojeado, dejándolo en el lugar de la pila en el que se hallaba. Fue el joven cántabro quien, quizás leyendo parte de mi pensamiento, me alejó de las digresiones y volvió a sacarme el tema que me preocupaba.

–¿Qué le ha parecido don Pascual de Gayangos, padre?

–Todo un personaje, sin duda. ¿Es cierto que, de no ser por la mediación del marqués de Pidal, habría vendido el códice del *Cantar del Mio Cid* al Museo Británico?

–A saber, padre –me respondió Marcelino, encogiéndose de hombros–. Don Pascual es... don Pascual.

–En cualquier caso, te agradezco que me hayas facilitado la visita.

–Soy un enamorado de ese lugar.

Jamás olvidaría esa frase premonitoria, ya que aquel joven erudito sería un lustro después bibliotecario de la institución para terminar sus días dirigiéndola.

–No me puedo ni imaginar lo que encierran todos esos libros ahí almacenados. Estoy seguro de que muchos no se han abierto en un puñado de siglos.

–Tiene razón. Queda trabajo por hacer. Y mucha historia que recuperar.

–Yo creo que los herederos de los coleccionistas facilitarán la labor con el tiempo.

–Y los libreros, como Nicolás Moya. No es fácil dar con gente tan honrada.

En efecto, Pascual de Gayangos nos acababa de contar que aquellos libros amontonados en el suelo, todavía sin catalogar, habían sido entregados por un librero de la calle Carretas. Nicolás Moya, que regentaba una librería médica desde el sesenta y dos, se habría hecho con ellos sin pagar una peseta porque el destino quiso que entrara un policía en el establecimiento justo cuando se encontraba dentro el hombre que se los intentaba vender. Al creerse descubierto, este se marchó precipitadamente dejando su mercancía sobre el mostrador, por lo que el señor Moya consideró que era robada. Al darse cuenta del valor que podían tener los libros, decidió ponerlos en manos de la Real Academia de la Historia, quizás para que nadie le acusara de perista.

–Cierto. No es fácil –respondí, pensando en que esa tarde realizaría una visita a don Nicolás.

–¿Y qué me dice de los códices, padre?

–De una belleza sublime.

–Algunos tienen glosas.

–En los que yo vi, no descubrí ninguna nota al margen.

A pesar de tenerlos en nuestras manos, ni él ni yo fuimos conscientes de la trascendencia que las glosas de uno de esos códices, el marcado con el número sesenta, tendría para la investigación del origen de la lengua castellana. Menéndez Pelayo no llegaría nunca a saberlo porque las glosas no fueron descubiertas hasta que en 1911 el historiador Manuel Gómez Moreno las transcribió para enviárselas a su amigo Menéndez Pidal, otro gran erudito.

–Pues las había. Es una lástima que no pueda detenerme en esos códices. ¿Por qué no lo hace usted, padre?

–No tengo la paciencia necesaria, Marcelino.

–Pero me ha dicho que su trabajo le deja tiempo suficiente.

–Mi trabajo... –suspiré—. Cualquiera día...

–Cualquiera día cuelga los hábitos.

–¿Tienes el don de adivinar el pensamiento?

–No, padre. Sin embargo, he visto cómo se fijaba en la muchacha de la esquina.

–¿La que está junto a sus padres? –reí.
–¿Ve?
–Tú también lo has hecho, entonces.
–Ya, solo que yo no tengo voto de castidad.
–Voto de castidad no sé, pero novia sí.
–¡Ay! Mi novia...
–Ahora suspiras tú.
–Mi novia es la historia de la literatura, padre.
–¿Vas a decirme que te vas a consagrar en cuerpo y alma al conocimiento?
–No es una afición, padre. Ni un trabajo. Es ansia, es puta necesidad, con perdón. No podría hacer feliz a una esposa, y mire que me gustan las mujeres –confesó, guiñándome un ojo.
–No me digas que aún sacas tiempo de fijarte...
–Para un desfogue siempre hay tiempo, padre –el santanderino hablaba como pensaba, sin medir sus consecuencias.
–Hablas de vivir en pecado –bromeé.
–Hablo de vivir en paz conmigo mismo. Sabe de lo que hablo, padre. No sé por qué me da que la próxima vez tendré que llamarle Pablo –Iba a contestarle, pero me limité a reír–. ¿Ha leído usted *Pepita Jiménez*?
–Eso no es ningún tratado filosófico, imagino.
–Imagina bien –rio él también–. Es la primera novela de mi amigo Juan Valera; quien, por cierto, preside el tribunal de mi oposición.
–No la he leído. ¿Sobre qué versa?
–Sobre un seminarista que, antes de ordenarse, va a su pueblo y allí se enamora de una joven viuda que es novia de su padre.
–No me diga más. El seminarista no llega a ser sacerdote.
–Léala, padre –respondió, jocoso–. Aunque se la publicaron inicialmente por entregas en la *Revista de España*, luego ni se imagina la de miles de ejemplares que ha vendido el bueno de Juan.
Entre risas, concluimos el segundo café antes de que Marcelino Menéndez Pelayo decidiera marcharse. A pesar de que yo siguiera el discurrir de sus éxitos e incluso le viera en ocasiones desde la distancia, aquella fue la última vez que hablé con él.

Pronto fui consciente de la mutabilidad de mis principios morales. Una de las cosas que no se les podía reprochar a los liberales era su preocupación por la influencia de la Iglesia católica en la educación. Los niños son dúctiles ante la manipulación y si son educados en unas creencias les costará media vida desprenderse de ellas, si alguna vez lo consiguen. Aun así, en muchos casos, permanecerá en la adultez de esos niños un estigma de culpabilidad que les acompañará irremediabilmente mientras vivan.

No seré yo quien cuestione el establecimiento entre el bien y el mal por parte de la religión, de cualquier religión, aunque sí considero que en demasiadas ocasiones, su adoctrinamiento se aleja de la realidad mundana y, lo que es peor, de la reivindicación propia de cada individuo.

Acaso mi reflexión no sea más que un intento de justificar mi comportamiento, no ya con el fin de ser comprendido sino de buscar la indulgencia propia.

Durante mis viajes no siempre había recuperado documentos para la Santa Sede manteniendo el respeto a la moralidad, ni siquiera a la legalidad, por lo que me costaba censurar a Pascual de Gayangos. Me decía a mí mismo que emprendía ese tipo de acciones por el restablecimiento de una situación anterior, si bien de forma esporádica caía en mis manos algún ejemplar único que no pertenecía al Vaticano. De ese modo comencé a construir mi particular biblioteca y a negociar con libros y con otras pequeñas antigüedades.

Después de que Menéndez Pelayo saliera por la puerta del Café del Prado, tras haber visitado la Real Academia de la Historia, todavía me quedé un rato ensimismado, repiqueteando con los

dedos en la mesa de mármol mientras perdía la mirada entre mis pensamientos. No hizo falta que ojeara el reloj para saber que había llegado la hora. Aquel mismo día sería el primero de mi nueva vida. Una vida que necesitaba afrontar, por incierta. Determiné que ese mismo fin de semana renunciaría a mi puesto en la nunciatura, quizás también a los hábitos, y abandonaría Madrid.

Aunque carecía de apetito suficiente, mi despedida merecía una comida en Lhardy. Así que me dirigí por Santa Catalina hacia la Carrera de San Jerónimo para llegar al elegante local. Degusté un delicioso besugo al horno sin dejar de planear mis siguientes horas. Era consciente de que mi cerebro necesitaba una siesta. Creo que llegué a dormir con placidez en mi alcoba del Palacio de la Nunciatura. Luego, al caer la tarde, me puse un traje y salí a la calle tras calarme un sombrero hongo. En el bolsillo llevaba unas gafas sin graduar y un bigote postizo, que usaba cuando pretendía ir de incógnito. Al girar la esquina en la calle del Almendro me los puse.

Nada más entrar en la librería me saludó un hombre de frente despejada, barba blanca con largos bigotes y bolsas bajo los ojos.

–¿En qué le puedo ayudar, señor? –me preguntó, solícito.

–¿Es usted don Nicolás Moya?

–Sí, señor.

–Tiene una librería preciosa.

–Llena de revistas y libros de la ciencia del curar. Gracias.

–Verá. Me llamo Óscar Botella. Soy comisario de policía. Vengo de Valladolid.

–Usted dirá, comisario.

–Voy siguiendo la pista de un hombre que se dedica a robar antigüedades.

–Le advierto que no soy ningún perista –dijo don Nicolás, con cierta sorna–. Aquí solo tenemos libros.

–Este hombre también roba libros.

–Veo que sus colegas madrileños le han informado bien.

–Sí –titubeé–. Me han dicho que un hombre de las características que buscamos estuvo por aquí no hace demasiado.

–Así es. A finales de agosto. Les conté a sus colegas lo poco que pude. Además, también le vio un policía de uniforme que interrumpió enseguida cualquier atisbo de transacción. Fue por eso

por lo que ese tipo se asustó y se marchó sin detenerse a recoger lo que traía.

–Ya... Me dijeron que el sujeto era manco, ¿no? –me aventuré a preguntar algo que hasta ese instante solo conjeturaba.

–Lo era y lo es. Le faltaba el antebrazo izquierdo. –La respuesta del librero me alivió.

–¿Edad?

–Rondando los cincuenta.

–¿Iba acompañado de una señorita?

–No lo sé, salvo que estuviera fuera. En la librería, desde luego, entró solo.

–¿Llegó usted a echar un vistazo a esos libros?

–¡Claro! Por eso pensé que el mejor sitio para ellos era la Real Academia de la Historia.

–¿No pensó en entregárnoslos?

–¿A la policía? No se ofenda si le digo que dudo mucho de lo que podían hacer ustedes con esas reliquias. Cualquier manipulación profana sería terrible para esos ejemplares únicos.

–Pero esos libros tenían dueño. Ahora le será muy difícil recuperarlos.

–Que lo demuestre. No creo que le sea tan complicado.

–Los académicos cuando muerden un ejemplar que les interesa no lo sueltan.

–¿Quién era el dueño? –quiso saber el librero.

–Me temo que no se lo puedo decir. Secreto profesional.

–Ya...

–¿Podría describírmelos?

–Disculpe, comisario. Supongo que en la Academia no tendrán inconveniente en mostrárselos, si tanto interés tiene –me comentó, algo contrariado.

–Ya me gustaría. Pero acabo de llegar de Valladolid y es viernes. Me temo que no podré quedarme hasta el lunes.

–Ya... no hay mucho que contar. Tratados de botica, manuscritos con cubierta de piel. Muy ilustrados. En un par de ellos aparecía el nombre de San Millán de la Cogolla en la primera página.

–Le agradezco su colaboración, señor Moya –le dije, elevando levemente mi sombrero para despedirme.

–Y yo le deseo que haya suerte y encuentre a ese hombre, comisario. Que tenga buena tarde.

Asentí con la cabeza y salí a la calle con el convencimiento de que aquellos códices de la botica de San Millán eran los mismos que habían sido robados de la biblioteca del doctor Ripoll. Y, aunque no tenía pruebas, sabía quién podía haberlo hecho.

En otras circunstancias habría esperado a la luna nueva. No obstante, temía que alguien pudiera cambiar de lugar los códigos y opté por entrar cuanto antes en el edificio de la Real Academia de la Historia. Para ello, el día anterior, tras mi visita a la librería de don Nicolás Moya había paseado por sus alrededores desde que declinara la tarde hasta bien entrada la madrugada, estudiando la mejor manera de poder acceder.

Comprobé que la callejuela de Santa María se encontraba menos iluminada que las demás que rodeaban el edificio. Además, el sereno tardaba más de una hora en pasar por el mismo sitio, tiempo suficiente para llevar a cabo mi plan en la noche siguiente.

Por suerte, la Casa del Nuevo Rezado no contaba con demasiadas protecciones. Quizás porque los académicos no concebían que alguien pudiera arriesgarse a ser encarcelado por robar documentos viejos. Únicamente estaban enrejadas las ventanas y galerías del entresuelo y la planta baja, lo que incluso facilitaba trepar a los balcones del primer piso. Sin embargo, la barandilla se hallaba tan pegada a la puerta del balcón que el hueco sobre el alféizar resultaba insuficiente para colarse en él.

Yo no me consideraba ningún neófito en estas lides. El haber salido airoso en situaciones similares con anterioridad me daba confianza. Así que el sábado estuve entretenido con los preparativos, sin dejar de repasar con minuciosidad cuanto debía tener en cuenta, incluido mi permiso del nuncio para ausentarme durante una larga temporada para atender en su enfermedad a una tía en situación de desamparo en Logroño.

Había cambiado de opinión. Mentirle me era mucho más cómodo que solicitarle que mediara en mi dispensa para ejercer el

sacerdocio; lo que, por otra parte, ya tenía decidido. Giacomo Cattani se irritaba sobremanera ante cualquier contratiempo. Que yo quisiera dejar de ser sacerdote suponía un fracaso para él, ya que acarrearía reconocer que no había podido convencerme de lo contrario, con la consiguiente realización de un informe al respecto y su posterior envío a la Sagrada Congregación del Concilio cuyo prefecto, Prospero Catarini, no se distinguía precisamente por su comprensión en este tipo de asuntos. Pensé que lo más conveniente sería esperar a una ocasión mejor para colgar de forma oficial la sotana, la cual aún podía resultarme útil.

Al nuncio no pareció importarle en demasía que me marchara. Tampoco a mí me extrañó. De ese modo, él se ahorra tener que inventarse trabajo para entretenerme. Así que llené un baúl con mis libros y otro con mis ropas para poder salir el domingo a Zaragoza, donde tendría que pernoctar para llegar a Logroño al día siguiente. Dejé fuera algunos de los útiles que solía usar en mis misiones clandestinas, poco habituales en el equipaje de un sacerdote, como un arnés de caballería adaptado a mi cuerpo.

Ya de noche cerrada salté por la ventana de mi alcoba a la travesía del Almendro. Caminé con serenidad, procurando no tropezar con nadie, con un gran hatillo colgado en bandolera. Bajo la capa llevaba un mechero de más de medio metro con el que los faroleros manipulaban las llaves de gas, comprado por la mañana a un chamarilero de Lavapiés. También recogí una piedra durante el trayecto.

Cuando se alejó la figura del capote gris, que acababa de gritar «¡las dos y nublado!», me dispuse presto a apagar los dos faroles que alumbraban la fachada de la Casa del Nuevo Rezado. La calma se extendía por toda la calle Santa María, sin que hubiese nadie que la transitara. No obstante, preferí dejarla en penumbra para trepar con tranquilidad después de colgar la capa en una verja y ceñirme el arnés entre los muslos y la cintura.

Al llegar a la parte superior de la reja de la planta baja, coloqué un garfio en la barandilla del piso superior hasta el que ascendí con la ayuda de una pequeña soga. Rápidamente enganché el arnés a los barrotes con el fin de poder maniobrar con las dos manos.

Extraje una manta del hatillo para cubrir el cristal, de manera que este no pudiera precipitarse sobre la calle.

Se acercaba uno de los momentos más delicados.

Con un martillazo seco golpeé donde calculaba que debía de estar la manija, aguantando la respiración. El cristal cayó hecho añicos hacia dentro. El estrépito duró unos pocos segundos en los que, con presteza, me descolgué hacia la calle para esconderme entre las sombras y cerciorarme de que nadie se hubiera alarmado por el ruido. Vi pasar a una pareja tambaleándose por la calle del León pero parecía borracha. Por lo demás, reinaba el silencio.

Volví a subir del mismo modo que antes, con la ayuda del garabato, aunque esta vez pude colarme en el edificio con la facilidad prevista en apenas un par de minutos. Una vez dentro encendí un pequeño farol en busca de la salida. No sin cierta contrariedad observé que me encontraba en un despacho y no en una de esas salas donde se acumulaban libros, por lo que sospeché que la puerta al pasillo estaría cerrada, como así fue. Sin embargo, la cerradura cedió dócil seducida por las caricias de mi ganzúa.

Una vez que me orienté, me resultó fácil llegar a la estancia en la que se almacenaban los libros de San Millán de la Cogolla, en la que tuve que usar de nuevo ese alambre que me había abierto más puertas que cualquier salvoconducto.

Me reconfortó el aroma a madera de los estantes, unido a esa mezcla tan agradable de humo, tierra y vainilla a que a mí me huelen los libros viejos; si bien no me detuve hasta agacharme junto a la pila del suelo al lado del balcón. Allí seguían los códices de la botica. Cogí solo el que me interesaba para que nadie pudiera echarlo en falta, si alguna vez ocurría. Al no estar inventariado dudaba que el próximo bibliotecario llegara a saber siquiera de su existencia. Casi ni si se notaba en el montón la ausencia del ejemplar de la estrella de las cinco puntas.

Cerré la puerta tras de mí, más inquieto por tener al fin el libro en mi poder que por la posibilidad de ser descubierto. Con mi farol ya apagado, me asomé al balcón por el lugar por el que había entrado y, después de comprobar que todo seguía en calma, dejé la piedra en el suelo de la habitación entre los cristales y envolví unos cuantos pedazos de vidrio en la manta para enseguida bajar por

última vez. Todavía esperé un rato entre las sombras antes de esparcir los cristales en los adoquines y volver a girar la llave de los faroles para encenderlos.

Me cercioré de que no me dejaba ninguno de mis bártulos y, antes de doblar la esquina, me detuve para mirar con sosiego la fachada de la Casa del Nuevo Rezado. Nada hacía suponer que terminaba de ser asaltada. Con las luces del día, lo más que podría suponerse era que algún desaprensivo había lanzado una pedrada.

Deambulando por la noche madrileña hasta el Palacio de la Nunciatura, con la sonrisa en mis labios, se me agolpaban un sinfín de sensaciones, entre las que no se encontraba el remordimiento.

Pasé el resto de la noche hojeando el tratado que acababa de rescatar del olvido en la Real Academia de la Historia, primero con avidez y luego deteniéndome en cada página, fascinado por la belleza de sus ilustraciones. Su escaso texto estaba escrito en una lengua que yo ignoraba, por lo que no tenía forma de saber con exactitud sobre qué versaba. Apenas se adivinaban elementos religiosos, por lo que en el caso de que el viejo boticario tuviera razón y en el libro se hablase sobre la eternidad, esta no parecía metafórica ni celestial. Nada hacía adivinar algo que se refiriese a la salvación de las almas por la gracia de Dios.

Si bien pretendía convencerme de mi propio escepticismo, tampoco me engañaba respecto a su relatividad. De otra manera, no me habría arriesgado tanto para tener ese libro en mi poder. Me sentía inquieto, sabedor de que mi desasosiego no procedía de mi razón sino de mi instinto. Nadie en su sano juicio podría imaginar que sus manos albergasen el secreto de la prolongación de la vida. Y yo me consideraba cuerdo, o eso creía. Sin embargo, no entendía por qué mis dedos temblaban con el mero roce de la vitela que protegía aquellas hojas de pergamino.

Daba la sensación de que el tratado contenía un herbario por los dibujos de plantas, algunas de las cuales no podía identificar con precisión. Una de las ilustraciones se asemejaba a un girasol; no obstante, dado que esta planta procedía de América, no me encajaba con la fecha que yo le calculaba al manuscrito. Quizás se tratara de una margarita o de una camomila. Del mismo modo, se representaban variedades de helechos y cereales que yo desconocía.

Yo no gozaba de excesivos conocimientos de alquimia, pero sí los suficientes como para reconocer un grimorio. Y aquel libro no solo iba de botánica, porque también cabían algunos animales en su calidad de símbolos alquímicos: un águila negra, un león y una leona recostados, un dragón sin alas, un cisne sangrando, un pelícano, un perro devorado por un lobo, pájaros volando, un toro, un conejo...

Obviamente, en aquel maremagno de ilustraciones y textos, aparecían formas tradicionales geométricas, amén de otros elementos de la naturaleza. Me sorprendió que incluyera una estrella de ocho puntas y ninguna de cinco, salvo la grabada en la cubierta. No obstante, lo que más llamó mi atención fue el dibujo del agua manando por una pequeña cueva rodeada de verdor, que enseguida me recordó al paraje donde más tarde se construyó la Fuente de los Frailes, allá por 1717.

Si mi interpretación resultaba correcta, cabían dos posibilidades: o el grimorio nació en San Millán o bien el copista se permitió la licencia de recrear un sitio familiar a la hora de dibujar la fuente. Lo más factible, desde la lógica, era la primera opción. Máxime cuando a la derecha de aquella hoja se incluía manuscrita una nota al margen con tinta de vino.

La luz del alba colándose por la ventana me recordó que debía tomar un tren en un par de horas en el embarcadero de Atocha. Así que cerré el libro, cuyas ilustraciones ya casi tenía memorizadas y me dispuse a abandonar Madrid. A pesar de que lo llevé conmigo, no volvería a abrirlo hasta no quedarme solo en la fonda zaragozana.

Durante el trayecto, con la mirada puesta en el paisaje, mi mente fantaseaba sin que yo pudiera contener mi imaginación. ¿Sería capaz de descifrar aquel jeroglífico alquímico? Enseguida deduje que no se trataba de una empresa fácil. Y en el caso de que llegara a conseguirlo, ¿con qué me encontraría? ¿Acaso con un remedio para prolongar la vida? Mucho se había escrito, en especial durante el medievo, sobre la búsqueda de la sustancia de la piedra filosofal con la que se podría transformar los metales en oro y que además contenía el secreto del rejuvenecimiento humano, el elixir de la

eterna juventud. Incluso el mismo Newton creyó dar con la fórmula del *mercurio sófico*, base de la piedra filosofal.

Me costaba creer que un mismo compuesto alquímico sirviese tanto para la mutación de metales como para crear una pócima que evitara el envejecimiento. En realidad, me resistía a pensar que pudiera existir esa sustancia.

Y sin embargo, desoía los razonamientos de mi lógica y seguía elucubrando con todo el abanico de posibilidades que se abría en el caso de que aquel códice desvelase alguno de los misterios contra los que las mentes más inquietas de la humanidad habían batallado durante siglos. ¿Conseguiría yo la fórmula? ¿Y si no fuera efectiva? ¿Y si conllevara el efecto contrario al pretendido? ¿Me arriesgaría a morir a cambio de una hipotética longevidad? ¿Habría de beberse de una sola vez o serían necesarias dosis periódicas? ¿Sería la mía la única copia existente de ese grimorio? En el caso de descubrir el secreto, ¿lo compartiría con alguien?

Me planteaba todas esas cuestiones casi como un juego. Sin querer llegar a imaginar el momento en que eso podría suceder, ni en reconocer que quizás me estaba convirtiendo en una persona nefelibata. Pero... ¿acaso no es lícito que las ensoñaciones nos alejen de la realidad?

Alfonso XII fue, sin duda, el rey más querido de la historia de España. No en vano, tras su regreso del exilio acompañando a su madre Isabel II, venía dispuesto a «ser el padre de todos los españoles, no para adular las pasiones de unos y otros», según sus propias palabras. Gracias a su simpatía innata y a su carácter sencillo e ingenioso, logró el afecto del pueblo desde que fuera proclamado rey en enero de 1875 por las Cortes, cuando solo contaba con diecisiete años.

Tuvo que ver que su propósito inicial consistiese en devolver la paz a España, poniendo fin a su tercera guerra civil del XIX, para lo cual no dudó en incorporarse al Ejército del Norte en Tudela, llegando incluso a estar a punto de caer prisionero en la batalla de Lácar. Sin embargo, al año siguiente conseguiría entrar triunfalmente en Pamplona, provocando la posterior huida de don Carlos María de Borbón, que –a pesar de su grito de «¡Volveré!»– habría de renunciar para siempre a su pretensión de reinar en España.

Tras la guerra, Alfonso XII respetó con honores a todos los condecorados del otro bando y mantuvo los títulos nobiliarios concedidos por su rival en el trono. Con esta incorporación de los vencidos sin agravios en el seno de la restauración monárquica, el joven rey se ganó el sobrenombre del Pacificador.

Aquel lunes de octubre del setenta y ocho en que yo hacía mi entrada en la estación, Logroño también recibía a Alfonso XII procedente de unas maniobras militares en Álava donde además visitó la perforación de un pozo artesiano en la Plaza Vieja de Vitoria. En realidad, el Pacificador llegaba a la capital riojana con el único propósito de reunirse con el Pacificador por antonomasia de antaño, el general Espartero, con quien ya había departido tras la

victoria en la última guerra carlista. Sin embargo, en esta ocasión, el encuentro resultó más recogido, sin más celebraciones en las calles que el acompañamiento silencioso de los logroñeses, respetando el luto de ambos estadistas por el reciente fallecimiento de sus respectivas esposas.

Días después, cuando Alfonso XII regresaba a sus aposentos reales, sería objeto de un atentado por parte de un joven tonelero tarraconense, que le disparó sin llegar a acertar frente a la farmacia de la Reina Madre en la estrecha calle Mayor. Este fue el primero de los muchos atentados perpetrados por anarquistas en los años siguientes. El frustrado regicida sería condenado a garrote vil. A pesar de la petición de indulto por parte del rey, la sentencia se llevó a cabo, si bien Alfonso XII otorgaría a la viuda de su agresor una pensión perpetua, pagada de su propio peculio. Detalles como ese le granjearon el reconocimiento de su pueblo. Fue una lástima que muriera tan joven, dejando en el vientre de su segunda esposa un hijo póstumo que luego reinaría con el nombre de Alfonso XIII.

En esa época, no solo los Pacificadores guardaban el luto.

A primera hora de la tarde, tras permitir que Esther me hiciera fiestas por mi regreso, decidí visitar a Lucía, quien me recibió con sincera alegría. Nunca me atreví a preguntarle por sus sentimientos hacia su marido, ni el por qué de su matrimonio, pero la noté muy afectada. En la casa, los sirvientes vestían de negro y los relojes estaban parados a la hora exacta del fallecimiento del doctor Ripoll.

Lucía llevaba un luto riguroso y la encontré demacrada. Me invitó a sentarme en el mismo sofá en que lo hicimos la última vez que nos vimos, aunque a ella se la veía distante, diría que ausente. Aun así, yo no podía impedir mi embelesamiento al mirarla. Sin duda, Lucía era mi lar, el lugar en el que realmente yo me sentía cobijado.

Absorto como estaba en ella, no me fijé en su incipiente barriga.

–Estoy embarazada, Pablo.

Aquellas palabras me aturdieron.

–¿Tendrás un hijo póstumo de tu marido? –fue lo más inteligente que atiné a preguntar.

–Ya ves –respondió con una mueca que no llegaba a sonrisa.

–No sé qué decir.

–No tienes que decir nada. Ya ves –repitió–. Es caprichoso el destino... o Dios. Tantos años intentándolo y justo llega cuando me quedo sola. –A pesar del contenido de sus palabras, su voz no sonaba lastimera sino resignada.

–Bueno... –Yo buscaba decirle algo que no pareciera condescendiente–. A lo mejor el destino ha pensado que esta es una buena manera de no estar sola.

–¿El destino? ¿Te olvidas de Dios?

–No, Lucía. No me olvido –sonreí–. ¿Cómo hacerlo con estos hábitos?

–En este caso, el hábito no hace al monje.

–¿Qué quieres decir?

–Ya te lo dije en junio. Me cuesta verte como sacerdote.

–Pues lo soy. Mira, para que no se te olvide... ten –le dije, extrayendo de mi cartera un pequeño retrato en el que llevaba la sotana.

–¿Es para mí?

–Solo si lo quieres.

–¡Gracias! Eres el cura más guapo del mundo –comentó con dulzura–. ¿Te quedarás esta vez más tiempo por aquí?

–Es posible –respondí, halagado.

–¿Puedo decirte algo?

–Claro. Siempre.

–No te veo muy centrado.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Que no eres feliz. Ignoro si es porque has perdido tu vocación.

–No sé qué contestar a eso –musité.

No le faltaba razón y más en ese momento en el que yo trataba de salir de mi desconcierto, de ordenar mis ideas sin atreverme a realizar ninguna afirmación que me comprometiera. Acaso por prudencia, o acaso por pura cobardía.

–No tienes por qué contestar.

–Estoy bien –aseveré–. ¿Y tú? Disculpa que te pregunte. ¿Te quedas en buena situación?

–Por eso no te preocupes.

–Puedes contar conmigo para lo que quieras. No soy rico; ni tampoco un cura de sotanas raídas, que conste.

–¡Ya lo veo! –rio–. No tendré problemas para salir adelante. Luis compró fincas que nos proporcionan buenas rentas. Ahora son más. Tengo hasta viñedos. Algún día quizá incluso me dedique a explotarlos yo misma.

–Celebro oír eso. En cualquier caso, no dudes en solicitar mi ayuda si alguna vez la necesitas.

–Así lo haré, Pablo. Eres un encanto. Confío en que si te quedas una temporada en Logroño nos veremos alguna que otra vez... con discreción. Si bien me gustaría pasear contigo, prefiero no levantar murmullos.

–¿Te importan?

–¿Los chismes? A mí no. Es por lo que llevo dentro. No me gustaría que se mofaran llamándole el hijo del cura.

–Pero...

–Ya sé. No es tuyo. Pero imagínate. Quince años esperando embarazarme. Y me quedo cuando apareces tú. No es fácil abstraerse, Pablo.

–No sé a qué te refieres. ¿Te relacionan conmigo?

–De momento, no... que yo sepa.

–¿Entonces?

–No quiero dar pábulo a rumores que pudieran dañar a mi hijo el día de mañana. La gente se aburre, la mayoría no tiene vida propia y le encanta meterse en las ajenas. ¿Sabes lo que se dice de mí?

–¿A qué te refieres?

–Hace tiempo que llegó a mis oídos que Luis tenía una amante.

–¡Vaya! –exclamé sin atreverme a preguntar.

–En este caso creo que el rumor no carece de fundamento.

–¿Lo sabías?

–Sí.

–¿Incluso quién era?

–Claro. Logroño sigue siendo un pueblo. La chica esa que va por ahí exhibiéndose con su velocípedo. No sé si llegaste a verla. Actuó en San Bernabé.

–Sí que la vi. ¿No le dijiste nada a tu marido?

–¿Qué podía decirle? Yo no podía competir con su juventud ni con su descaro.

–En eso te equivocas. Ya le gustaría a ella tener tu clase y tu elegancia, por muy condesa Filomena que diga que sea.

–Gracias –volvió a reír–. Si hasta sabes su nombre.

–La gente habla demasiado. Y además tengo un periódico local.

–¿Un periódico? Ya iba siendo hora de que volviera a editarse uno en Logroño.

–No de papel –bromeé–. Mi noticiero se llama Esther y es la dueña de la posada.

–¡Ah! ¡Qué tonta! –respondió entre risas–. ¿Te burlarás de mí si te digo que lo lamento un poco por la condesita?

–¿Hablas en serio?

–Claro. ¿Por qué no? Luis, a pesar de su talante algo altivo y de sus enojos esporádicos, era un buen hombre. Seguro que ella le llegó a tomar cariño. ¿Sabes? Es muy culta.

–¿Cómo lo sabes?

–Luis llegó a presentármela como paciente suya. Y a veces venía a la biblioteca porque le encantaban los libros.

–Discúlpame si te digo una tontería.

–Adelante.

–¿Pudo ella haber cometido el robo?

–No lo sé. Es posible. En cualquier caso, me da igual. A mí Luis nunca me llegó a enseñar los libros que escondía. Si se los mostró a ella por algo sería. En rigor, si ella conocía de su existencia, tiene más derecho que yo a tenerlos.

–¿Cómo puedes pensar de este modo? –le pregunté, sin decirle que yo sí sabía de la intervención de esa joven en el robo, ni que yo tenía uno de los códigos precisamente guardado bajo la sotana, ya que no estaba dispuesto a separarme de aquel ejemplar.

–Porque no tengo intención de vivir con rencor.

–Así que no la has denunciado.

–No. No dispongo de pruebas. Y aunque las tuviera, tampoco lo haría.

–Eres una mujer increíble –le dije, tomándole sus manos frías–. Y preciosa.

–Eso me lo dices tú, que me miras con buenos ojos.

–A veces me alegra permanecer tanto tiempo fuera. De esta manera me ahorro ser objeto de murmuraciones.

–No hablarás en serio –me respondió, risueña.

–¿Me equivoco?

–Un poco.

–¿Qué ocurre? ¿Qué dicen de mí? Quizás no debí jugar ese partido de pelota.

–Jugaste de maravilla. Anda que no estoy yo orgullosa. Es una pena que no pueda exhibir mi orgullo –rio–. Pero no, no se trata de eso. O al menos, no solo de eso. Si bien es verdad que el que te hayas hecho tan popular ha servido para que la gente te ubique.

–¿Entonces?

–¿No lo sospechas?

–No. No me digas que tiene que ver contigo.

–Tampoco. ¿Acaso tú y yo tenemos algo que ver? –preguntó con picardía.

–Lucía... –la reñí, condescendiente.

–Me han llegado rumores de que tu madre tuvo amores con un joven militar –me confesó, apretándome aún más las manos.

Aquella revelación me dejó noqueado. En ese instante no tenía claro si quería saber más sobre el asunto y dudé si preguntar. No obstante, era consciente de que tarde o temprano mi curiosidad me dominaría, así que opté por continuar con aquella conversación ya que, fuese lo que fuese, prefería escuchar la historia de los labios de Lucía.

–¿Sabes algo más? ¿Fue un amor de juventud o ya de casada?

–Quizás no debía habértelo contado.

–Quizás –repetí, sonriente–. Pero ahora tienes que terminar. ¿Cuándo ocurrió? ¿Ese joven militar se hallaba de paso?

–Al parecer lo va contando una anciana mujer de Zurrerías.

–Es la calle donde nací y me crié. Esa señora tuvo que ser vecina nuestra.

–Por eso el rumor cobra más fuerza. Dice que ocurrió por el año cuarenta o cuarenta y uno. Y que el joven militar acababa de ser nombrado ayudante de campo del general Espartero –dijo, con naturalidad, dejándome sin palabras–. ¿Sabes de quién te hablo?

Vi el rostro alarmado de Lucía al darse cuenta de mi estado de shock. Tras unos segundos de asimilación, conseguí asentir.

–Sí.

–Lamento habértelo dicho. No pensé que fuera a afectarte tanto. Nunca te había visto así. Al fin y al cabo no es más que un cotilleo, Pablo. Posiblemente, sin fundamento. Te lo conté casi como un juego –comentó Lucía, apesadumbrada, acariciándome las manos.

–No te preocupes. Te lo agradezco –respondí en medio de un intento de sonrisa, sin poder dejar de pensar en que aquel chisme tenía toda la lógica del mundo y que Luciano Murrieta, en efecto, podía ser mi padre.

La visita a Lucía me había dejado aturdido. Estaba enamorado de una mujer que esperaba un hijo de su marido fallecido. Y que, por otra parte, me acababa de contar ese rumor que a mí en principio no me apetecía verificar.

No me hubiese costado acercarme a ver a mis vecinas de mi infancia. Sin embargo, ¿qué les iba a preguntar? Y además, de poco me valdría su opinión. La única persona que podría saber la verdad con certeza llevaba muerta demasiados años. Quizás Luciano Murrieta también lo supiese, pero yo no estaba dispuesto a mantener esa conversación con él. ¿Qué ganaba con eso? Prefería mantener nuestra relación afectuosa, sin necesidad de ponerle en el compromiso de una confesión o de una mentira.

Aun así, y a pesar de no tener apetito, decidí cenar en la posada para conversar con Esther.

–Padre, hoy he preparado un guiso de borraja con patatas, que se va a chupar los dedos –me dijo, dejándome el plato sobre la mesa.

–Tiene una pinta estupenda –respondí, engañando a mi desgana.

–Dele hoy al tinto, que no trae buen color.

–Será el cansancio del viaje. Nada que no pueda arreglarse con una buena cena y unas horas de más en la cama.

–Y un par de vasos de vino... por lo menos. No lo olvide –insistió antes de alejarse para atender a los tres comensales de la única mesa ocupada, desde la que me llegaba el olor a la canela de la compota que tomaban.

Comí las borrajas con lentitud, como si necesitara acopiar fuerzas para masticar. Lo cierto es que apenas había probado

bocado en tres días y a medida que mi estómago se iba asentando, mi apetito aumentaba. Quizás tuvieran que ver los dos vasos de vino que llevaba. Esther me puso el segundo plato sobre la mesa mientras canturreaba una jota de la zarzuela *El postillón de La Rioja*, aprovechando que ya estábamos solos. Tuve que mirar hacia otro lado para no fijarme en exceso en el generoso escote de su blusa, aunque lo que no pude evitar fue que me llegaran los efluvios a jazmín de su piel.

–¿Más comida? –protesté sin excesivo convencimiento.

–¡Venga, padre! Está muy delgaducho. Que Roma y Madrid serán muy grandes y muy bonitas, pero seguro que no ha comido usted tan bien como en La Rioja.

–Tan bien como en esta casa –maticé.

–¡Ay, qué adulator es usted! Menos mal que es cura y no tiene peligro. ¡Hala! A comer. Ya verá qué delicia de fritada con huevos escalfados.

En honor a la verdad, aquel sofrito presentaba un aspecto inmejorable. Y si hay algo que a mí me pirra en este mundo son los huevos, especialmente fritos, mojados con un buen pan recién horneado.

–Esther... tengo una pregunta que hacerle.

–Usted dirá.

–¿Se sienta conmigo?

–¡Uy! Me está dando miedo, padre. ¿Tan importante es eso que tiene que decirme? No me diga que he hecho algo malo. ¿He metido la pata?

–No, mujer –sonreí—. Es solo que me va entrar tortícolis de mirar hacia arriba.

–Si quiere me inclino.

–¡No! –exclamé para luego bajar la voz—. No... quiero decir que no es necesario. Siéntese, ande.

–¡Uy! ¡Cuánta ceremonia! –respondió, tomando asiento frente a mí.

–Tranquila, que no la voy a confesar.

Intuí que reprimió un suspiro al mirarme.

–Padre, que me está usted dando miedo. Que hasta me tiemblan las piernas.

–Mire que es exagerada –reí de buena gana a pesar de que estuviese intentando mostrar seriedad–. Le voy a hacer una pregunta delicada. Y sé que es mucho pedirle si le digo que me gustaría que me guardara el secreto.

–¡Padre! Que no digo yo que no se me vaya la lengua de vez en cuando, pero un secreto sé guardarlo. Y más si me lo pide usted de esa manera –Esa vez el suspiro le salió de dentro–. Y no me mire usted así, por el amor de Dios.

–¡Esther!

–¡Ay padre! Que estoy muy nerviosa. Usted disculpe.

–Esther... ¿Qué le han dicho de mí?

–¿Quién?

–En general. ¿Qué se rumorea de mí?

–¡Uy, padre! ¡Menuda pregunta!

–Vamos... –requerí.

–¿Quiere usted saberlo todo?

–Absolutamente todo.

–Que no sé por dónde empezar, que ya le he dicho que estoy muy nerviosa.

–Desembuche.

–Pues que es usted muy guapo.

–¿Le parezco guapo? –le pregunté para torturarla un poco.

–¡Madre María Santísima! –respondió, persignándose tres veces a toda velocidad.

–Era una broma –reí–. Continúe, por favor.

–Bueno...se dice... –Me miró un segundo, para acto seguido bajar la vista a la mesa–. Se dice que usted y la viuda del médico son muy amigos.

–Ya... ¿y?

–Que fueron novios antes de que usted se marchara a Roma.

–¡Eso no es cierto!

–¡Ay, padre! No vaya usted a matar a la mensajera, que soy yo. Que solo digo lo que se oye. Que usted me lo ha pedido.

–Tiene razón, disculpe. ¿Algo más? Que los cuatro meses que he faltado de Logroño dan para mucho.

–No, que yo recuerde. ¿Le parece poco? –me respondió, sin mirarme a los ojos.

–Me está mintiendo. Va a tener que confesar. Conmigo, si quiere.

–¡Ay, padre! Sí que es usted persuasivo. ¿Se dice así?

–Se dice así.

–Las malas lenguas, ya sabe, hablan de que es usted hijo del marqués de Murrieta –contestó al fin, bajando tanto la voz que me costó entenderla.

–Gracias. Es lo que quería saber –le dije, sonriente.

–¡Qué mal rato me ha hecho pasar! –me reprochó al tiempo que se levantaba–. Y ande, deme el plato que se lo caliente un poco.

La posadera apenas volvió a abrir la boca, ensimismada en sus pensamientos, al igual que yo. Opté por probar la compota y terminarme a solas la botella de vino después de que Esther se retirara. Por suerte, tenía la cama cerca. Tambaleante, subí los escalones. Me extrañó ver entornada la puerta de la habitación de Esther, de la que emanaba una luz muy tenue. Titubeé unos instantes, pero mi falta de consciencia me incitó a mirar dentro de soslayo. Apenas me atreví a fijarme en su cuerpo desnudo que yacía hermoso, al titilar de una vela, con una mano entre sus piernas. Si bien ella aparentaba dormir, aceleré el paso hasta mis aposentos persignándome para mis adentros.

Todavía tuve ánimo de abrir el códice de San Millán mas, vencido por el sueño, me quedé dormido con él sobre mi pecho, embriagado además por la reciente visión de Esther, de quien dudé que se hubiera dejado la puerta abierta por descuido.

Jamás le comenté mis sospechas a Luciano Murrieta, y eso que con los años fuimos ganando en afecto y confianza. Él fue una de las pocas personas con las que mantuve una relación duradera, si bien cada vez más epistolar. Lloré su muerte en noviembre de 1911, e incluso acudí a su funeral en Santurce.

A pesar de que llevara más de tres lustros sin verle, me legó su biblioteca.

De nuevo me hallaba perdido en mi ciudad. Había vuelto a ver a Lucía unos días después en el cementerio, poniendo flores a sus difuntos el Día de Todos los Santos al igual que yo. Sin embargo, la noté distante tras su velo negro. Mi torpeza no me permitió averiguar si prefería no mantener contacto conmigo en público o si simplemente yo no significaba nada para ella. Aquel encuentro resultó tan frío como el mármol de las tumbas que nos rodeaban.

De vuelta a la posada, determiné que debía marcharme sin tener muy claro el destino. Pero lo que sí sabía era que tarde o temprano descifraría ese grimorio. Y es que, a pesar de mis escasos conocimientos de alquimia de entonces, ya había realizado algunos progresos.

Tras sopesar los pros y los contras, decidí comprar una casona a las afueras de San Millán de la Cogolla, muy cerca de la ermita de Santa Potamia, en la que fui guardando mi ingente cantidad de libros. De vez en cuando comerciaba con algunos y pronto fui capaz de competir en la sombra con los marchantes europeos más reputados. Acomodé la casa a mi gusto, con escaso mobiliario más allá de un antiguo escritorio del monasterio, de las numerosas estanterías que cubrían las paredes y de una enorme mesa llena de probetas, balanzas, recipientes y botellas con los contenidos más variopintos.

Aquel primer invierno, aislado por la nieve, al abrigo de la chimenea, me sirvió para apreciar la felicidad de la soledad elegida.

No obstante, hasta allí llegaron las noticias de la muerte del general Espartero en enero del setenta y nueve. Poco más de medio año resistió la ausencia de su chiquita. Y no niego que sentí lástima por su fiel amigo y escudero, Luciano Murrieta.

Salvo al marqués y a Lucía, con los que mantenía alguna correspondencia esporádica, no comuniqué a nadie dónde vivía. En uno de mis viajes a Madrid presenté mi renuncia sacerdotal a Giacomo Cattani, poco antes de que se fuera de España. La aceptó a regañadientes, pero mi decisión estaba tomada.

Aquel año me dediqué a viajar por toda Europa en busca de viejos libros de alquimia que me ayudaran a comprender el grimorio. También realicé numerosas consultas a los mejores lingüistas del mundo, a los que les facilitaba extractos de los textos de mi tratado, no consiguiendo más que un sinfín de elucubraciones que si bien no me sirvieron más que para realizar descartes, también me pusieron sobre la pista de lenguas semíticas como el hebreo antiguo.

Antes de llegar la primavera del ochenta, mi interpretación escrita del código de la estrella de las cinco puntas ocupaba diez veces más que el propio grimorio. Algo me decía que me encontraba cerca de resolver el enigma. Aun sin haber entendido todavía el lenguaje, había conseguido acercarme a la fórmula que allí se escondía a través de combinaciones más simples de lo que parecía en un principio.

Por aquel entonces, el agua que bebía ya procedía de la Fuente de los Frailes a la que, después de aquella primera experiencia, no volví andando sino en mula.

Si algo me distinguió siempre fue la paciencia... y mi obstinación. Ignoraba qué pasaría si llegaba a descubrir el secreto, pero puse todo mi afán en ello.

Un mediodía soleado de mediados de marzo sonó la aldaba de la puerta. Ensimismado en mis estudios, me incorporé perezoso a abrir sin intentar adivinar quién podía ser, ya que apenas acudía nadie a mi casa. Sonriente, con el pelo recogido bajo una chistera lila a tono con su chaqueta y su larga falda, más bonita que nunca, allí estaba ella.

—¡Lucía! —exclamé sin saber muy bien cómo recibirla.

—Hola, Pablo. Se me hace raro no besarte las manos, ahora que ya no eres sacerdote —me dijo con dulzura.

No me lo pensé. Me acerqué a ella, obligándola a dejar su pequeña bolsa de viaje en el suelo y nos fundimos en un abrazo, en

un largo y cálido abrazo hasta dejarme embriagar por su aroma de perfume parisino.

–¡Qué guapa estás! ¡Y qué bien hueles!

–Me he permitido esta pequeña licencia, a pesar de estar aún de medio luto. Pero aquí no hay nadie que me conozca –confesó, con una pícaro sonrisa que resaltaba sus hoyuelos.

–¿Cómo has venido? ¿Estás sola?

–No ha sido fácil. Sabía que andabas perdido aunque no me imaginaba que tanto –dijo, eludiendo mis preguntas.

–¡Has venido a caballo!

–Me escribiste una vez que aquí solo se llegaba a caballo o en carro, y no me veía yo entre pajas –bromeó.

–Has cometido una temeridad –le reproché.

–¡Bah! Me ha resultado muy agradable. Hacía tiempo que no me sentía tan libre.

–Eso lo entiendo.

–He dejado a My Lady a la vuelta.

–La meteremos en el cobertizo.

Apenas podía creerme que ella estuviera allí, a solas conmigo. Después de desensillar su yegua, le invité a tomar asiento en el comedor, junto a una ventana por la que se filtraba el color de una anticipada primavera.

–Te veo estupendo.

–Pues no me cuido –reí mientras cortaba algo de queso camerano–. Tú sí que estás preciosa. Como lo estará tu hija.

–Lucía es una muñeca. Cumplió un año el día veintiocho.

–Lo sé.

Mi improvisada huésped miraba solazada cada detalle de cuanto la rodeaba.

–¡Hay libros por todas partes!

–Disculpa el desorden. Nunca espero visitas.

–¡Me gusta mucho! Veo que hay infinidad de códices. ¡Y un cuidado laboratorio! ¿Qué estudias?

Titubeé unos segundos. Ignoro por qué no quise mentirle. Tal vez porque, en el fondo, me apetecía compartirlo con ella.

–Tienes que guardarme el secreto.

–Claro, Pablo. Uno más. Sabes que puedes confiar en mí.

–Busco el elixir de la eterna juventud –aseveré con tono serio.

Ella abrió mucho los ojos, me miró sorprendida y finalmente soltó una suave carcajada.

–¡Eres genial! –rio—. Me encanta tu sentido del humor.

–No bromeo.

–Ya, ya, claro –respondió risueña—. No te preocupes, no me importa que me tomes el pelo. Eres muy divertido.

No insistí. Al fin y al cabo, Lucía llevaba razón. Nadie podría imaginarse que una persona en su sano juicio perdiera años de su vida en la búsqueda de una quimera.

–Me gusta verte reír –coqueteé.

–Y a mí tu estilo de vida.

–¿A qué te refieres? ¿A hacer lo que me apetezca o a vivir aislado?

–Es un poco lo mismo.

–Supongo que todo el mundo anhela lo que no tiene. Y si llega a tenerlo anhela otra cosa distinta. La naturaleza humana es inconformista –aseveré, dejando el plato de queso en la mesa y sirviendo dos copas de vino tinto.

–No creo que sea cuestión de la condición humana sino de cada persona. Por mi experiencia, cuanto más inteligente se es, más posibilidades se tiene de ser inconformista.

–¿Tú crees?

–No tengo más que mirarte.

–¿Brindamos? –sonreí.

–Por nosotros.

–Y por Lucía –concluí, chocando las copas.

Tras unos instantes de feliz silencio, degustando el vino que me regalaba el marqués de Murrieta, Lucía Garay se atrevió a hablar.

–No me has preguntado qué hago aquí.

–¿Ocurre algo?

–Nada grave, Pablo. Tenía la necesidad de saber de ti, de verte sin sotana. Alejados de miradas indiscretas. Creo que no me porté muy bien contigo después de la muerte de Luis y, de alguna manera, me sentía en deuda.

–Ninguna deuda conmigo, Lucía.

–Entonces será que la deuda es conmigo misma.

Y, sin que yo pudiera reaccionar, me besó en la boca. Fue un beso largo, húmedo, con sabor a arándanos y vainilla. Yo cerré los ojos para que mi vista no se inmiscuyera en el resto de mis sentidos. Si sus besos fueron cálidos, también lo fueron las yemas de sus dedos acariciándome las mejillas a la altura de mis largas patillas.

Fue ella quien me tomó de la mano para llevarme a la cama. Me desnudó con delicadeza y permitió que yo hiciera lo mismo con ella. Tuvo que ayudarme en ocasiones para compensar mi torpeza. La luz de la ventana incidía sobre su piel desnuda, tan pálida, tan deliciosamente bella. Cuando se soltó el pelo para tumbarse a mi lado, pensé que no podría sucederme nada mejor en el mundo.

Ese día y esa noche, Lucía y yo nos amamos y nos dormimos. Nos dormimos y nos amamos. El amanecer nos sorprendió abrazados.

La manera de besarme al marcharse me supo a despedida. No a una despedida temporal sino a una despedida definitiva. No tuve valor de preguntarle si quería volver a verme para no enturbiar uno de los días más maravillosos de mi vida. Quiero creer que también de la suya.

Son caprichosos los recuerdos a la hora de jugar con nuestra memoria. Les encanta despertar de su letargo ante cualquier estímulo inesperado. Un olor, una imagen, un sonido... dejan de ser una mera circunstancia eventual para trasladarnos de repente a un momento del pasado en el que quizás disfrutábamos del guiso de una abuela, de la sonrisa de una persona amada o de las caricias de una madre.

Cuando se ha querido de veras son excesivos los estímulos que nos evocan los instantes felices, instantes ya perdidos que alimentan nuestra nostalgia, que se clavan en nuestra soledad hasta ahogarnos en la melancolía.

Recibí la carta de Lucía con la llegada de la primavera. El sobre incluía un retrato, que intuí reciente, realizado en el gabinete de Ducloux. Su bello rostro reflejaba la serenidad que ella albergaba.

Mis dedos temblorosos adivinaban, sin saber muy bien por qué, el contenido de aquella carta. Así que me armé de resignación para leerla tumbado sobre la misma cama en la que nos habíamos amado tan solo una semana antes.

Mi querido Pablo:

Quiero empezar diciéndote que estoy enfadada con la vida. No es que no me haya tratado con amabilidad, sino que ha

jugado conmigo, lo cual a veces es aún peor. Es difícil contemplar la felicidad y no poder tocarla, como si ella disfrutase mostrándose esquiva.

A veces es preferible esconderse de las emociones, parapetarnos tras un escudo que nos proteja de las personas que nos hacen vibrar. Hoy sé que el amor duele. En realidad, lo supe el día que te marchaste para continuar tus estudios en Roma. Aunque nos vimos pocas veces, fueron suficientes para darme cuenta de lo bien que me sentía a tu lado. Tardé en asimilar que no volverías. Al principio, ingenua de mí, me levantaba cada mañana con la ilusión de recibir una carta o una simple postal sellada en Roma. Con el tiempo, aprendí a convivir con la rutina, a transitar por unas calles por las que tú ya no pasarías.

Y un buen día, unas fiebres me trajeron a Luis a casa. Enseguida me di cuenta de cómo me miraba, de cómo me ponía su mano en mi frente. Me reconfortó su forma de cuidarme. Y en cierto modo, el conocer su historia me inspiró compasión. Había enviudado después de que su mujer, tras dos abortos, falleciera dando a luz al que por fin sería su primer hijo, pero también murió en el parto. Él se culpaba de no haber podido salvarles la vida y se le saltaban las lágrimas cada vez que lo recordaba.

Lo demás ya lo sabes. Los años fueron pasando y yo tampoco fui capaz de darle el hijo que tanto anhelaba. Murió sin saber que yo estaba embarazada.

Y en tanto, volviste tú. Media vida más tarde. Cuando creí que ya solo eras un fantasma del pasado. Fue verte en el funeral de Jacinta y despertar de mi letargo de repente. Al principio quise verte únicamente por la curiosidad de volver a hablar contigo. Sin embargo, ocurrió lo que intuía. Que me enamoraba de ti. O quizás debiera decir que se despertó aquel amor dormido de juventud. Pero eras cura, y yo una mujer casada. ¿Qué sentido tenía mantener una relación prohibida? Te juro que debatí contra mí misma. Me imaginaba un futuro contigo a la vez que mi conciencia me recomendaba huir de esa locura que me atormentaba.

Y te fuiste otra vez. Pensé que era lo mejor. Que no verte me permitiría regresar a mi rutina, a mi vida tranquila, a mis clases, a mis lecturas y a mis paseos.

El destino se burló de nosotros. Ahora ni tú eres cura ni yo estoy casada. Y sin embargo, tengo una hija. Una hija que sé que es lo único que siempre tendré con certeza. Sé que me costará, que me dolerá no verte más. No obstante, pretendo protegerme antes de que el daño sea irreversible. Y, sobre todo, quiero protegerla a ella.

¿Crees que no he pensado en que serías un buen padre? Claro que lo he pensado. Y además que eso no sería posible en Logroño, que tendríamos que hacerlo lejos, donde nadie nos conociera. Pero tampoco quiero alejar a Lucía de su familia, de sus abuelos. A pesar de que no tenga padre, me gustaría que creciera feliz, rodeada de gente que la quiere. No me perdonaría a mí misma que mi egoísmo la arrancara de su tierra, de sus raíces.

En cuanto a mí, ya te lo he dicho. Y adivino que tú también lo intuías cuando fui a verte hace unos días. Sí, necesitaba despedirme. Probar tu boca, dejarme acariciar y abandonarme en tus brazos.

No estoy segura de que me entiendas, de que asuma sacrificar mi felicidad a cambio de la de mi hija. Me siento atrapada en mis ideas y sé que quizás me equivoque. En cualquier caso, espero que respetes mi decisión y no trates de buscarme. Incluso prefiero que no me respondas a esta carta.

Tú me diste tu retrato y ahora yo te envío uno mío. Haz lo que quieras con él. Guárdalo o quémalo, aunque me encantaría que me recordaras con cariño, con esa sonrisa que vi al despertarme entre tus brazos. Quédate con los buenos momentos. Fueron pocos y aun así nos acompañarán mientras vivamos.

Nunca te olvidaré, Pablo. Nunca dejaré de quererte.

Lucía

Transcribo esta carta que guardo entre mis pertenencias, a pesar de que jamás volviera a leerla hasta hoy. Con la distancia, me cuesta acordarme con exactitud de lo que me provocó. No podía reprocharle nada. En cierto modo, su manera de expresarse y de pensar parecía contagiada de la mía. Posiblemente sintiera una mezcla de rabia, tristeza y resignación. Lo que sí recuerdo es que pasé varios días dormitando, sin apenas comer ni asearme, dejando que la angustia me dominara.

Más por inercia que por ganas, poco a poco fui buscando entre el destrozo los pedazos más servibles de mis emociones, olvidándome de los añicos para siempre. Cuando por fin pude volver a razonar con nitidez, me volqué en el estudio del grimorio que me aguardaba paciente, desafiante. Y lo que en un principio empezó como un reto terminó convirtiéndose en una obsesión. Sea lo que fuere lo que escondiesen sus páginas, habría de descifrarlo.

A esas alturas, percibía haber discernido entre lo literal y lo simbólico. Supongo que el *Codex latinus monacensis 2848* de Geber me ayudó a fomentar mi clarividencia. También las obras de los alquimistas que iba consiguiendo recopilar, en particular las escritas antes de la invención de la imprenta.

Asimismo hacía tiempo que me había interesado por aquellas leyendas que hablaban de quienes lograron el elixir con anterioridad. Y quise creer que la ene y la efe que vi grabadas en el monasterio de Suso junto a la estrella de las cinco puntas correspondían a Nicolas Flamel, el famoso rabino parisino que se jactó de ello. Quizás Flamel hubiese dejado su firma en el monasterio durante su peregrinaje a Santiago de Compostela, tras haberse desviado en Nájera.

Trabajé sin descanso día y noche, sin horarios; dejándome vencer por el sueño a horas intempestivas. Tener que comer y que dormir me suponía un fastidio.

Y, por fin, ocurrió. Una fría madrugada de junio logré descifrar el lenguaje codificado del grimorio.

Ello me permitió interpretar las dos partes en las que se dividía: la referente a la elaboración del elixir y la que indicaba el modo de ingerirlo. Esta última fue la primera que pude entender por resultarme su interpretación más intuitiva. Junto a la cantidad a

beber de una sola vez, se hablaba de ideas accesorias en cuanto a la moral o la conciencia, así como del riesgo que conllevaba dar el paso. Dependiendo de cada cuerpo, la pócima podía convertirse en un brebaje mortífero de efectos inmediatos e irreversibles.

En caso de sobrevivir durante las dos primeras horas después de su ingestión, comenzaría a detenerse el envejecimiento; si bien solo el paso del tiempo delataría su efectividad. En la hoja final del grimorio se indicaba que el organismo sería resistente ante cualquier veneno conocido y que únicamente el hallazgo de un antídoto específico podría contrarrestar los efectos del elixir; en ese supuesto, no se produciría una degeneración paulatina del cuerpo, sino la muerte súbita.

Identifiqué los compuestos en los primeros días del verano. Sabía que establecer las proporciones era cuestión de paciencia. Cada minuto que pasaba me sentía más cerca de dar con la solución definitiva. Estaba obsesionado entre fusiones, sublimaciones y condensaciones; entre sulfuros de mercurio negro y aceites de vitriolo; entre decocciones, emulsiones y cataplasmas...

Me agobiaba la idea de enfermar antes de conseguirlo debido a que las fuerzas me flaqueaban y cada vez me costaba más levantarme de la cama.

En la madrugada del ocho de agosto de 1880 miré casi incrédulo la hoja que acababa de escribir con la fórmula.

¡Lo había logrado!

No sentí euforia, sino satisfacción por haber salido victorioso ante semejante empresa.

Decidí ir a misa con la hoja doblada en mi bolsillo, acaso en busca del perdón de Dios. Creo que adivinó mi intención de desafiarle y no me escuchó o quizás yo no supe qué decirle.

De vuelta a casa me di cuenta de que las telarañas se acumulaban en la despensa, donde solo quedaba un trozo de queso, chorizo y un mendrugo de pan. Comí con parsimonia, todavía ensimismado. A pesar de que el día era caluroso, tenía frío. Por suerte, en mi pequeña bodega aún reposaban unas cuantas botellas de vino. Descorché una sin ni siquiera utilizar un vaso.

Bebí a morro, de pie junto a la ventana, con la mirada extraviada en el río, sin ser consciente de que celebraba mi victoria. Y es que

me invadía una extraña sensación de incertidumbre, justo después de tener la certeza de mi descubrimiento. No me hacía falta revisar mis anotaciones. Sabía que poseía la fórmula correcta. O al menos, la que escondía aquel tratado.

De estar en lo cierto, me quedaba mucho en qué pensar: si me atrevería a beber la poción, cómo afrontaría el futuro en el caso de sobrevivir, qué tipo de vida llevaría, cómo organizaría mi logística, cómo escondería mi secreto ante los demás...

Me volví a sentar en mi escritorio tras descorchar otra botella de vino. El grimorio, abierto en la hoja en la que estaba dibujado el paraje en el que luego se construiría la Fuente de los Frailes, no parecía haber claudicado del todo. Y es que a pesar de que yo lo considerara irrelevante, todavía me quedaba una sola cosa por desvelar: esa nota al margen, escrita por una mano distinta a la del códice y en una simbología que me resultaba imposible de desentrañar.

M

e dispuse en la cama para morir con dignidad, si eso llegaba a ocurrir. Me había costado decidirme poco más de una semana tras el descubrimiento de la fórmula del elixir.

Corría el peligro de perder la vida. A cambio tendría el privilegio de alargarla para presenciar un futuro vetado para mis coetáneos. No me engañaba. Aunque no lo reconociera, desde un principio era consciente de que mi curiosidad dominaría a mi razón, de que mi ansia de saber aplastaría a mi lógica.

Claro que no me consideraba lo suficientemente trastornado como para no dejarlo todo dispuesto antes de ingerir la poción. El ahogamiento en esas fechas de noventa soldados en el Ebro a su paso por Logroño me recordó que a la muerte le encantaba vestirse de traición.

El día elegido fue el siete de septiembre, mi cumpleaños.

La casa estaba recogida, los libros ordenados, el grimorio enterrado en el cobertizo junto con la carta de Lucía, mis anotaciones quemadas y la fórmula solo en mi cabeza.

Le dije al doctor Lejárraga que no me encontraba bien y que fuera a visitarme a diario. Con ello pretendía que entrara en la vivienda en el caso de que yo no se la abriese, con el propósito de evitar la putrefacción de mi cadáver. Aceptó encantado, ya que además así tendría la posibilidad de despedirse porque ya preparaba su traslado definitivo a Madrid.

Sobre la mesa, reposaba expectante mi testamento. Legaba mi caballo y todos mis libros a Lucía, a quien también le dejaba una carta de despedida. Mi mobiliario carecía de valor y lo dispuse al libre albedrío del notario, al igual que los demás enseres y animales.

Me vestí con mi mejor traje y me tumbé sin descalzarme. Luego me palpé el bolsillo del pantalón para cerciorarme de que el retrato de Lucía seguía ahí.

De acuerdo con las instrucciones del grimorio, el elixir requería ser ingerido tras un ayuno absoluto de dos días. Aun así, ni siquiera pensé en que tenía hambre. En la mesilla me esperaba aquel líquido del que debía beber «no menos de nueve onzas y media ni más de diez».

Suspiré con lentitud, pedí a Dios el perdón de mis pecados, me persigné tres veces y tragué casi un litro del preparado. Mi ansiedad me impidió reparar siquiera en su sabor. Toda mi mente se concentró en conciliar el sueño, sin saber si despertaría de la siesta.

Treinta y nueve años era una buena edad para morir... o para enfrentarse a una nueva vida.

-¿Pablo?

Su voz sonó a mi espalda dentro de la pasarela de hierro y cristal que unía el andén de la Estación del Norte con el vestíbulo del Hotel Terminus en Bilbao. No necesitaba girarme para reconocerla. Al hacerlo, ella me miró con asombro, pero ni mucho menos estupefacta.

–Hola, Lucía. –A pesar del nudo en la garganta, estoy seguro de que sonreí.

Había pensado mil veces en que eso pudiera ocurrir. En que alguien del pasado quizás me reconociera. Y, por supuesto, en que ese alguien fuese Lucía. Esa idea, la de encontrarme con ella, no me quitaba el sueño. Bien al contrario, aun no habiendo vuelto a pisar suelo logroñés más que para usar su estación de ferrocarril, confiaba en que algún día sucedería.

Creo que ambos nos escrutamos como al descuido sin saber cómo reaccionar. Tras unos instantes, en que ella pareció rebuscar en su memoria, esbozó una sonrisa. Sus hoyuelos, más horadados por el tiempo, estaban acompañados de unas arrugas que dulcificaban su pálido rostro. Sus ojos mantenían el brillo de entonces. Y yo la vi bella a los míos.

–Así que no bromeabas –dijo al fin, provocando que me encogiera de hombros, sin dejar de sonreírle—. Era cierto que andabas detrás de ese elixir. –Aparentaba hablarse a sí misma, con tanta sutileza que emitió su afirmación en forma de susurro.

–Ya lo ves.

–Es increíble. ¡Estás exactamente igual! –A medida que transcurrían los segundos, creo que se acrecentaba su asombro porque dejó caer su maleta al suelo—. Perdona, trato de asimilarlo. Acabo de llegar de Logroño y te llevo observando un rato, atónita.

–Me has reconocido. Y eso que ya no llevo sotana.

–¿Ves? Siempre te gustó bromear. ¿Cómo no iba a reconocerte si sigues idéntico? Ni una arruga, ni una cana más de las que tenías. Lo increíble es que me hayas reconocido tú a mí.

–Estás preciosa, Lucía.

–Además de bromista, mentiroso. ¡Mírame bien, Pablo! ¡Soy una vieja! ¿Cuántos años han pasado? ¿Veinte? –dijo, retórica.

–Diecinueve... y diez meses.

–Desde marzo del ochenta. Así que... espera... yo tenía dos años menos que tú ¡y ahora tengo casi dieciocho más!

–Sigo teniendo dos años más que tú, aunque no lo aparente –reí-. ¿Vienes sola? ¿Dónde te alojas?

–Sí, estoy sola. Me quedo aquí mismo, por eso no he tomado un coche de punto.

–¿Puedo acompañarte? Yo iba a la estación a comprar un billete. Puedo hacerlo en otro momento.

–Supongo que sí –respondió, desconcertada.

–Deja que te lleve la maleta.

–¡Eh! Soy una vieja pero no tanto. Puedo llevarla yo.

–No refunfuñes, abuela –bromeé-. Que te la hubiera llevado igual hace veinte años.

–Serás canalla...

–Eso me lo repites en la cena –le dije, sin darle opción a rechistar.

El Terminus fue uno de los principales símbolos de modernidad de Bilbao. Por aquel entonces, era el único establecimiento hotelero de la ciudad que ocupaba un edificio completo, por lo que contaba incluso con ascensor. Sus ciento dos habitaciones, dotadas de calefacción y luz eléctrica, solo estaban al alcance de las clases más acomodadas. Sin embargo, aquel enero de 1900 trataba de disimular su agonía, tras apenas un septenio después de su pomposa inauguración. Una mala administración parecía dar al traste con el único hotel bilbaíno de verdadero lustre, que terminó echando el cierre al mes siguiente.

Esperé en el elegante vestíbulo del hotel a que Lucía se alojara. Llovía con desidia en esa ciudad de ojos grises, en la que yo me acababa de comprar un ático abuhardillado con vistas a los jardines de Albia.

Ignoro el momento exacto en que supe que el elixir funcionaba, si bien sus efectos comenzaron a evidenciarse de modo paulatino tras despertarme de aquella siesta septembrina. Cuando uno se mira a diario en un espejo le cuesta percatarse de su lento envejecimiento, máxime si este no se produce. Supongo que la medida me la dieron mis canas, que yo observaba al principio casi compulsivamente hasta que al cabo de los meses comprobé que no me había salido ninguna más.

Al estar seguro de lo que ocurría, determiné planificar mi futuro. Adquiriría otras dos viviendas para poder trasladarme, cada largos espacios de tiempo, de forma que nadie pudiera reconocerme a mi regreso. Inicialmente elegí Bilbao, tanto por su relativa cercanía de Logroño como por su incipiente carácter cosmopolita. No en vano, ya albergaba ochenta mil almas.

Si mi hoja de ruta se desarrollaba según lo previsto, confiaba en comprar una vivienda en Madrid a principios de los años veinte del nuevo siglo. Por suerte, el documento de identificación personal para realizar cualquier tipo de trámites carecía de la menor seguridad ya que se trataba de una cédula sin ni siquiera fotografía, emitida por los ayuntamientos y las diputaciones.

Me tranquilizaba que Lucía no aparentara una sorpresa desmesurada; más bien al contrario, una naturalidad pasmosa. Quizás la magnitud de los inventos de las últimas décadas contribuía a hacer mi descubrimiento más creíble. Hasta hacía poco nadie en su sano juicio hubiera imaginado que una locomotora de vapor pudiera alcanzar velocidades de cien kilómetros por hora, que se pudiera hablar a distancia con un aparato, que una diminuta pastilla pudiera aliviar un dolor de cabeza, que una bombilla iluminara por sí misma, que un ingenio volara, que el pinchazo de una jeringuilla evitara enfermedades o que una máquina emitiese imágenes en movimiento e ¡incluso música!

Lucía salió del ascensor exhibiendo su porte sereno. Llevaba un vestido pastel con encajes sobre un corsé que acentuaba su lánguida silueta. Con ella supe que la belleza, cuando brota del alma, no se aja jamás.

Rápidamente le ofrecí mi mano, que ella tomó cual princesa a la hora del baile. Opté por cenar en el restaurante del propio hotel para ahorrarle el incordio de salir a la calle bajo una lluvia que se resistía a cesar. Apenas tres mesas ocupadas del comedor daban cuenta de su refinada decadencia. No obstante, el Terminus conservaba su mantelería de hilo y su mobiliario de palo santo, además de su vajilla y su cubertería importadas de París, grabadas con las iniciales del hotel, lo que constituía un hito en Bilbao.

Preferí sentarme junto a Lucía con el fin de tenerla más cerca. La carta con el menú me resultó demasiado exquisita para la afición por los guisos de las gentes del norte, que quizás ni siquiera entendiesen lo que se podía comer allí.

–Nunca había visto una carta en francés, fuera de Francia –rio ella.

–¿Has estado en Francia?

–Solo en París. Y pienso volver en breve. Ahora te cuento. Anda, ayúdame a elegir, aunque te advierto que apenas tengo apetito.

–A ver... –Me costaba apartar la vista de su rostro para concentrarme en el menú–. ¿Qué opinas si pedimos *Foie de Canard Perigueux* y *Poularde du Mans*?

–Me encanta el *foie* pero no me gusta el pollo.

–Entonces... ¿*Filet de Boeuf à la Godard*?

–Conozco esa salsa para napar la carne. Lleva vino blanco y *mirepoix*. Una elección perfecta.

–¿Y vino? No parece que tengan de La Rioja.

–Pues muy mal –rio.

–Pediré que traigan el de la casa. A ver si también es francés – bromeé.

Un camarero con esmoquin anotó la comanda antes de prender la vela de un diminuto candelabro.

–¡La ha encendido! Ni que fuéramos dos enamorados –protestó Lucía.

–Claro. No lo somos. Cualquiera que nos vea diría que somos madre e hijo –comenté, jocoso.

–¿Te crees muy gracioso?

–A veces –respondí, sin dejar de reír sin estridencias.

–Tú te lo tomas a chufra, pero esto no es normal.

–¡Bah! ¿Y quién lo sabe?

–Lo sé yo, Pablo.

–Y me alegra que sea así. Eres la única persona del mundo con quien puedo compartir mi secreto.

–¿Nadie más está al corriente?

–Nadie.

–¿A qué te has dedicado todo este tiempo?

–A leer, a viajar...

No quise decirle que todavía andaba preocupado con la obtención del antídoto del elixir, si bien no llegaba a obsesionarme.

–Pues si sigues así, vas a poder leer los libros que quieras y recorrer el planeta hasta aburrirte.

–Es posible que tengas razón. Que algún día me aburra de vivir. Si tuviera alguien con quien compartir mi vida...

–¿No has encontrado a ninguna mujer que te haga feliz?

–He tenido algunas amantes. Y sin embargo, ninguna me ha hecho sentir lo que me provocas tú.

–¡Pablo!

La inminente reprimenda de Lucía se vio interrumpida por la oportuna llegada del camarero con el vino, que nos sirvió con generosidad.

–¿Brindamos?

–Por nosotros.

–Y por tu hija –añadí, imitando el brindis de la última vez, como si no hubiesen pasado casi dos décadas, como si con ello intentara trasladar a Lucía hasta entonces para seguir nuestra relación donde la habíamos dejado–. Por cierto, no me has dicho cómo está.

–Muy mayor. Se parece mucho a mí.

–Si es como dices, estará muy linda.

–Lisonjero.

–¡Hablo en serio! Lucía, de verdad, eres preciosa. Te ha sentado de maravilla el nuevo siglo –dije, rebajando con suavidad mi sonrisa para persuadirle de mis sensaciones.

–Eso es porque no has visto a mi hija.

–Eso es porque te veo a ti –afirmé, tras un pequeño receso para permitir que el camarero nos sirviera el *foie*.

–Pablo, estás flirteando con una señora casi sesentona.

–Como yo. –Me costaba disimular mi sonrisa embelesada.

–No, Pablo. Como tú no. No juegues conmigo.

–Disculpa. No quería molestarte.

–Disculpas aceptadas –respondió, permitiendo que un brillo cristalino regresase a sus ojos.

–¿Sabes qué pasó con la condesita? –pregunté, para desviar la conversación con el fin de no incomodarla.

–Filomena era una fenómeno –contestó, orgullosa con su peculiar pareado–. Creo que llevabas razón.

–¿Y eso?

–No sé lo que haría pero fue la única mujer que pertenecía a la *Siempre Viva*.

–¡Vaya! ¡Masona!

–Ella y su padre desaparecieron un buen día de Logroño, sin más. Dicen que se dedicaron a recorrer España con su espectáculo

y que incluso ella presidió el club de velocipedistas de Cádiz.

–¡No fastidies!

–Espera, que lo mejor viene ahora. A finales del ochenta y seis salió en el periódico que un tal Alexandre Buono-Cuore, manco del brazo izquierdo, estaba en búsqueda y captura por orden del gobernador civil de Oviedo al haber huido con la condesita después de estafar mil pesetas a la casa Amellatti. De ellos nunca más se supo –relató, divertida.

–¡Vaya! Así que sus *cuores* no resultaron ser tan buenos.

–La verdad es paciente. Sabe que aflora con el tiempo, su mejor aliado. Tú tendrás la suerte de ser testigo de muchas verdades.

–¡Quién sabe, Lucía! Puedes creer que procuro no pensar demasiado en eso. Aún no me has dicho qué haces aquí.

–Hay una muestra de maquinaria agrícola que me interesa visitar.

–Aquí hay de todo. Es increíble la transformación de esta ciudad, que hace nada era casi como Logroño.

–Bueno... al fin y al cabo, Bilbao es nuestra, que para eso la fundó un riojano –rio.

–No te falta razón. Y pronto se cumplirá el sexto centenario. ¿Te cuento un secreto? A los bilbaínos les molesta un poco que los riojanos pongamos flores en la estatua de don Diego López de Haro, y hasta pretenden cambiarla de sitio –susurré, en tono jocoso.

–Pues ahí está preciosa, rodeada de luces eléctricas –sentenció, dirigiendo su mirada al monumento que podíamos observar a través de la cristalera.

–Te llamará la atención. En Logroño el alumbrado sigue siendo de gas.

–Solo el de las calles, que en las casas tenemos luz eléctrica desde el noventa y dos. ¡Y además...! Mis viñedos están en Haro y allí ya funciona desde hace casi diez años –Simuló que me reprendía–. Hablando de los viñedos, no te he contado lo mejor: estoy dispuesta a llevar nuestros vinos a la Exposición Universal de París –me informé, muy ufana.

–Me alegra mucho. Sobre todo porque eso significa que te estás salvando de la filoxera.

–Es horrible lo que está ocurriendo, Pablo.

–Lo sé. Estoy al tanto. Me lo ha contado Luciano. Y la guerra que hay declarada entre los agricultores y los propietarios.

–Los agricultores no quieren darse cuenta de que el único remedio para combatirla es arrancar las viñas infectadas y plantar cepas americanas.

–A lo peor es que no tienen dinero para soportar esa inversión.

–Pero a este paso, no habrá viñedo en La Rioja que no se infecte.

–Estoy seguro de que los tuyos no se contagiarán. –Intenté serenarla, más por deseo que por convencimiento, habida cuenta de lo devastadora que resultaba la plaga.

Por suerte, acerté en mi vaticinio y los viñedos de la familia de Lucía se quedaron dentro de las dieciséis mil hectáreas riojanas que se salvaron. Otras treinta y siete mil fueron arrasadas en tan solo un lustro, arruinando a numerosos empresarios y campesinos, bastantes de los cuales se vieron obligados a hacer las Américas en un intento desesperado de huir de la miseria.

–Dios te oiga. Por cierto, ¿sigues creyendo en Dios?

–Ya no suelo ir a misa, aunque los rescoldos de mi fe se niegan a apagarse del todo.

La cena transcurrió agradablemente. De vez en cuando, yo le rozaba la mano al descuido sin que ella la apartara mientras me ponía al tanto de las pequeñas historias acontecidas en Logroño, como la edificación de los puentes sobre el río, la construcción de un estanque en la plaza del Mercado y la instalación de la Fábrica de Tabacos en el antiguo convento de La Merced gracias a la intervención de Práxedes Mateo-Sagasta; y que la estatua de Espartero estaba por fin colocada entre las de los reyes, siete años después de que sus restos fueran trasladados, junto a los de su esposa, desde el cementerio a su mausoleo de La Redonda.

No obstante, la reforma de la ciudad se había llevado por delante el callejón de Zurrerías, donde yo nací. También el de Cerrajerías para ampliar del todo la antigua calle de los Abades, ya convertida en una flamante avenida que vertebraba Logroño de norte a sur, y que ahora llevaba el nombre de Sagasta, como no podía ser de otro modo, por lo mucho que la capital riojana tenía que agradecerle,

hasta el punto de que le había erigido un monumento antes que a Espartero.

Se le nubló el semblante al contarme el fallecimiento de sus padres. Sin embargo, su rostro recobró el brillo al hablarme de su hija, a pesar de sus intentos baldíos por que Lucía abandonara La Rioja para estudiar, ya que andaba «muy ennoviada con su Fernando, un ingeniero encantador» y se había negado a marcharse.

–Eso suena a reproche –le dije.

–¿Qué quieres decir?

–Que Lucía ha preferido quedarse en la Escuela Normal para cuidar de su noviazgo.

–No es un reproche, Pablo. Siento que me hayas malinterpretado. Ella ha tenido opción. Tú no la tuviste. No tenías medios económicos para estudiar fuera del seminario. Si te hubieras quedado, te habrías visto obligado a trabajar de cualquier cosa. Además, nosotros ni siquiera llegamos a ser novios. Y tu vida eran los libros, como lo has demostrado.

–Mi vida eras tú, solo que yo no lo sabía.

–No me digas eso, por favor.

–No puedo mentirte... mira –le susurré mientras sacaba de mi cartera su retrato–. Me acompañas siempre.

No le permití pensar. Aparté con cuidado las copas, le acaricié la mejilla y ella se dejó besar.

Aún Lucía consintió que le acompañara hasta la puerta de su habitación, donde se volvió a echar en mis brazos para besarme antes de despedirme arguyendo cansancio. Si bien yo deseaba entrar en su cama y en su cuerpo, haber podido besarla una vez más suponía mucho más de lo que yo esperaba después de aquella carta suya.

Me dirigí a mi casa dando un rodeo por el Arenal. Necesitaba que el sirimiri me apagara las ganas de pedirle que tomara el elixir. ¿Qué me diría ella si se lo rogaba? ¿Se atrevería a asumir el riesgo de morir? Ni siquiera sabía si yo podría afrontar ese trance, incluso si ella estaba preparada a compartir su vida conmigo ahora que su hija era mayor.

Determiné que, no obstante, trataría de averiguar lo que pensaba al respecto sin necesidad de preguntárselo directamente. Desde luego que yo quería tenerla a mi lado el mayor tiempo posible, mas me martirizaba imaginar que su cuerpo no asimilase la pócima.

¿E invitarle a envejecer junto a mí? ¿Se lo permitiría su orgullo? Yo me encontraba dispuesto a asumirlo, aunque ello implicara verla marchitarse.

La recogí a la hora de comer, siguiendo sus instrucciones, en el vestíbulo del hotel. Si bien hacía frío, el día se mostraba soleado e invitaba a pasear.

–Esta vez vamos a dejarnos de exquisiteces francesas y voy a llevarte a uno de los *txakolines* de Abando. Está cerca. ¿Vamos andando? –le dije.

–Si no te importa, mejor tomamos un coche de punto. Estoy cansada después de recorrer toda la mañana la feria de muestras.

–Lo que la señorita mande –asentí, sonriente.

–Lo que te gusta la guasa –me respondió, arqueando ligeramente sus labios.

El coche nos llevó por una Gran Vía que ya despuntaba. Si bien se hallaba todavía en construcción, se podía contemplar la belleza de algunos edificios, incluido el Palacio de la Diputación, cuyas obras estaban casi concluidas.

No tardamos en llegar al caserío de Luciano, desaparecido poco más tarde, colindante a unos terrenos donde luego se construiría el Hotel Carlton. El almuerzo discurrió igual de agradable que la cena de la noche anterior. Yo intuía, o al menos eso quería creer, que Lucía se acostumbraba a la situación, lo que me llevó a ilusionarme. Habíamos degustado una exquisita cazuela de bacalao y bebido un par de chacolís, cuando saqué la conversación.

–¿Qué opinas de mi elixir? –Dulcifiqué la voz para quitarle hierro a mi pregunta.

–¿A qué te refieres con exactitud? Me tiene perpleja. Y cuanto más te observo, más increíble me resulta.

–Pues no pareces sorprendida.

–Te equivocas. Lo estoy y mucho. Es increíble que puedas haber descubierto algo así.

–No me refiero a eso, sino a cómo me ves.

–Estoy a gusto contigo –sonrió–. De algún modo, te miro y me engaño a mí misma diciéndome que no ha pasado el tiempo. Me siento como si yo también fuese joven aún.

–Si tuvieras oportunidad, ¿lo tomarías? –inquirí sin mirarle a los ojos, distraído en besarle una mano.

–No me estás incitando a hacerlo, ¿verdad?

–Solo te he hecho una pregunta.

–Pero no por mera curiosidad.

–¿Lo tomarías? –insistí.

–No, Pablo. No lo tomaría. Respeto que lo hayas hecho tú; sin embargo, no sería capaz de ir contra la naturaleza, de ver cómo mi hija envejece más que yo... ¡de verla morir! No, Pablo. Yo no estoy preparada para eso.

–Te entiendo. Por supuesto que te entiendo. ¿Y estarías preparada para convivir conmigo?

–Pablo, por favor. Disfrutemos del momento. Mañana me iré y no quiero empañar nuestro encuentro. No me hagas contestar a eso porque ni yo misma sé la respuesta.

Después de aquellas palabras, apenas probamos la merluza que aguardaba en nuestros platos. Me pidió volver al hotel porque necesitaba una siesta para recuperarse del ajetreo. Volví a acompañarla a la habitación, aunque esta vez me tomó la mano y me llevó dentro. Nos abrazamos, sin desvestirnos, sobre la cama. Poco a poco nuestros besos fueron amansándose hasta que ella se quedó profundamente dormida.

Al despertar, a la hora del crepúsculo, se dio cuenta de que la observaba y me sonrió. Buscó mi boca con la suya y se cobijó en mí mientras la noche se cerraba y las sombras dominaban la estancia. De repente, se incorporó para correr la cortina y burlar la indiscreción de la luz de las farolas. Ya a oscuras, se acercó para desnudarme casi a tientas. Luego lo hizo ella. Me di cuenta al sentir la suavidad de su piel en la mía.

–Me encanta acariciarte la cicatriz con mi lengua –fue lo único que me susurró.

Nos amamos con sosiego pero sin descanso durante horas, inmersos en una deliciosa molicie. A veces dormitábamos para enseguida proseguir en nuestros abrazos conducidos por una pasión sosegada que, no obstante, nos impedía detenernos. Una y otra vez, mis dedos recorrían su piel con el fin de conservarla en mi memoria.

Me dolió el alba.

En los preludios de su partida, Lucía se mostró tan cariñosa que llegó a sorprenderme. La acompañé a la estación con el ánimo acibarado, si bien traté de disimular mi tristeza.

Aún me atreví a preguntarle en el andén antes de entregarle la maleta para que subiera al tren.

–¿Lo pensarás, Lucía?

–¿Vivir contigo? –me preguntó, sin poder impedir que le brotaran las lágrimas.

–Vivir conmigo.

Tuvo el valor de no desviar la mirada de mis ojos. Esbozó una sonrisa, puso sus manos en mi cara y me besó en los labios.

–Lo pensaré, amor mío. Te quiero.

No supe reaccionar. Me quitó de las manos su maleta y subió la escalerilla sin que yo amagara siquiera con ayudarle. Pasmado, confundido, solo en el andén, vi cómo ella me sonreía desde la ventanilla mientras la locomotora iniciaba su marcha.

Tentado estuve durante el mes siguiente no ya de escribirle sino de ir a Logroño. No obstante, me pudo la prudencia, o quizás una cobarde estupidez.

Día tras día me levantaba con la intención de acercarme a Lucía de alguna manera y día tras día me dominaba el desconcierto. No olvidaba aquella carta de antaño pero tampoco su última frase antes de despedirse.

Me acordé del cumpleaños de su hija y también de que pronto se cumplirían veinte años de su visita a mi casa de San Millán. Pensé que no estaría de más regresar al valle de incógnito, tal y como luego hice a lo largo de los años, para cuidar de su mantenimiento. Ello implicaba tomar el tren a Logroño. Y determiné que iría a verla.

Una mañana lluviosa de marzo, a dos jornadas de mi partida, recibí una escueta carta. Solo con ver el remite me desplomé sobre la silla que reposaba junto a la cristalera. Me escribía Lucía Ripoll Garay.

No me equivoqué.

Estimado señor Santos:

Lamento comunicarle el fallecimiento de mi madre la semana pasada. Ella me pidió en su lecho que le informara. Sé del cariño que se profesaban.

Mi madre estaba muy enferma desde hacía meses y era consciente de que tenía los días contados aunque nadie, salvo su médico, lo sabía. Ni siquiera yo. Incluso me relataba sus planes para viajar a París. Ya ve, no quería preocuparme. Así era ella.

Imaginará lo difícil que es también para mí. Sin ella ya nada será igual.

Si alguna vez pasa por Logroño y quiere saludarme, estaré encantada de compartir recuerdos.

Con todo mi afecto

Lucía

Lloré.

Lloré como nunca había llorado, abatido por la congoja, dominado por la pena. Me maldije por no haberlo sabido ver, por no haberme dado cuenta de que cada uno de sus gestos lánguidos evidenciaban su enfermedad. Que en realidad se despedía de mí para siempre. Y que por ese motivo me respondió que lo pensaría, para no decirme la verdad y prolongar mi ilusión hasta el final.

Desconocía los años que me quedaban por vivir; pero lo que no ignoraba era que, por muchos que fuesen, jamás la olvidaría.

Nunca me consideré inmortal. Fue algo que asumí enseguida al percatarme de que no envejecía, de que mi memoria no flaqueaba con los años, de que mis huesos y mis músculos conservaban su fortaleza. Mi falta de deterioro no implicaba que no pudiese morir. Aunque todavía no hubiera descubierto el antídoto del elixir, un salto al vacío desde la azotea de un edificio o delante de un tren acabaría con mi vida. Claro que para eso necesitaba un valor que, en aquel entonces, no estaba dispuesto a comprobar. Y quizás pudiese ser inmune a las enfermedades pero no a un accidente. Es por ello que jamás he tenido la certeza de ser eterno.

Menos aún después de que una noche del verano de 1912 me despertara mi subconsciente, escondido tras un sueño, para desvelarme el enigma de la nota al margen que figuraba en el grimorio. Aquel reducido texto, acompañado de símbolos, hasta ese día ininteligible para mí, contenía el ingrediente a añadir al elixir para convertirlo en veneno. Desde ese instante supe que podría morir en mi cama cuando yo lo decidiese y reconozco que me tranquilizó. Si bien desconocía si mi desesperación podría empujarme algún día a un precipicio o a unas vías férreas, sí confiaba en que sería capaz de beber un veneno sin titubear. Para ello solo necesitaría haberme hastiado de vivir.

Y no ignoraba que eso podía ser cuestión de tiempo; que, tarde o temprano, llegaría ese momento. No me veía como un judío errante vagando a través de los siglos.

A pesar de que yo conjeturase sobre el futuro, de que intentara mentalizarme para lo que estaba por venir, hasta que no sucedió no fui consciente de lo extraño que me resultó vivir en un mundo en el que todos mis coetáneos habían muerto. Por supuesto que sabía

que eso ocurriría. Sin embargo, cada vez que me llegaba la noticia de la defunción de alguien con quien compartí sonrisas y conversaciones, la soledad se ceñía más sobre mí.

No dejaba de ser paradójico. Llevaba años sin verles la cara, pero el saber que jamás tendría la posibilidad de cruzarme con ellos me sumió temporalmente en el más profundo decaimiento al finalizar la primavera del doce, cuando tuve conocimiento de la muerte de David Morales. Y es que en pocos meses, además de él, habían fallecido Luciano Murrieta, Marcelino Menéndez Pelayo y Esther, la posadera, cuya imagen desnuda me sigue asaltando en sueños.

Insondables vericuetos los de la mente humana. Ahora sé que aquello coadyuvó para descubrir a los pocos días el contenido de la nota al margen con la que poder elaborar el antídoto del elixir.

Es cierto que trabé ciertas amistades de circunstancias, aunque siempre procuré que fuesen efímeras. Y eso que reconozco que me hubiese gustado intimar más con una preciosa vecina cuyos ojos grises me sonreían cuando yo la saludaba con un «*egun on, Izarbe*» en el portal. Sentí su trágica muerte en las Navidades del catorce como no lo hubiera podido imaginar.

Con la desaparición de todas las personas que un día formaron parte de mí, no me restaba otra cosa que contemplar la vida del mundo; de la civilización en abstracto. La vida mostrada por los diarios, que yo leía con interés pausado. Sin embargo, a medida que los años transcurrían, me preguntaba qué sentido tenía vivir solo, solo a través de las páginas de un periódico.

La humanidad no aprende de su pasado. No descubro nada nuevo. Viene sucediendo desde que el hombre es hombre. No obstante, con el advenimiento de las ideas ilustradas y de la intelectualidad confiaba en que los períodos de paz resultasen más prolongados. Una vez más, fui un ingenuo. En las primeras décadas del siglo XX, del moderno siglo XX, la política volvió a manos de los militares, que se aprovecharon del desencanto de una sociedad analfabeta y mísera, hastiada de unas ideas liberales que no les daban de comer.

Desde la perspectiva de mi cristalera bilbaína primero y de mi terraza madrileña después, ilusamente amparado en una burbuja de

lejanía, presencié cómo los pueblos seguían batallando entre sí con la excusa de una bandera, un trozo de tierra o una religión, cuando no de unas ideas preñadas de intolerancia.

Por suerte, el golpe militar de julio del treinta y seis me pilló de forma casual en San Millán, a donde había regresado para pasar una temporada alejado del estío madrileño. Desde que comprara mi primer coche, un Charron, en el garaje bilbaíno de Ricardo Lamborenea, me sentía con más libertad para viajar y así poder hacer visitas furtivas a mis viviendas de San Millán y de Bilbao después de adquirir un ático en el madrileño paseo del Prado, en el que llevaba instalado desde el veinticinco. En aquel entonces en La Rioja ya iba haciéndome pasar por un sobrino del difunto don Pablo Santos, con su mismo nombre «conforme a la tradición familiar», merced a la falsificación del Libro de Familia.

Mi dilatada experiencia bibliográfica y mi afán en seguir buscando viejos libros me daban buenos resultados. En las dos últimas décadas del XIX y primeras del XX conseguí encontrar ejemplares codiciados por museos y coleccionistas, amén de primeras ediciones de escritores a los que auguraba la buena vejez literaria de sus obras. Eso me permitía, y me sigue permitiendo, pasar la vida sin estrecheces. Es la ventaja de no necesitar excesivos lujos cotidianos más allá de alojarme en hoteles confortables en mis viajes.

Conservo libros cada vez más valorados en los mercados de arte, si bien espero no tener la necesidad de desprenderme de ellos. Y es que yo también disfruto teniendo entre mis manos un original de los *Cuentos de Canterbury*, de la *Biblia de Gutenberg* o de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Pasé en San Millán la mal llamada Guerra Civil, como si España solo hubiese tenido una, como si los españoles no nos hubiéramos matado ya entre nosotros con anterioridad. Qué frágil es la memoria, aún no sé si por ignorante o por interesada. Y cuánto nos cuesta aprender de nuestros errores.

El golpe militar no tuvo resistencia en Logroño, con las tropas ya en la calle la misma madrugada del diecinueve de julio. El derramamiento de sangre no llegaría desde los campos de batalla sino desde la represión. En los primeros meses se produjeron

numerosas encarcelaciones y más de dos mil asesinatos en La Rioja; entre ellos los de cuarenta mujeres, incluidas tres maestras y las líderes de la Federación Tabaquera, por significarse en sus ideas. Los represores sacaron a más de quinientos logroñeses de sus casas o de las cárceles para ejecutarlos y enterrarlos en las zanjas de La Barranca, una finca de Lardero situada a siete kilómetros de la capital. Sus cuarenta metros de largo por dos y medio de ancho se hubieran perdido en la memoria de no ser porque fueron alisados y cuidados por los deudos de los asesinados, que nunca dejaron de poner flores. Cada Día de Difuntos, lo siguen cubriendo con coronas en las que puede leerse: «Un año más no os olvidamos» .

Por suerte, la guerra pasó de puntillas por el valle de San Millán que vivió ajeno a cuanto acontecía, esperando el regreso de sus soldados. Con pastos, huertos, cereales, vacas y gallinas se pudo sobrevivir sin excesivas penurias. Supongo que aquel periodo, encerrado en mi casa emilianense, me despertó las ganas de regresar a Logroño, por cuyas calles no paseaba desde hacía más de medio siglo. No obstante, algo me impedía hacerlo. No tenía que ver con el temor a que alguien pudiera reconocerme. Eso resultaba ya imposible, habida cuenta del tiempo transcurrido.

Se trataba de un rechazo que se alejaba de la razón, como si la ciudad ya no me perteneciera porque yo había dejado de pertenecerle a ella.

La idea de visitar Logroño se deshilachó en la maleta de mis intenciones al retornar a Madrid, una vez finalizada la guerra, con la idea de reanudar mis viajes por Europa. En aquel periodo seguí transitando por las librerías galas en busca de nuevas adquisiciones, aun después de la declaración de guerra de Francia y del Reino Unido contra Alemania en septiembre del treinta y nueve. Sin embargo, pronto tuve que renunciar a salir de España, cuando los franceses se dieron cuenta de que la guerra no era ninguna broma tras el ataque germano el diez de mayo del cuarenta.

A mi regreso, la vida en Madrid no resultaba fácil; ni tampoco en Bilbao. La escasez de productos de primera necesidad provocaba largas colas para conseguir los alimentos asignados en las cartillas de racionamiento, insuficientes y de mala calidad. Yo acudía al

mercado negro para comprárselos a los estraperlistas a diez veces su precio. A pesar de que la peseta hubiese perdido un tercio de su poder adquisitivo, yo contaba con suficientes ahorros escondidos en mis tres viviendas. Y si bien mis ventas de libros antiguos casi se habían paralizado, yo seguía aumentando considerablemente mi biblioteca a precios irrisorios con algunos ejemplares únicos que sus propietarios malvendían en las librerías de ocasión, sin ser conscientes de su valor, para poder comer.

Pero no era yo el único que se dedicaba a buscar joyas bibliográficas entre las librerías que, a duras penas, subsistían. Algunos marchantes europeos pululaban por Madrid en esos días aprovechando su miseria y la neutralidad del gobierno de Franco en el conflicto bélico. Sin embargo, mi condición de español me daba cierta ventaja sobre ellos. Una de estas buscadoras de libros se llamaba Beatriz Müller, una bellísima bávara que yo conocía desde marzo del treinta y tres, con quien llegué a intimar.

Por eso me ilusionó recibir en mi domicilio del paseo del Prado un telegrama suyo en el que me informaba de que se encontraba en Madrid y que, en el caso de que yo también lo estuviera, me esperaba al día siguiente a las ocho de la tarde en Chicote. Terminaba el mes de septiembre del cuarenta y pensé que quizás podría celebrar mi reciente cumpleaños como se merecía. Y es que no todos los días uno enfilaba el camino del siglo.

El bar de Perico Chicote constituía un oasis de colorido en un Madrid castigado por la penuria, que destilaba tristeza por sus calles grises. Su templo del número doce de la Gran Vía concentraba todo el *glamour* existente fuera del Palace o del Ritz. En apenas nueve años desde su apertura, la fama de sus cócteles solo resultaba comparable a la de su ambiente. No había celebridad que visitase Madrid que no se pasase por Chicote, lo que supuso que se convirtiera en el lugar preferido de la alta sociedad y en el marco idóneo para realizar negocios comerciales o políticos. No era casual que no hubiese música porque su banda sonora la componían las conversaciones y las risas de sus parroquianos.

No le vino mal al nuevo régimen este tipo de establecimientos, que daban a los extranjeros una imagen irreal de lo que acontecía en una España mísera que no podía permitirse pagar las tres pesetas de un combinado corriente, cuanto menos el duro de los *cocktails* especiales, precios desorbitados para la época.

Concedor de la célebre puntualidad alemana, entré en Chicote diez minutos antes de la hora acordada. Aun así, Beatriz ya me estaba esperando, sentada en un taburete alto, llevándose un cigarro a la boca. A su lado, sobre la barra, reposaba un vaso casi lleno de un líquido color bronce.

La vi enseguida a pesar de lo concurrido del local, en el que un ejército de camareros con chaqueta blanca y corbata oscura se movía entre las mesas mientras una pequeña división agitaba sus cocteleras detrás de la barra, conformando un grato espectáculo envuelto en una humarada propia de las películas de cine negro que se exhibían en los cines cercanos. En tanto, el dueño exhibía su natural simpatía, charlando con la clientela de la última corrida de

toros o del inminente comienzo del campeonato de liga, durante el cual el Madrid F.C. recuperaría su carácter de «Real», suprimido durante la II República.

Beatriz me dio la mano sin levantarse de su asiento, esbozando una sonrisa amable. Casi lo preferí, dado que su elevada estatura me empujaba. Sin embargo, adiviné en sus ojos de gata el brillo que delataba su alegría por verme. Apenas conocía unas cuantas palabras en español, por lo que nos hablábamos en alemán desde la primera vez que nos vimos, en una disputa por un *Bay Psalm Book* que increíblemente se hallaba en la mesa de un mercadillo de la zona vieja de Múnich, en cuyo lomo ambos pusimos la mano al mismo tiempo. No obstante, mi cortesía permitió que fuese ella quien lo examinara, gesto que ella me agradeció, no solo llevándome a la cama esa misma noche, aprovechando que el teniente Müller se encontraba fuera. Después de aquello, hasta comenzar la última guerra civil, yo hacía coincidir mis esporádicos viajes a Alemania con las ausencias del marido de Beatriz. Por aquel entonces, ella tenía treinta y cinco años, pero ya era una experta en arte.

Me senté a su lado y enseguida vi que ella me escrutaba sin disimulo.

–Estás preciosa, Bea. –Usé su diminutivo porque ella lo prefería. Recuerdo que me decía que con su nombre completo parecía su madre. Yo creo que hacerse llamar Bea le hacía sentirse más joven.

–Un vino de La Rioja, por favor –solicité a uno de los camareros–. Sé que no es muy distinguido. ¡Qué le voy a hacer si me gusta hacer patria!

–¿Con todos los *cocktails* que hay aquí? Eres un antiguo, querido –dijo ella, en tono serio aunque jocoso.

–No sabes hasta qué punto –reí.

–Antiguo solo de cabeza. Por fuera te conservas de maravilla. ¿Cuándo nos vimos por última vez?

–En la primavera del treinta y seis.

–No has envejecido nada en estos cuatro años y medio.

–Tú tampoco. ¿Has pactado con el diablo?

–¡Oh, vamos! Los españoles siempre tan adúladores.

Me volví a reír porque a veces nos costaba comprender nuestros respectivos sentidos del humor. La franqueza de Beatriz podía resultar cruel a veces, si bien a mí me gustaba que no se anduviese con rodeos. De otro modo, no hubiera acabado en su lecho a las pocas horas de conocerla.

–Sabes que no miento. ¿Brindamos? –le propuse ya con mi copa en la mano.

–¡Salud! –exclamó ella, alzando su vaso de *whisky*.

–¡Salud! ¡Por los libros! –respondí.

–¿Has conseguido buenas adquisiciones desde entonces?

–Alguna que otra en los últimos meses. Lo más destacable un *Nuevo Testamento* de Erasmo de Róterdam. En nuestra guerra la cosa no estaba para demasiados alardes. A los españoles el único libro que les interesa es *Cocina de recursos*, un recetario para tiempos de hambre.

–Ya, entiendo. Y ahora nosotros tenemos la nuestra.

–Las guerras no son buenas para nadie. ¿Qué haces aquí?

–Soy asesora de arte para el gobierno. Himmler viene a España el mes que viene y he venido con una delegación previa –me respondió en voz baja.

–¿Y qué tiene que ver Himmler con el arte? Estáis en guerra ¿y va a venir a ver museos?

–Yo no cuestiono las decisiones de mi gobierno.

–Ya, lo comprendo –mentí. En realidad, ella tampoco me dijo toda la verdad porque Heinrich Himmler también venía a supervisar las medidas de seguridad del encuentro que Hitler y Franco tendrían en la estación de Hendaya el veintitrés de octubre.

No llegué a entenderlo hasta descubrir más tarde que el mandatario alemán recorría el mundo en busca del origen de la raza aria y de «objetos de poder», en su creencia fetichista de que con ellos los nazis dominarían el planeta. En su pequeña gira por España, visitó la abadía de Montserrat tras la pista del Santo Grial.

–No, no lo haces –respondió Beatriz, a la que siempre otorgué dotes adivinatorias hacia mi persona, salvo el cálculo de mi edad.

–Así que no vienes a buscar libros a Madrid –murmuré, sin querer contradecirla.

–Este es tu territorio –rio, aireando su melena rubia bajo su sombrero de ala ancha.

Llevaba un traje de chaqueta azul con falda larga que al sentarse dejaba al descubierto media pantorrilla, contorneada por unas sensuales medias de nailon. Había algo en su mirar lánguido y enigmático que me recordaba a Marlene Dietrich. Yo creo que ella era consciente de su mirada y la explotaba más que su sonrisa, de la que solía renegar por no considerarla atractiva, aunque a mí me pareciese muy sensual.

–Creía que los alemanes no os andabais con indirectas. No sabía yo que Alemania estaba vetada para mí –comenté, divertido..

–Sabes que es una broma, querido. Claro que si me hubieses puesto pegas para quedarme con el *Bay Psalm Book* te habría matado.

El ejemplar al que se refería Beatriz Müller era uno de la docena que, según se calculaba, podrían existir del primer libro impreso en Norteamérica tras la llegada de los ingleses en 1640.

–Soy un caballero chapado a la antigua.

–Cierto. Y también fuiste prudente. Por eso acabaste en mi alcoba.

–¡Casi me matas allí igualmente!

–Españoles... Además de aduladores, exagerados –me dijo con un desdén impostado.

La verdad es que no exageraba. Aquella mujer conseguía agotarme en la cama como ninguna otra. Beatriz disfrutaba con el sexo por el mero placer de jugar.

–No deberías generalizar, preciosa.

–¿Vas a acostarte conmigo esta noche o te espera alguna morenita?

–No has cambiado nada. No te vas por las ramas.

–¿No te gusta?

–Me encanta.

–Me alojo en el Palace, pero no es prudente que nos vean allí. Una cosa es que tomemos una copa y otra que te meta en mi cama a la vista de los compatriotas que pululan por aquí.

–Haré una excepción y te llevaré a mi casa. Hace poco fue mi cumpleaños y no se me ocurre mejor manera de celebrarlo.

–¿Cuántos cumpliste?

–He perdido la cuenta –reí.

Al igual que esa noche, hubo otras muchas antes de que ella regresara a Alemania al mes siguiente con el séquito de Himmler. Confieso que la eché de menos cuando se marchó.

Aún tendría oportunidad de verla en más ocasiones, en sus posteriores visitas a Madrid.

En una de sus estancias, en las que se alojaba en el Palace por mera excusa, ya que en realidad le gustaba instalarse en mi casa, acudimos a la inauguración de la sala Pasapoga, a la que yo no volvería porque aquella exhibición de ostentación y riqueza me pareció un desprecio hacia una España en la que se seguía ejecutando a republicanos; hacia una España que además se moría de hambre, y no en sentido figurado; hacia una España que contaba con más de doscientos mil de sus súbditos en el exilio, entre ellos María de la O Lejárraga, a quien yo conocí de niña en el regazo de su padre en San Millán de la Cogolla y que llegaría a ser diputada en la Segunda República.

En aquella época, Beatriz fue el mejor de los regalos y lo más semejante a una relación estable que había mantenido hasta entonces.

Nunca dejé de cuestionarme si sus viajes a Madrid ciertamente tenían móvil artístico o más bien otro distinto, más acorde con la situación del momento. Sin embargo, no me atreví a preguntárselo. Entre otras cosas, porque prefería no saberlo.

Tras la caída del Tercer Reich, en el cuarenta y cinco, no volví a saber de ella.

Llegué a Logroño ya de noche en mi Renault 4 CV, con el que tantos caminos transité. Decidí salir a dar un paseo, tras dejar mi equipaje en el Gran Hotel, ubicado en el que fuera chalé de los Herreros de Tejada, que yo ni siquiera conocía.

Habían transcurrido más de setenta años desde mi última estancia en mi patria chica. Por eso, aquel primer lunes de abril de 1951, preferí recorrerla amparado en las sombras, no tanto para pasar desapercibido sino para perderme por sus calles desiertas, acaso con el anhelo de poder reconocerlas sin sentirme un extraño por los alrededores de la colegiata de Santa María de La Redonda.

Creo que caminé por cada una de sus calles de entonces, no ya en busca de comprobar su transformación sino de los vestigios de mi pasado. Sabía por Lucía que la callejuela de mi niñez ya no existía, pero pasar por sus aledaños me desasosegó y tuve que aliviarme con la brisa del Ebro. Me costó conciliar el sueño y, por la mañana, remoloneé en la cama temeroso de enfrentarme con la ciudad a plena luz del día.

No me sorprendía que el hotel se ubicara en la ya llamada Vara del Rey, una flamante avenida nacida sobre la abandonada calle Soria. Ni que hiciera esquina con otra bautizada Calvo Sotelo en el lugar antaño ocupado por huertas. Al fin y al cabo, eran terrenos ganados al campo que no menoscababan el viejo casco histórico.

Lo que sí me molestaba, y lo sigue haciendo, son los trajines de los nomenclátos. Ya en mis tiempos la calle del Mercado se llamaba de la Paz en honor al abrazo de Maroto y Espartero en Vergara, si bien nosotros seguíamos conociéndola por su nombre anterior, que no por el original, quizás porque este sonase más tétrico y es que con Herventia se hacía referencia al suplicio en que

se hervía a los condenados. No obstante, la Segunda República se encargó de bautizarla en su honor hasta que, con el régimen franquista, la calle de la República pasó a denominarse del General Mola. Del mismo modo, Espartero tuvo que dejar paso a Franco en su avenida.

Cambiar el nombre de las calles me suena a revanchismo, a pretender reivindicar una falsa superioridad. Me encanta que conserven el recuerdo de los antiguos oficios, de los viejos lugares, de manera que nos indiquen que allí estaban instalados los boteros, los herreros, las caballerizas o simplemente que había un pozo. Ello no es óbice para que me sea grato que haya nuevas calles bautizadas con nombres de personas que destacaron por su bonhomía y sus hechos, pero no por sus ideas.

Ya con la luz de una mañana soleada, a primera vista no observé un cambio significativo más allá de la proliferación de comercios y el incremento de gente que se movía entre ellos. Acaso intuyendo el final de las cartillas de racionamiento.

Influyó que no apreciara en exceso su crecimiento el hecho de que sus cincuenta mil habitantes quedaran muy lejos del millón y medio de Madrid o incluso de los más de doscientos mil de Bilbao.

Me resultaba sencillo reconocer Logroño si la contemplaba como una pintura dibujada en un lienzo a grandes trazos. Sin embargo, al fijarme en los detalles, me sentía un extraño. Los escenarios eran los mismos, si bien en ellos no se ubicaban las mismas tiendas, las mismas tabernas... ni las mismas personas.

Casi por inercia, empujado por mis fantasmas, pasé por delante de las casas que otrora albergaron la posada de Esther y la panadería de David. Vi con desazón que se hallaban ocupadas por recientes tabernas. Ni siquiera estuve tentado de entrar para comprobar si, al menos, sus propietarios seguían siendo sus herederos. También caminé por la calle Mayor, cada vez más deteriorada, si bien la casa de Lucía continuaba en pie y parecía cuidada. Hice rápidamente un cálculo mental y supuse que su hija, en caso de sobrevivir, aún la estaría habitando.

A medida que avanzaba la mañana, se incrementaba el fluir de gente por los contornos de la colegiata. Mis tripas rugieron en señal

de protesta, así que elegí para desayunar Los Leones, uno de los cafés nacidos en mi ausencia.

Acomodado junto a la cristalera, con un cortado caliente, un bollo untado de mantequilla y el periódico *La Rioja* en mis manos, comencé a recobrar el sosiego perdido. No recuerdo el tiempo transcurrido antes de abandonar mi improvisada trinchera. Mis pensamientos se perdían en la boina calada de un anciano, en la carrera de un niño, en el cesto de una verdulera o en el vestido estampado de una muchacha al cruzar la plaza.

A mis oídos llegaron unas cuantas campanadas, aunque mi cerebro tardó un rato en asimilar que ya eran las doce. Recordé que andaba detrás de un libro recién publicado en Buenos Aires y me dije que no perdía nada por comprobar si lo tenían en alguna librería y, de paso, echaba un vistazo a su fondo. El camarero me indicó que había dos que se ubicaban en la misma calle del café y me encaminé a una de ellas.

Me sorprendió gratamente el tamaño y la disposición de la librería de don Gumersindo Cerezo. Al entrar, me topé con una joven de unos veinticinco años que –por su parecido con el hombre que la acompañaba en el mostrador– supuse que era su hija, como de hecho resultó.

–Buenos días –dijo ella.

–Buenos días –respondí.

–¿En qué puedo ayudarle?

–Tienen ustedes una librería preciosa. ¿Puedo echar un vistazo?

–Claro, está usted en su casa.

Aquella frase hecha me hizo gracia cuando me di cuenta de que en el interior se encontraban tres hombres vestidos con sotana que salían de la trastienda. Enseguida comprobé el gran número de textos religiosos que se repartían por los anaqueles, por lo que pensé que quizás aquel no fuese el mejor lugar para interesarme por un libro censurado. Con el fin de ser amable, decidí inclinarme por otra de las novedades que me atraían. Pregunté por ella a don Gumersindo, que se hallaba ordenando unos estantes cerca de mí.

–¿Tiene *La vida breve* de Onetti?

–Seguro que sí. ¡Pilar! –avisó a su hija–. ¿Tenemos a Onetti por ahí no?

La muchacha demostró que se conocía la tienda de memoria al no titubear en la búsqueda del ejemplar. Tras despedirnos con afabilidad, dirigí mis pasos hacia la otra librería indicada por el camarero en la misma acera, en dirección a la muralla de Revellín. Sonreí con nostalgia al evocar aquel partido de pelota junto a David en el día de San Bernabé.

El cartel que rezaba «Vda. de Santos Ochoa» me avisó de la llegada a mi destino. Entré en el número cuarenta y ocho de la ancestral calle logroñesa como quien transita por terrenos vedados. Sin embargo, la voz afectuosa de una señora vestida de negro consiguió templarme durante unos instantes. La librería, aunque no demasiado grande, destilaba coquetería.

–Buenos días, majo.

Su saludo me hizo sentir joven.

–Buenos días, señora.

–Puedes llamarme Tomasa. Te tuteo porque eres un crío – respondió, amable.

–No tanto –reí–. Antes de nada, quisiera hacerle una pregunta.

–Adelante.

–Disculpe la indiscreción. ¿Es usted la viuda de Santos Ochoa?

–Sí, hijo. Yo soy. ¿Por qué lo preguntas? Eres muy joven para haber conocido a mi marido. Él murió en el veintidós, en un accidente ferroviario.

No quise preguntarle si se trataba del choque de trenes en Paredes de Nava, que yo recordaba perfectamente por la magnitud de la tragedia, para no tener que dar explicaciones sobre mi edad, ya que se suponía que por esa fecha yo tendría que ser muy niño.

–Lo lamento –dije–. Preguntaba por simple curiosidad. Y por saber si Santos era nombre o apellido. Es que yo me apellido Santos.

–¡Ah! Entonces no creo que fueseis parientes. Santos era su nombre de pila.

–Ya –sonreí, algo más relejado, sin saber muy bien por qué–. El caso es que venía en busca de un libro.

–Pues estás en un buen sitio para eso.

–Bueno... es una novela que se acaba de publicar en Buenos Aires, de Camilo José Cela.

–Supongo que te refieres a *La colmena*. Está censurada en España. No la podemos vender –se disculpó.

–Ya, ya lo sabía. Por eso se ha publicado en el extranjero, pero no perdía nada por probar.

Lo cierto es que me fastidiaba no tener un ejemplar para descubrir su problema con la censura franquista. Yo conocía a Camilo José Cela de vista y saludo porque a veces me dejaba caer por el Café Gijón, donde él ya era popular desde que publicara en el cuarenta y dos una novela titulada *La familia de Pascual Duarte*.

–Prefiero no opinar al respecto, que luego todo se sabe.

–Tranquila –reí–. No pretendo comprometerla. Se lo pondré más fácil. También buscaba *El camino* de Miguel Delibes.

A pesar de su juventud, ya que el escritor vallisoletano rondaría la treintena, el haber ganado el Premio Nadal con su primera novela ya le había situado entre uno de los autores más reputados de la época.

–Eso ya es otra cosa –dijo Tomasa, satisfecha–. ¿Has leído *La sombra del ciprés es alargada*?

Iba a contestarle que sí cuando en ese momento me quedé petrificado al ver a una chica joven que entraba sonriente por la puerta. Llevaba una blusa azul con lunares blancos sobre una falda de tubo a tono con la blusa y una graciosa melena rubia ondulada.

–¡Hola! –saludó jovial.

–¡Qué bien me vienes, niña! Anda, este señor quiere *El camino*. Búscaselo.

–Claro, enseguida.

Qué más quería yo que aquella jovencita me buscara el camino que a ella se le antojara, incluso el de la perdición. No daba crédito a lo que veía. Estaba perplejo con su forma de moverse, con sus ojos, con el color de su pelo, con su sonrisa, con su voz... ¡hasta con sus hoyuelos!

–Es una chica encantadora –me susurró Tomasa, como si yo no me hubiera percatado.

Al regresar con el libro, logré abrir la boca, no sin evidenciar mi nerviosismo.

–Disculpe, señorita. ¿Es mucho atrevimiento por mi parte si le pregunto su nombre?

–Claro que no, caballero. Me llamo Lucía... Lucía Garay.

Las aguas corrían bravas bajo el Puente de Piedra. Después de que la muchacha de la blusa azul hubiese pronunciado su nombre del mismo modo que aquella otra, tantos años atrás, no supe qué decir más allá de un agradecimiento atropellado. Pagué el libro y salí impaciente por abandonar mi mirada en el Ebro, donde perdí la noción del tiempo. No ya de las horas sino de los siglos, como si me hubiera mimetizado con la peña del León Dormido.

No cabía duda de que la joven dependienta de la librería tenía que ser descendiente de Lucía. Sin embargo, no me encajaba que se apellidase igual. Asomado en la barandilla, me corroían las dudas, pero sobre todo me invadía la necesidad de volver a ver a esa muchacha, que tendría la edad de su abuela –o tal vez fuese su bisabuela– cuando yo me marché a Roma.

De nuevo me acechaban mis principios morales, a sabiendas de que la decisión estaba tomada. Simplemente debía volver a convencerme, volver a engañarme sobre mi carencia de alternativas. Como si no tuviese oportunidad alguna de elegir.

Me maldije por haber regresado a Logroño sin que la imagen de Lucía se me borrara del pensamiento. Ya no había dos Lucías en mi cabeza; de repente, sus rostros eran uno solo. Por un instante, me tentó la idea de dejarme caer, de preferir ahogarme en las turbulencias del río antes que en mis contradicciones.

–¿Está usted bien?

Me costó contener la emoción porque percibí que mis ojos se humedecían. Tuve que recobrar el aliento para responder.

–Sí, Lucía. Gracias. Estoy bien... ¿qué haces aquí? –pregunté, titubeante.

–Hace una tarde preciosa. Regresaba de mi paseo, por la acera de enfrente, y me dio la impresión de que se encontraba mal.

–¿Dices una tarde? ¿Qué hora es? pregunté desorientado, si ni siquiera fijarme en el sol.

–Las cinco menos cuarto. Voy a la librería.

¿Cómo era posible? Habían transcurrido cuatro horas que me parecieron cuatro minutos. Percibí que ella me miraba con curiosidad. Dudé en cómo reaccionar, en qué decirle. Se me acumulaban un sinfín de frases, a cual más ridícula.

–Esta mañana se me olvidó comprar otro libro –acerté a decir.

–¿Cuál?

–*Nada* –respondí, casi al azar, ya que en realidad ese título ya formaba parte de mi biblioteca.

–Es una novela preciosa. Es increíble que Carmen Laforet la escribiera tan joven. Solo tenía veintitrés años, tres más que yo ahora. Lo que demuestra que no hace falta haber vivido para saber escribir. ¿No cree?

–Supongo que tiene usted razón –sonreí.

–Me suena fatal que no me tutee. Me hace sentir mayor. ¿Cómo se llama?

–Pablo. Te ruego que también me tutees.

Tuve la sensación de que Lucía dudó unos segundos sobre lo que decirme.

–¿Me acompañas entonces a la librería? –me invitó, comenzando a caminar.

–Será un placer. ¿No te importa que te vean pasear con un desconocido?

–No demasiado –murmuró sin excesivo convencimiento—. Mientras no se entere mi novio... Lleva ya más de año y medio en la mili. Está destinado en Sevilla.

–Ya le queda poco para regresar.

–Sí –dijo ella, sin mostrar alegría.

–¿Os casaréis pronto?

–Es lo que hay que hacer, ¿no?

–Supongo que sí.

–Poca alternativa nos dejan a las chicas de provincias.

Durante el trayecto, a veces nos dominaban los silencios. Esos silencios tan reconfortantes que yo ya casi había olvidado.

–Se vive bien en Logroño.

–¿Eres de Logroño?

–Sí, aunque he vivido demasiado tiempo fuera... Quería preguntarte algo. –Al escucharme, se me aceleró el ritmo cardiaco.

–Dime.

–Es una vieja historia –Urdí mi argumentación durante el paseo–. Mi tío abuelo, que se llamaba igual que yo, me contó que tuvo una novia en su juventud. Una tal Lucía Garay.

Lucía se detuvo para mirarme más fijamente, lo que provocó que yo tragara mi saliva con dificultad. Se quedó pensativa apenas unos instantes, porque reaccionó enseguida.

–¿Solo te llamas o también te apellidas como tu tío abuelo?

–También me apellido, sí.

Creí, pecando de iluso, que mi sorpresa no podía aumentar.

–Así que te llamas Pablo Santos. ¡Vaya!

–¿Cómo lo sabes? –pregunté, atónito.

–Soy nieta de Lucía Ripoll Garay. No sé si te sonará. Su madre se llamaba Lucía Garay, la que debió de ser la novia de tu tío abuelo.

–Ya veo que te llamas Lucía para seguir la tradición familiar, pero ¿cómo es que te apellidas Garay?

–Mi madre se casó con un primo segundo, por parte de padre.

–Ya...

–Tu tío abuelo forma parte de las historias de mi familia, ¿sabes? Incluso circula una leyenda increíble.

–¿Una leyenda?

Lucía se detuvo a la puerta de la librería para mirarme de nuevo a los ojos.

–Mi abuela cuenta...

–¿Vive todavía tu abuela? –le interrumpí, amilanado.

–Vive con nosotros, sí. En la calle Mayor. Y tiene una cabeza prodigiosa.

–¿Y qué cuenta?

–Pues que su madre se enamoró de un hombre que no envejecía.

De algún modo, aguardaba la respuesta, por lo que estaba preparado.

–¿De verdad? –refí.

–Suena increíble, pero me parece una historia tan preciosa como triste. Es hora de entrar a trabajar. Mira, ya llega Tomasa. ¿Te volveré a ver? –me susurró para que no la oyese la dueña de la librería.

–Claro –sonreí, en un intento de disimular mi estupefacción.

–Bien –me respondió–. Te daré *Nada*.

«Y yo te lo daría todo», dije para mis adentros.

Nos vimos al día siguiente en el mismo sitio y a la misma hora. Ella apareció sonriente, con paso firme, enfundada en un vestido beis estampado con algo de vuelo. Llevaba una graciosa pamelita a juego.

No saludó. Solo se limitó a mostrarme a traición el pequeño retrato que portaba ya fuera de su bolso, el mismo que yo le había regalado a su bisabuela.

–Dime, si te atreves, que no eres tú –dijo, resuelta.

Lucía ladeó ligeramente la cabeza y me miró muy seria con los ojos bien abiertos, aguardando mi respuesta.

–¿Qué quieres decir? –balbucí, noqueado por la contundencia con que ella me había abordado, quizás para aprovecharse de mi sorpresa.

–Por si tienes dudas, fíjate en la cicatriz –insistió sin darme tiempo a urdir ninguna explicación plausible.

Su gesto de valiente candidez me provocó una sonrisa cómplice... y no pude, ni quise mentirle.

Cuento esta historia desde el corazón de los siete valles riojanos, cuando comienza la primavera del noventa y ocho, a punto de concluir el siglo XX.

En San Millán de la Cogolla llevo una existencia sosegada. Soy una vieja glosa detenida en un otoño perenne, una nota al margen de esta sociedad ajetreada, que va tan deprisa que no le da tiempo a sentir lo que vive. Mis jornadas transcurren entre libros, vinos y cariños.

Aunque ya no temo a la muerte, no puedo pensar todavía en el antídoto que acabe con mis días. Si bien su fórmula me asalta con frecuencia, me acobarda no recordarla llegado el momento. Hace décadas que el grimorio, junto con todas mis anotaciones, ardió en la chimenea. Quizás con la intención de que nunca cayese en malas manos.

No niego que disfruto de mi longevidad. Hay algo de soberbia en saberme exclusivo, en poder ser testigo de la historia desde la perspectiva de mi atalaya, en poder recrearla a través del conocimiento de las personas que la forjaron.

Uno de estos acontecimientos, que me ha solazado sobremanera, ha tenido lugar a finales del año pasado. El cuatro de diciembre los monasterios de Suso y de Yuso fueron declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO por razones históricas, artísticas, religiosas, lingüísticas y literarias. Más allá de que sea popular por haberse escrito en él las primeras glosas en castellano y en euskera, lo que le ha valido el sobrenombre de «la cuna de la lengua», San Millán rezuma saber. Un saber edificado durante siglos de historia y que impregna cada piedra de sus cenobios.

A lo largo de las últimas décadas, aún se han seguido recuperando libros de la vieja biblioteca, repleta de nuevo. Calculo

que regresaron el ochenta por ciento de los ejemplares con los que contaba cuando la visitó Jovellanos en 1795, antes de que se cometieran los desmanes que ya no se repetirán. Fue Menéndez Pelayo quien me facilitó una copia de los diarios del escritor gijonés, conseguida por su amigo Gumersindo Laverde.

Al echar la vista atrás, me viene a la memoria la ímproba labor de los benedictinos, franciscanos y agustinos que oraron, trabajaron y lucharon por que San Millán llegara a ser lo que es hoy.

Lo orgulloso que estaría fray Faustino Matute, el monje que no abandonó el monasterio de Yuso a su suerte tras su desamortización.

Desde una de mis ventanas puedo verlo. Desde otra la contemplo a ella. Lucía está plantando manzanilla en el jardín.

NOTA DEL AUTOR

Quien haya leído alguna de mis novelas, conoce mi celo por la documentación, no tanto por abrumar al lector con datos históricos sino por mi afán de sumergirle en la historia a través de una ambientación que procuro cuidar. Ello me resultaría imposible sin consultar los trabajos de investigadores, historiadores y estudiosos de las más diversas materias que me voy encontrando en mis procesos de construcción.

La fuente de los siete valles no habría sido posible si no hubiese leído los libros de Mónica Burguera, Ernesto Reinares, José María Bañuelos, Andoni Fernández Díez, Pablo Sáez Miguel, Abilio Jorge Torres, Joaquín Peña y, muy especialmente, los de la familia Gómez, una ejemplar saga de historiadores locales. La mayor parte de estos volúmenes los adquirí en las librerías logroñesas y en el Instituto de Estudios Riojanos, que realiza una encomiable labor de divulgación y promoción de la cultura.

A la hora de crear una historia como esta, son numerosas las cuestiones que requieren estudios minuciosos, muchos de los cuales he tenido la fortuna de toparme. Pude visualizar la vida del seminario conciliar merced a la mirada de Marie-Hélène Buisine-Soubeyrou, el palacio episcopal de Calahorra bajo el prisma de Ana Jesús Mateos Gil, las boticas monásticas benedictinas gracias a Rafael de Lizarraga Lecue y la biblioteca del monasterio de la mano de fray Joaquín Peña de San José. A través de sus trabajos, Pedro García Santamaría me contó la situación de los viñedos en la segunda mitad del siglo XIX, Joaquín Giró y Juan Carlos Bilbao Díez me informaron de la red de transportes y comunicaciones, María Eugenia Salinas Zárate me aproximó a la prensa periódica, fray Manuel Carceller me relató la historia de la orden agustina, Carlos Gil Andrés me narró los motines de Calahorra, Pedro A. Gurría

García y Mercedes Lázaro Ruiz me hablaron de la mortalidad infantil en La Rioja durante el siglo XIX, al igual que María José Lacalzada de Mateo y J. J. Alonso Castroviejo lo hicieron de la situación demográfica de Logroño.

Miguel Ángel Álvarez Ramos y Cristina Álvarez Millán me acercaron a la figura de Pascual de Gayangos, como Vicente Cárcel Ortí lo hizo a la de Giacomo Cattani y María Dolores Borrel Merlín a la del marqués de Murrieta, cuyo legado vinícola se mantiene vivo por medio de sus bodegas, las cuales tuve la ocasión de visitar gracias a la hospitalidad de sus actuales propietarios.

También me valí de los trabajos que realizaron en la red Santi Barruso –Recuerdos de Logroño 1915 y más...–, J. Lorenzo –Mi Logroño de cristal– y, muy especialmente, Francisco Bermejo Martín –bermemar.com–, empeñado en que la historia riojana no caiga en el olvido. Igualmente, consulté con asiduidad las páginas oficiales del Ayuntamiento de Logroño y de La Rioja Turismo.

Muy gratas me resultaron las visitas realizadas al monasterio de San Millán de la Cogolla, máxime después de haber leído a los hermanos García Turza, a José Luis Sáenz Ruiz-Olalde, a Ángel Peña, a Enrique Martínez Glera y a Begoña Arrúe Ugarte.

Además de lugares y costumbres, otro de los aspectos que procuro cuidar en mis novelas es el del lenguaje, respetando el contexto histórico y el vocabulario local. Por suerte, cayó en mis manos *Tesoro léxico de las hablas riojanas* de José María Pastor Blanco, lo que me facilitó esta labor.

No quiero terminar este capítulo a caballo entre la bibliografía y los agradecimientos sin mencionar la inestimable colaboración de algunas personas e instituciones que me allanaron el camino a la hora de hacer verosímil mi ficción. A riesgo de ser injusto y dejarme a alguien en el tintero, quiero personificar mi gratitud en Javier García Turza, profesor titular de Historia Medieval de la Universidad de La Rioja y actual secretario de la misma; en Almudena Martínez, coordinadora general de la Fundación San Millán de la Cogolla, y en Jesús Lerena, vicedirector del monasterio de Yuso.

A todos ellos, gracias.